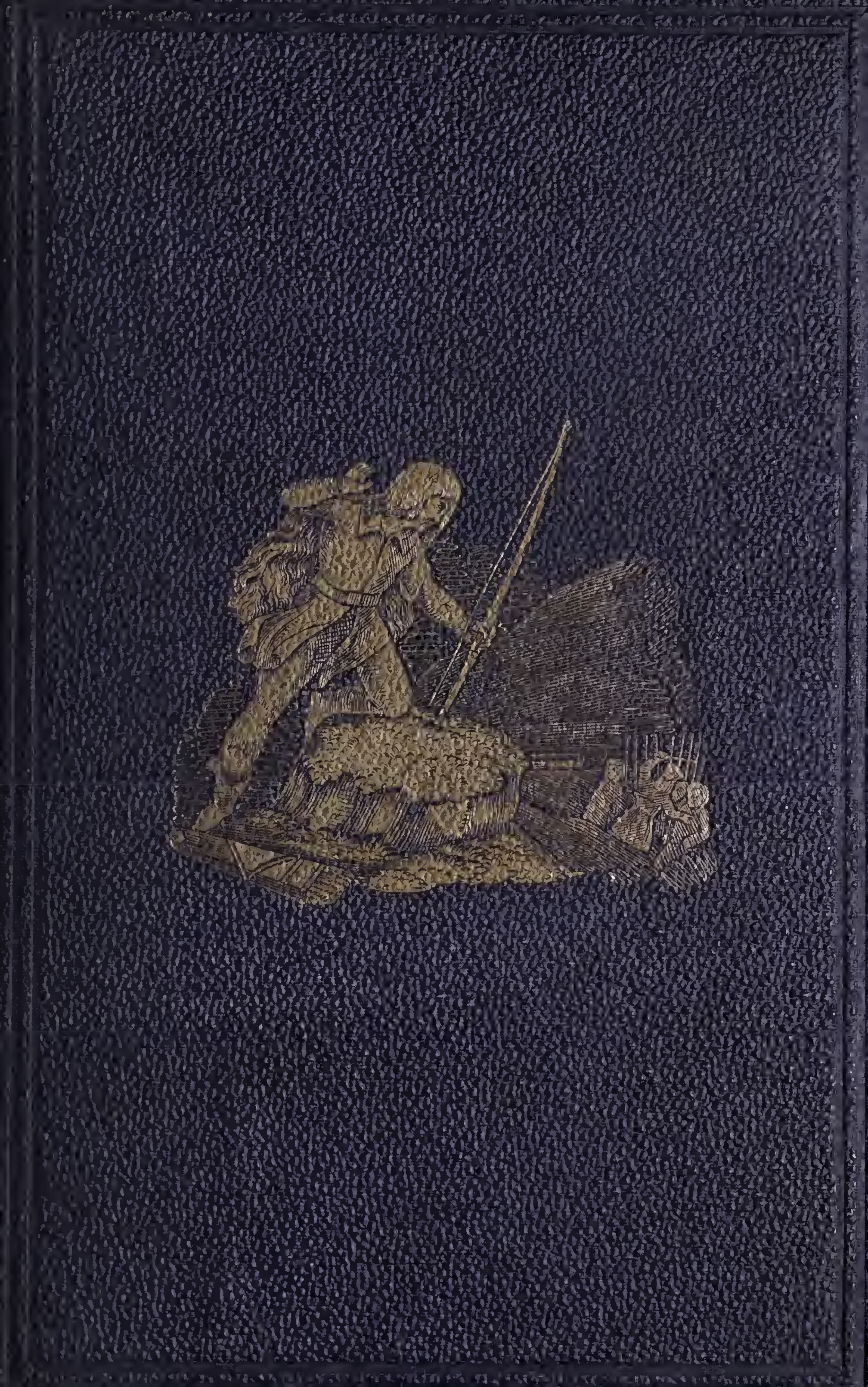
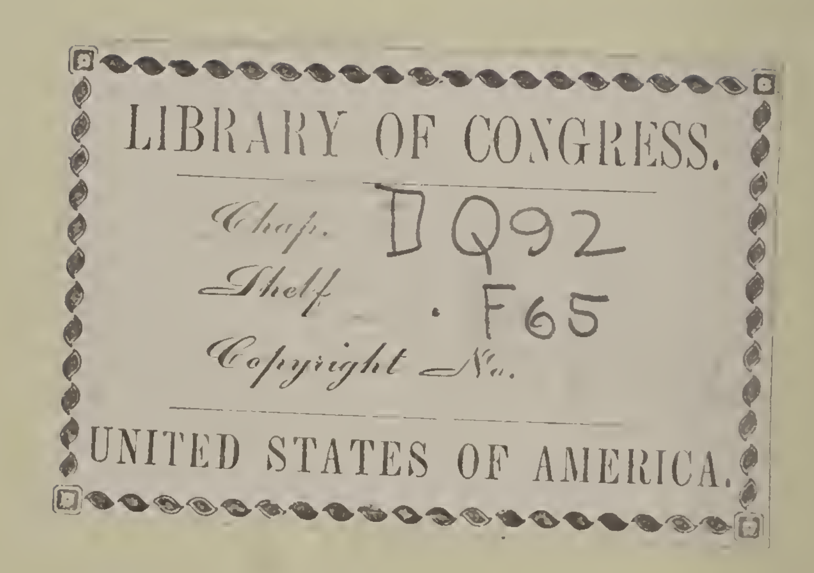





LIBERTAD

GUILLERMO TELL,

LIBERTADOR DE LA SUIZA,

Y

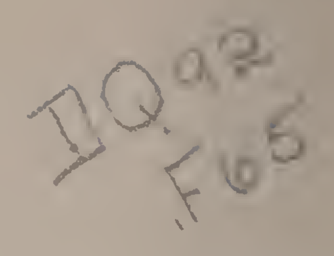
ANDRES HOFER,

EL "TELL" DEL TIROL.

POR FLORIAN,

CON LA VIDA DEL AUTOR.

NUEVA YORK:
D. APPLETON Y Ca., LIBREROS-EDITORES,
BROADWAY, Nos. 443 Y 445.
1866.



PRÓLOGO.

Compónese el presente volúmen de la historia de Guillermo Tell, escrita por Florian, de una noticia de la vida y de las obras de este distinguido literato frances, y de una interesante biografía del célebre Hofer, patriota tirolés, á quien se ha apellidado el Tell de los tiempos modernos.

El crédito de que gozan estas publicaciones en la república de las letras ha movido á los editores á hacer de ellas esta version castellana, destinándola á la juventud de los países hispano-americanos, donde á un tiempo se desarrollan la aficion á las letras y el amor á la libertad. Producciones de esta clase reunen lo útil á lo agradable, ofrecen grande interés y

presentan bellos ejemplos de la virtud y del patriotismo, de que necesitan pueblos nuevos para consolidar su existencia y afirmar sus instituciones.

En la traduccion se ha cuidado de conservar, hasta donde es posible, las galas del original, sin emplear, sin embargo, locuciones extrangeras ó perigrinas, de que en verdad no necesita la rica lengua española.

Si, como los editores se prometen, esta publicacion encuentra favorable acogida, será la primera de una serie de libros interesantes, que se proponen dar á luz en castellano y en la que tendrán cabida obras de reconocido mérito y notables por la belleza de sus formas, por la alta moralidad de su objeto y por ser á propósito para la difusion de conocimientos útiles.

VIDA DE FLORIAN.

Juan Pedro Clariso de Florian nació en 1755 en el castillo de Florian, en el Bajo-Cevennes, no léjos de Anduze y de Saint-Hippolyte.

Este castillo habia sido edificado por su abuelo, consejero de hacienda de Montpellier, quien habiendo arruinado su fortuna con la construccion de tan espléndida morada en tan pequeña propiedad, murió con deudas, dejando dos hijos, al segundo de los cuales debió el ser Florian y parece que su abuelo le mostró parcial prediléccion desde niño y se recreó en cuidar de su educacion y de sus adelantos. No tuvo Florian ménos complacencia en seguir á su abuelo á sus tierras y sus posesiones, y muchas veces lo encantó

al expresar la admiracion que la naturaleza le inspiraba. Agradecido á la bondad de su abuelo, á menudo recuerda en sus escritos las agradables excursiones que con él solia hacer, y tal vez por haberse habituado desde la infancia á los ancianos, su carácter naturalmente vivo llegó á trasformarse en pensativo y propenso á la melancolía. Pero á otra causa puede atribuirse la meditabunda disposicion de su espíritu, y es que desde muy temprano tuvo que lamentar la pérdida de una madre á quien no vió jamás, pero que merecia el pesar que él experimentaba de ser privado de su ternura. Guardó fija en el alma esta amargura, pensando haber tenido en su madre el mejor guia en la senda de los conocimientos á que mostró aficion mas decidida. Su padre, ademas de estar muy ocupado en el cultivo de sus tierras para consagrar mucho tiempo á la educacion de su hijo, no tenia el talento de su madre, de quien Florian creia haber heredado el suyo. Amaba á su padre, pero conocia que mucho mas hubiera amado á su madre, y era en él tan fija esta idea que recogia de los que la habian conocido, la mas exacta descripcion de sus

facciones, mandando con estos datos pintar un retrato que guardaba con el mas cariñoso respeto. Esta adhesion á una madre que jamás tuvo la dicha de ver, debe haber sido una de las causas del efecto producido por sus escritos que abundan en ternura natural.

Si Florian ha logrado transmitir á la lengua francesa las bellezas de los autores españoles; si ha traducido y hasta cierto punto mejorado la Galatea de Cervantes; si ha imitado las ingeniosas fábulas de Iriarte, y conservado los encantos del Quijote; si meditaba en sus últimos años una historia de España, que no tenemos todavía; si, en una palabra, desde su infancia sintió un vivo afecto hácia el pueblo español, fué porque lo inspiró la memoria de su madre que era española de nacimiento. Gustaba de hablar una lengua que habia sido hablada por su madre, y de aqui nació su precoz inclinacion á literatura española, inclinacion que engendrada por la bondad de su corazon, abrió nueva senda á su genio, y estableció el cimiento de su futura nombradía.

Despues de la muerte de su abuelo, Florian fué

puesto de pupilo en una escuela de Saint-Hippolyte. Poco aprendió allí; pero la viveza de su imaginacion y la precocidad de su inteligencia le dieron un lugar distinguido entre sus condiscípulos. El informe de sus felices disposiciones y de lo que su talento prometia indujo á sus parientes á darle una educacion en que pronto tuviera que poner en juego sus facultades.

El hermano mayor de su padre estaba casado con una sobrina de Voltaire, quien habiendo oido hablar muchas veces del talento de Florian, tenia gran curiosidad de verlo. Florian fué enviado á hacerle una visita y así su primera presentacion en el mundo tuvo lugar en Ferney.

Voltaire se recreó con la alegría de Florian, le agradaron su gentileza y su talento para las réplicas agudas y presto le dispensó marcada consideracion. Aun se ha dicho que estaba emparentado con él, pero entre ellos no habia mas parentesco que el casamiento del tio de Florian con la sobrina de Voltaire.

De Ferney fué Florian á Paris, donde tuvo maestros que cultivaron sus facultades naturales. Perma-

neció allí muchos años, haciendo de vez en cuando algunas excursiones á Flornoy, casa de campo que su tio tenia en Picardía. Como á la sazon lo destinaban al ejército, creyó conveniente practicar el arte de la guerra en sus diversiones, que generalmente consistian en alguna clase de combate. Leyó tambien novelas, que llenas de las aventuras de la caballería andante, inflamaron su imaginacion y le dieron tan fuerte aficion por todo lo caballeresco, que léjos de agradarle el Quijote en aquella época de su vida, se enfadaba y se encolerizaba contra lo que calificaba de insolencia de Miguel Cervantes al atreverse á ridiculizar á sus admirados héroes.

Como su familia no era rica, en 1768 se acomodó de page con el duque de Penthièvre, esperando sus amigos que por este medio completara su educacion y obtuviera despues algun empleo honroso. Pero la educacion de los jóvenes era entónces bastante descuidada, y si no hubiera sido por los recursos naturales de su inteligencia, jamás se habria dado á conocer.

El príncipe que cuidaba mucho de su familia y estaba dotado de muy buen juicio, presto distinguió á

Florian del resto de sus pages. Su franqueza, su talento, sus salidas siempre oportunas, su viva é ingenua conversacion solian entretener al noble caballero, quien, á pesar de todas sus riquezas y de la facultad que tenia de hacer el bien, padecia frecuentes ataques de fastidio.

Estando Florian en la condicion de page y teniendo apénas quince años, compuso las primeras líneas que debemos á su pluma. La ocasion en que escribió y el asunto que escogió son notables, porque muestran, como he observado ántes, hasta qué punto la melancolía se mezclaba á la alegría de sus disposiciones.

Un dia en que el príncipe conversaba con él, se habló de sermones, y Florian expresó la opinion de que no era difícil componerlos y añadió que si tuviera que componer uno, creia poderlo hacer bien con facilidad.

El príncipe le tomó la palabra y apostó cincuenta luises de oro á que saldria mal en la tentativa. El vicario de San Eustaquio, que estaba en el salon, fué escogido para decidir sobre el resultado de la apues-

ta. Florian no perdió tiempo en comenzar su sermon y á pocos dias lo presentó á la aprobacion de los jueces, que quedaron enteramente admirados al oir á un jóven de tan corta edad recitar un sermon sobre la muerte, capaz de hacer impresion en los espíritus mas endurecidos.

A la edad en que los jóvenes cesan de ser pages, Florian estaba indeciso acerca de la carrera que habia de abrazar, y sus parientes vacilaban tambien. Sus romanticas disposiciones lo inclinaron á entrar en el ejército, y su juvenil fantasía se fijaba en el brillo y en la gloria que acompañan á la profesion de las armas. Entró en lo que entónces se llamaba cuerpo real de artillería. Fué á aprender matemáticas á la escuela militar de Bapaume y pronto adquirió esta ciencia por la facilidad que tenia para vencer las dificultades del estudio. Pero su espíritu no estaba formado para el hábito del cálculo. La naturaleza le habia dado una imaginacion viva y brillante que necesitaba fomento y excitacion. Las matemáticas le cortaban el vuelo y Florian las olvidó tan pronto como las habia aprendido.

Llena estaba la escuela de Bapaume de jóvenes que no carecian de talento, ni de capacidad, pero en muchos de ellos escaseaba el buen sentido. La ilustracion de muchos de los que allí se educaron, hace imposible dudar de que se estudiara bien; pero fácil es figurarse lo que seria una multitud de jóvenes que no tenian trabas á los locuras de su edad, y que se entregaban á todo género de extravagancias. Nada podia calmar á aquellos mozos turbulentos; una querella daba orígen á otra y estas disputas diarias á menudo iban á parar en serios combates. Florian recibió muchas heridas, y en suma, el desórden de la escuela llegó á tal grado, que al fin fué preciso suprimirla. ¡Quien hubiera creido que en tal escuela se educara el inspirado y dulce cantor de Estela y Galatea!

Por esa época obtuvo Florian una compañía en el regimiento de caballería de Penthièvre que estaba de guarnicion en Maribenge.

Prendado al llegar á esta ciudad de las virtudes y atractivos de una amable canonesa, quiso casarse con ella; pero sus amigos y parientes le hicieron comprender, aunque con gran trabajo, que debia pres-

cindir de este proyecto como contrario á su fortuna é inoportuno en su edad. Sin embargo, tal vez esta precoz inclinacion contribuyó á hacer su disposicion de ánimo ménos violenta de lo que hubiera sido al salir de una escuela como la de Bapaume.

No pudiendo sus amigos sostenerlo, deseaban proporcionarle cabida en la familia de algun hombre influente, y sin que él lo supiera, trataron de volverlo á colocar en la casa del duque de Penthièvre. Pero Florian estaba contento en el ejército y el duque no queria que su chambelan estuviese en otro servicio. Sin embargo, como deseaba ardientemente tener á su lado á Florian, le consiguió permiso para que permaneciera en su casa sin perder su empleo.

Paris fué entónces la residencia de Florian, y esta vida monótona que él temia demasiado, fué la causa principal de que llegara á ser escritor. Por entretener sus horas de tedio, comenzó á escribir, y volvió á su antiguo gusto por la lengua castellana. Pareciéndole interesante la Galatea de Cervantes, resolvió, á pesar de los muchos defectos de esta obra, trasladarla al frances, é hizo muchas mejoras al original. En

efecto le añadió muchos pasages, tales como el cambio de los cayados, encantador incidente del libro primero, la fiesta campestre y la historia de las tórtolas en el segundo, y la despedida de Alicio á su perro en el tercero, y en el último canto compuso una especie de conclusion del poema, que Cervantes habia dejado incompleto. La Galatea fué muy admirada y esto resolvó á Florian á continuar escribiendo en el mismo estilo, es decir en el antiguo estilo pastoral, que habia caido muy en desuso y que Florian volvió á hacer de moda. Estela fué produccion original suya y tuvo tan buen éxito como Galatea; muchos la prefirieron á esta última, y hubo quien las considerara como dos hermanas, ámbas tan amables que era difícil escoger entre ellas.

Compuso en seguida un ensayo sobre la poesía pastoral, en que ensalzó el Pastor Fido de Guarini, la Arcadia de Sannasaro y la Astrea de d'Urfé.

Teniendo gusto por el teatro, compuso algunas piezas para la escena, introduciendo en casi todas ellas su favorito papel de Arlequin, al que supo dar mucho interés y originalidad. Su mayor entreteni-

miento era representar él mismo este carácter, y cuando lo hacia con máscara, lo desempeñaba con gracia y sensibilidad incomparables, pero nunca logró hacerlo lo mismo con el rostro descubierto.

Florian gustaba tanto del teatro, que de buena gana le hubiera consagrado la mayor parte de su tiempo, á no haber esta inclinacion desagradado en gran manera á su protector. Siguiólo al campo, y en el retiro tuvo tiempo para componer sus seis novelas ó cuentos.

Escribió despues *Numa Pompilio*, novela interesantísima y llena de gracia, y la mejor de todas sus obras. Tal vez sea de deplorarse que en ella introdujera el carácter de Zoroastro, tratándose de una época histórica en que parece tan fuera de lugar. Uno de sus amigos le aconsejó que escogiera á Pitágoras como filósofo, pues aunque habia existido en otro siglo que Numa, al ménos habia residido en el mismo país. Pero Florian prefirió á Zoroastro, porque su imaginacion podia con mas libertad pintarlo como creyera conveniente, y porque, segun decia, sabia muy poco de Pitágoras. Es inútil mencionar cada uno de sus escri-

tos, pues son leidos generalmente y tan populares como numerosos.

Su hábito de escribir llegó á ser tan inveterado, que todos los dias consagraba algunas horas á esta tarea, y á veces escribia de la mañana á la noche. Miéntras se ocupaba en una obra, formaba el plan de otra. Habiéndole aconsejado un dia el duque de Penthièvre que compusiera fábulas, se ensayó en este género, y aunque años ántes habia publicado algunas, ántes de morir dió á luz otras mas perfectas que cuantas habian aparecido desde la época de La Fontaine.

No obstante su amor al idioma y al pueblo español, tenia una gran parcialidad en favor de los judíos. Sabia perfectamente su historia y de ella sacó un pequeño volúmen muy parecido á la Galatea, y al que dió el título de Eliezer y Napthali, siendo obra de imaginacion, pero muy interesante.

La última tarea de Florian fué la traduccion del Quijote, demostrando que habia vencido enteramente su pueril repugnancia hácia esta obra admirable.

En cuanto á su vida privada no hay en ella acon-

tecimientos que la hagan interesante; pero si él mismo la hubiera escrito, tenia tal habilidad para engalanar el mas insignificante incidente que no habia quien no deseara leerla.

Los que lo conocian poco apénas podian formar idea de la diferencia que habia entre Florian escribiendo y Florian conversando con los que amaba. Cuando se sentia libre en medio de las personas con quienes tenia intimidad, nadie lo igualaba en lo agradable y en lo animado; en tales circunstancias hubiera hecho reir al mortal mas melancólico; pero cuando estaba entre extraños ó con gentes á quienes no estimaba, su porte era grave y reservado, llamando este contraste la atencion de los que lo conocian. Lo mismo le acontecia cuando escribia; su alegría natural lo abandonaba, y era guiado solo por el sentimiento.

Su aposento favorito estaba en el hotel de Tolosa, dispuesto en todo á su gusto, y allí con su biblioteca, tenia una jaula llena de pájaros, cuyos gorgeos lo animaban en sus tareas. Así pasó la parte mas alegre de su vida, componiendo obras encantadoras, y

cumpliendo con los deberes sociales del hombre, pues jamás la desgracia imploró su ausilio en vano, y si carecia de recursos, ocurria al príncipe empleando su favor solamente en hacer bien. Sus medios eran escasos, pero su talento para escribir y su economía lo ponian en aptitud de practicar la beneficencia, y siempre que recibia algun dinero de su librero, su primer cuidado era enviar una parte á su amigo el vicario de San Eustaquio, para que lo distribuyera entre los pobres.

Tal era Florian: tan amable en su vida como en sus escritos. Al comenzar la revolucion se retiró á Sceaux, y entregado á sus ocupaciones literarias, ¿quién podia prever que la envidia fuera á perseguirlo hasta su retiro? Tan poco lo temia que su arresto fué para él como un rayo. Se estremeció cuando supo que lo privaban de su libertad, y conoció que la injusticia de los hombres habia de abreviar sus dias.

Poco despues del memorable 9 de termidor salió de la prision de Port-libre de Paris, á donde habia sido conducido, y volvió con ansia á su casa de cam-

po. Allí esperaba ir á respirar una vez mas el aire puro, libre de los cuidados del mundo: la melancolía que se habia apoderado de su espíritu le hacia suspirar mas que nunca por la soldedad.

Pero su salud estaba quebrantada, bien por el abatimiento que le causó su prision, bien por el mal aire y los malos alimentos á que estuvo reducido, sea cual fuese la causa, á poco tuvo que guardar cama y no volvió á levantarse.

Florian dejó de existir; pero de tal modo estaban entónces los espíritus preocupados con la política, y tan agobiados todos los corazones con los pesares privados, que un acontecimiento que en cualquier otra época hubiera dado motivo á un duelo general, apénas se anunció en los periódicos del dia: al siguiente quedó olvidado.

Yo he visitado á Sceaux, entregándome á la pena de la pérdida de un autor á quien habia amado, y cuyos escritos me han proporcionado tantos momentos felices. Anduve vagando por las calles de árboles en que él se paseaba, y con ojos llorosos me senté en los bancos del jardin inmediato á su casa, y donde él ha-

bia descansado tantas veces. Recorrí la orilla del canal que tanto lo recreaba y á la sombra de álamos altísimos contemplé con melancólica delicia el panorama que fué amado del poeta.

GUILLERMO TELL,

LIBERTADOR DE LA SUIZA.

1

GUILLERMO TELL.

LIBRO I.

Escuchadme ¡oh amigos de la libertad! vosotros, cuyas almas bien templadas y cuyos pechos generosos os impulsan á saber morir por vuestra independencia, ó vivir para el bien de vuestra patria. Venid á mí, que tengo que contaros cómo un hombre que vió la primera luz en una tierra inculta, y en medio de un pueblo avasallado bajo el ferreo yugo del opresor, solo y sin mas amparo que su propio aliento y su magnanimidad, conquistó la libertad para sus desalentados compatriotas, llamándolos á nueva exis-

tencia y enseñándoles á conocer sus derechos naturales.

Este hombre, verdadero hijo de la naturaleza, armado por ella para defender sus leyes, con su voz potente reanimó el adormecido espíritu de sus compatriotos que gemian bajo el peso de sus cadenas, les enseño á trocar el arado por la espada del héroe, venció á las masas armadas que en su contra destacaron los tiranos, y fundó en su siglo bárbaro entre peladas rocas un asilo para la Razon y la Virtud, hijas del cielo que descendieron á ser el consuelo del género humano.

¡Divina poesía! No te invoco ahora, aunque fuiste el encanto de mis primeros años y me deleitaste con tus deslumbrantes fábulas, no te invoco, no, porque tu magia encantadora desfiguraria al héroe cuyas proezas intento celebrar: mal se avendrián tus fantásticas guirnaldas á su austera frente, pues darian á su terrible aspecto una expresion de excesiva dulzura. ¡No añadas

tu esplendor á su agreste pompa! ¡Déjalo vagar con su rústico trage y su arco formidable entre las rocas que lo vieron nacer ó al borde de límpidos torrentes! Síguelo, sí, pero de léjos, y en la senda que él recorrió esparce ápénas unas cuantas flores de la silvestre eglantina.

En medio de la antigua Helvecia, region famosa por su valor, habian conservado por muchos siglos sus sencillas costumbres tres cantones por todas partes rodeados de rocas escarpadas. La industria, la templanza, la sinceridad y la modestia—virtudes que reyes y conquistadores se complacen en extirpar de la tierra—se refugiaron entre aquellas montañas.

Mucho tiempo permanecieron allí ocultas, sin que les pesara su pacífica oscuridad. La libertad á su vez fijo su asiento en la cumbre de aquellos montes, y desde tan feliz instante no hubo verdaderos sabios, ni valientes que no profirieran con veneracion los nombres de Uri, de Schwitz y de Underwalden. Entregándose los

hijos de estos tres cantones á su trabajo cultivando los campos, por siglos se vieron libres de la miseria que difundió la criminal demencia de los feroces capitanes que conquistaron el imperio romano, erigiendo sobre sus escombros un enjambre de reinos insignificantes que rigieron por medio de las peores leyes que, para favorecer á la tiranía, pudo inventar la ignorancia. Tal vez miraban con desden á los pobres pastores y labradores de Uri, y por esto les permitian conservar el dulce título de hombres libres. Sometiéronse aparentemente á estos nuevos Césares; pero conservando sus antiguas costumbres, sus leyes y sus virtudes.

Cada cabeza de familia, señor absoluto en su pacífica cabaña, envejecia rodeado de sus hijos que á fuerza de atenciones de ternura y gratitud dulcificaban el ocaso de sus dias. Los jóvenes, sin tener nociones del mal, temiendo á Dios y obedeciendo á sus padres, no tenian mas esperanza, ni mas anhelo que asemejarse á aquellos

á quienes debian el ser. Honrarlos é imitarlos formaba el plan de su vida y esta raza virtuosa y sencilla se veia por su pobreza libre de la envidia de los malvados.

No léjos de Altorff, su capital, á la márgen del lago que da su nombre á la ciudad, se levanta una montaña, desde donde el viagero que toma aliento despues de la fatiga de trepar por sus ásperas laderas, puede descubrir una multitud de valles encerrados entre peñas de diferentes figuras y tamaños. Arroyos ó rápidos torrentes, que á veces serpean entre lechos de musgo descienden al valle á regar prados llenos de abundantes ganados, ó á servir de surtidores al cristalino lago en que las terneras se deleitan en refrescarse.

En la cima de esta montaña habia una pobre choza, con un campo pequeño, un viñedo, y una huerta. Un labrador, ó mas bien un héroe, aunque todavía ignoraba lo que valia, cuyo corazon se enardecia con el amor á su patria, á los veinte años de edad habia recibido de su padre

esta pequeña herencia. "Hijo mio," le dijo el anciano en su lecho de muerte, "mi tarea está cumplida, mi vida se acaba: sesenta años he vivido en esta pacífica morada, y ni el vicio ha intentado jamás traspasar mis umbrales, ni mi sueño ha sido perturbado una vez sola por la pesadilla del remordimiento. Sé como yo he sido, hijo mio; ama el trabajo, elige una esposa cuyo amor, cuya confianza, y cuya resignada ternura duplique tus inocentes placeres, y quite al infortunio la mitad de su acíbar. Adios, hijo, no llores por mi; la muerte solo es penosa para el perverso. Cuando te enviaba yo á llevar parte de nuestras frutas y de nuestro pan á nuestros pobres hermanos que tenian hambre ¿no volvias con gozo á decirme que lo habias hecho? Pues bien, hijo, voy á reunirme con mi Padre á darle cuenta del bien que me ha permitido hacer en tan larga vida. Me recibirá como yo solia recibirte, y espero que en su presencia tú y yo nos volverémos á encontrar. Miéntras habites la

tierra, sé virtuoso, y fácil te será serlo miéntras seas libre . . . pero si algun dia algun tirano se atreve á atacar nuestra antigua libertad, no temas, Guillermo, morir por tu patria, y verás que la muerte no es amarga por tan santa causa."

Hondamente penetraron estas palabras el sensible corazon de Tell; tributó los postreros honores á su venerado padre, cavó su tumba al pié del árbol que daba sombra á su cabaña, y allí hizo el solemne juramento, que jamás violó, de visitar solo todos los dias aquel venerado sepulcro, para recordar todas sus acciones y preguntarse si merecian la aprobacion de su padre. ¡Cuántas virtudes debió Tell á esta piadosa costumbre! El temor de avergonzarse ante la sombra de su padre le enseñó á contener la llama de la juventud y á vencer todas sus pasiones. Así llegó á dominar sus propios deseos, y pudo siempre encaminarlos por el lado de la razon. Heredero de la tierra de su padre, la hizo producir

una segunda cosecha duplicando su trabajo, y dividió sus frutos con sus pobres vecinos.

Levantándose al rayar el alba, y manejando un arado que apénas podian tirar dos bueyes, hacia entrar el agudo acero en la tierra dura, y apresuraba el tardo paso de la yunta con el cayado que llevaba en la mano, sin detenerse á enjugar las gotas del sudor de su frente, hasta que se retiraba á su casa al anochecer, doliéndose de las desgraciadas gentes que no tenian un arado. Esta idea lo acompañaba cuando volvia con sus bueyes, y perturbaba su sueño. Al dia siguiente madrugaba mas, y sin que lo supieran sus amigos pobres, iba á ararles sus campos, y á sembrarles sus semillas, miéntras ellos estaban ausentes, para ahorrar á su modestia la pena de que sus iguales le manifestaran su reconocimiento. Tales eran sus trabajos y tales sus placeres; la benevolencia y la laboriosidad lo ocupaban y lo deleitaban.

La naturaleza, que habia dado á Tell una al-

ma tan pura y tan elevada, le habia concedido tambien un cuerpo robusto y activo. Sobresalia en estatura á los mas altos de sus compañeros; podia trepar con paso firme por las peñas mas ásperas, podia saltar los mugidores torrentes, ó cazar al gamo silvestre en toda la velocidad de su carrera en la cima de los montes nevados. Con solo los brazos podia doblar y derribar la añosa encina, despues de unos cuantos hachazos, y sobre los hombros podia llevar su enorme peso con sus ramas cubiertas de follage. En los dias de público regocijo, en medio de los juegos de los jóvenes arqueros, Tell, que era sin par en el arte de disparar el arco y la flecha, se veia obligado á permanecer ocioso miéntras se disputaba el premio. A pesar de su mocedad, tenia asiento entre los ancianos que hacian de jueces. Ruborizado de tanta honra, apénas podia tenerse y respirar con la ansiedad de seguir el vuelo de las ligeras flechas. Aplaudia con entusiasmo al arquero que hacia el mejor tiro, y le echaba los

brazos como si estrechara á un digno rival. Pero si acontecia que el carcaj quedara vacío, sin que ningun tiro alcanzara á la paloma; si el ave, cansada de sus inútiles esfuerzos, se colgaba de la punta del mástil y miraba con ojos serenos á sus débiles enemigos, entónces Guillermo se ponia en pié y tomando su grande arco y tres de las flechas ya disparadas, con la primera daba al mástil y hacia volar al ave, con la segunda cortaba la cuerda que le impedia remontarse por el aire, y con la última la alcanzaba en medio de las nubes y palpitante la hacia caer á los piés de los jueces atónitos.

Pero Tell no se envanecia de su destreza: al triunfo mas brillante preferia el recuerdo de una buena accion, aun cuando él solo la conociera. Comenzó á reprocharse la tardanza con que cumplia el consejo de su padre, resolvió casarse, y fijó su atencion en la jóven Edmea.

Era Edmea la mas amable y la mas recatada de las hijas de Uri. Su corazon, puro como el

primer soplo de la mañana, era el asiento de la paz, de la razon y de la benevolencia. Era huérfana y no tenia herencia alguna. Desde su niñez habia vivido con un anciano pariente, el último de su indigente raza. Edmea apacentaba las ovejas que pertenecian á este buen anciano. Todas las mañanas, ántes que el sol dorara las copas de las sombrías encinas, Edmea estaba en el monte, hilando en medio del rebaño para proveer de ropa á su bienhechor.

Regresaba al caer la tarde á arreglar su cabaña, á preparar al anciano la cena y la comida del dia siguiente y á ver si necesitaba de sus cuidados. Entónces se entregaba al descanso, sintiéndose feliz de haber cumplido el dulce deber de la gratitud, y segura de que el dia venidero habia de proporcionarle el mismo placer.

Tell la conocia y la amaba. Cuando ella estaba ausente, él iba á visitar al anciano. Con franqueza y con delicia hablaba con él de Edmea, y el anciano se sentia como nunca compla-

cido al alabarla, al contar sus acciones mas insignificantes, al repetir sus propias palabras. Asomaba el llanto á sus ojos cuando referia la pariencia, la dulzura, la inagotable bondad que le hacian tan cara á la huérfana. Estas alabanzas que hallaban eco en el corazon de Tell aumentaban su afecto mas que la misma vista de Edmea, y cuando ella llegaba en medio de la conversacion, Tell leia en su mirada y en su aire modesto, cuanto acababa de oir.

"Edmea," le dijo un dia de fiesta al salir ámbos del templo, "yo te amo y te venero, si quieres ser feliz conmigo, recibe mi mano y mi corazon, ven á vivir en mi cabaña y en la tumba de mi padre te enseñaré las virtudes que él me enseñó."

Edmea, bajando los ojos, se ruborizó por vez primera; pero recobrando pronto su serenidad y segura de que podia dar á conocer su pensamiento, "Guillermo," contestó, "Guillermo, te agradezco que me hayas elegido. Feliz me sien-

to ahora, y crece mi ventura al poder decirte que tú hubieras sido el objeto de mi predileccion." Á estas palabras le dió la mano, que Tell oprimió entre las suyas, sus miradas se encontraron, y sus votos se pronunciaron en silencio. Este casamiento completó la felicidad de Tell. Su trabajo de cada dia tenia nuevos encantos, porque su fruto habia de ser para Edmea. El bien que podia hacer le causaba mayor satisfaccion, porque Edmea habia de saberlo. El nacimiento de un hijo vino á aumentar la felicidad de los esposos. El niño estuvo enteramente al cuidado de su madre; pero desde que llegó á los seis años, el encantador Gemmi jamás se separó del lado de su padre. Acompañábalo al campo y al monte, y cuando su padre le enseñaba la tierra cubierta de espigos, las colinas, las aguas, las selvas, le hacia levantar los ojos al cielo y pronunciar con respeto el augusto nombre de Dios. Instruíale de que este Dios que conoce y juzga todos nuestros pensamientos ha orde-

nado al hombre que sea bueno solamente, para que pueda ser siempre feliz. Mañana y tarde le repetia esta verdad y con su ejemplo le enseñaba lo que era bueno. Y sin atender á su debilidad ó á su miedo infantil, lo llevaba entre la nieve, le hacia andar sobre el hielo resbaladizo, ó que con sus manecitas unciera y acariciara á los bueyes, y llevara á estos formidables animales á donde quiera que le ordenaba.

Este niño que con su padre era serio y paciente, rompia su tímido silencio cuando, al regresar á la cabaña, se arrojaba en los brazos de su madre. Tierno, cariñoso y obediente á sus mas ligeros deseos sabia hacerla venturosa. Y estrechándolo ella contra su seno, le decia muchas veces que su propria existencia dependia de la vida y felicidad de su hijo.

Á todos estos bienes, Tell añadia otro, que tanto vale en la prosperidad como en la desgracia: tenia un amigo. Este amigo, casi de su misma edad, vivia entre las rocas que separan á

Uri de Underwalden. Ámbos se habian adherido uno al otro desde su infancia, no por la semejanza de sus caractéres, sino porque ámbos eran de corazon ardiente y generoso. Melctal, como Tell, era valiente y capaz de grandes acciones, y adicto tambien á su país natal; pero la impetuosidad de su índole no le permitia sufrir con paciencia. Demasiado vehemente y precipitado en sus sentimientos para saber ocultarlos, los desahogaba en palabras, y los debilitaba con su misma violencia. Pero Tell, cuando vivas emociones agitaban su alma, las aumentaba encerrándolas en su pecho, sin dejar que una sola palabra se escapara de sus labios, ni una mirada de sus ojos que pudiera darlas á conocer.

Los dos detestaban la tiranía y la injusticia; pero miéntras Melctal queria desafiar abiertamente al opresor, Tell sabia aguardar en silencio la oportunidad de reparar el mal.

Á menudo ámbos recorrian el pequeño espacio que separaba sus cabañas, para pasar juntos

sus dias de descanso y de placer, que esperaban con grande impaciencia.

Á veces Edmea salia con su esposo y con su hijo para llevar á la choza de Melctal frutas, leche y los productos de su viña y de su huerta. Otras veces llegaba Melctal, sosteniendo con un brazo á su anciano padre y llevando de la otra mano á su hija, prenda única que le quedaba de una esposa cuya pérdida lamentaba. Tell los aguardaba en la puerta de su cabaña ; siempre habia un asiento dispuesto para el anciano, y una copa de vino que brillaba en los manos de Edmea ; y Gemmi, cuyos ojos los habian buscado mucho tiempo en el camino, tenia un ramillete preparado para Clara.

¡ Cuán puros, cuán tiernos eran estos placeres de que todos juntos disfrutaban, y como procuraban prolongar sus alegres comidas llenos de gozo y de contento. Cuando concluian, el anciano Melctal, á pesar del peso de sus ochenta inviernos, sin mas ayuda que su baston, trepaba

por la mas elevada cumbre de la montaña y allí, sentado en medio de sus hijos y de sus amigos, descubria su cabeza venerable para recibir el calor del sol en sus cabellos blancos. Recreando su vista con un panorama encantador, hablaba de los dias de su juventud, de sus trabajos y de sus placeres, de los desengaños de la vida y de los consuelos de la virtud. Tell, Melctal y Edmea le escuchaban con respetuosa atencion, miéntras Clara y Gemmi, sentados en las rodillas del anciano, recogian provechosa enseñanza en sus discursos.

Clara y Gemmi crecian juntos y su mutuo amor se aumentaba con la edad. Parecíales ya que eran demasiado lentos en llegar los felices dias que pasaban juntos. Gemmi, durante los largos semanas que pasaba léjos de su amiga, sabia inventar pretextos para escaparse de su casa é ir á la de Clara. Ya iba á decir á Melctal, que se habia visto en el monte un oso que intentaba devorar el rebaño, ya que el helado viento del

norte, que habia soplado en la noche, habia secado los tiernos retoños de su viña. Melctal le escuchaba con una sonrisa y le daba las gracias por sus atentos cuidados, y Clara se apresuraba á ofrecerle una taza de leche fresca. Gemmi contento de su visita y de su excursion, se volvia á la casa de su padre, pensando en el camino qué nuevo pretexto hallaria al dia siguiente para regresar una vez mas á la cabaña de Melctal.

Así vivieron estas dos familias y así tambien todo un pueblo de hermanos, hasta que de repente la muerte de Rodolfo pareció estar á punto de poner término á su felicidad.

Rodolfo, á quien la fortuna colocó en el trono de los Césares, respetó siempre la libertad de la Suiza. El orgulloso Alberto que fué su sucesor, deslumbrado con sus vanos títulos, con sus vastos dominios y con el mando de todos los ejércitos del imperio, se encolerizó de que unos cuantos labradores y ganaderos tuviesen el dere-

cho de creerse independientes de su gobierno. Les mandó un gobernador que avasallara su noble espíritu; y este gobernador fué Gesler, el mas abyecto y el mas insolente de los servidores del nuevo emperador.

Gesler, seguido de esclavos armados, que á su antojo convertia en verdugos, fijó su residencia en Altorf. De un carácter violento y devorado por un espíritu inquieto que solo podia satisfacer á fuerza de hechos perversos, Gesler se hizo todavía mas odioso atormentando á los que tenia en su poder. Temblando al solo nombre de libertad, como se estremece el lobo al silbido de las flechas que le disparan los cazadores, resolvió, juró destruir esta palabra vana de sentido. Permitiendo á sus infâmes soldados encenagarse en el crímen, él mismo les dió el ejemplo del robo, del asesinato y de los mas horrendos ultrages.

En vano se quejaba el pueblo, sus clamores eran castigados como delitos. La virtud ater-

rorizada, se refugiaba en lo interior de las cabañas. El labrador maldecia á la tierra porque recompensaba su trabajo con una cosecha que él no habia de recoger. El anciano regocijándose de su debilidad que le prometia con la muerte pronta libertad, unia sus plegarias á las de sus hijos para que no le sobrevivieran. En suma, el velo de la miseria se extendia como un sudario funeral por los tres cantones por la mano cruel de Gesler, desde cuya llegada Tell habia previsto las calamidades que habian de pesar sobre su patria. Sin comunicar á Melctal sus pensamientos, sin alarmar á su familia, la grande alma de Tell se preparaba no á sufrir la esclavitud, sino á libertar á su país. Los crímenes se hicieron mas comunes, los tres cantones, sobrecojidos de espanto, yacian trémulos á las plantas de Gesler. Tell no temblaba, no estaba sorprendido. Vigilaba los crímenes del tirano del mismo modo con que estaba acostumbrado á observar en las rocas el breñal armado de sus espi-

nas. Y cuando su ardoroso amigo Melctal desahogaba su indignacion en su presencia, Tell lo escuchaba sin contestarle. No derramaba lágrimas, ni una sola alteracion de su rostro traicionaba su secreto proyecto. Estimaba á su amigo y estaba cierto de su honor; pero desconfiaba de su impaciencia y no se atrevia á comunicarle sus propósitos. Resolvió ocultarle su designio hasta el momento de llevarlo á cabo, momento que conocia habia de llegar en breve. Se volvió austero y pensativo, pasó muchos dias sin acariciar á su hijo, sin mirar á su esposa. Se levantaba mas temprano que de costumbre, uncia su yunta, la llevaba al campo y guiaba el arado con mano insegura: á menudo dejaba caer su látigo y deteniéndose de repente en medio de un surco mal trazado, inclinaba la cabeza sobre el pecho, fijando los ojos en el suelo. Permanecia en esta actitud pensativa respirando apénas, considerando el poder del tirano, y la escasez de los medios que podia oponerle. De un lado veia al cruel

Gesler, rodeado de sus criaturas y armado de un poder ilimitado, y del otro á un desvalido labrador resuelto á ser libre.

Una tarde, estando Guillermo sentado con su esposa delante de su cabaña, mirando á Gemmi, que á corta distancia ensayaba su fuerza con el carnero mas vigoroso del rebaño, la vista de este niño que se entregaba á su natural alegría, sin pensar en la miseria que la esclavitud le preparaba, aumentó la melancolía de su padre y le hizo verter lágrimas por primera vez en su vida.

Edmea lo miró y lo observó en silencio por algun tiempo, pero cediendo al fin á su amor que la hacia desear participar de las angustias del querido de su corazon, se le acercó, le tomó la mano, y mirándolo fijamente: "¿Qué he hecho," le dijo, "para merecer esta desconfianza?—¿para perder aquella ingenuidad que era todo mi orgullo? Sufres, y tu mujer no sabe la causa de tu afliccion. ¿Crees que las penas serian mas duras para ella que para tí, cuando sabes que

durante quince años hasta mis pensamientos han sido tuyos y me he sentido feliz solo porque mis placeres me venian de tí? Mi corazon es el mismo, pero el tuyo ha cambiado. Nada ha variado en nuestro pacífico albergue, y sin embargo, tu estás triste y desasosegado. Mira nuestra cabaña, mira ese campo que tu has labrado, y que no solo nos ha dado con que subsistir, sino que tambien nos ha proporcionado con que ausiliar á nuestros vecinos; mira la luna que sale con todo su esplendor detras de las montañas para anunciarnos que el dia de mañana será tan apacible y tan brillante como el de hoy; mira allí á tu hijo, cuya inocente alegría debe reanimar nuestro espíritu, y hacernos tan felices como él."

"Edmea," contestó él, "no me hables de felicidad, pues harás mas terrible el duro peso que me oprime durante todas las horas del dia. ¡Cuánto te compadezco al ver que aun sueñas en alegrías, miéntras la Suiza gime con el peso de

sus cadenas, y el bárbaro Gesler, insolente instrumento de un déspota mas orgulloso, no hace mas que insultar su miseria! Quieres que mire la cosecha obtenida por mi trabajo, y una palabra de Gesler puede arrebatármela. Me muestras la cabaña en que durante trescientos años vivieron mis virtuosos antepasados, — y Gesler puede arrasarla en un instante. Y ese niño tan querido de nosotros, ese hijo idolatrado es propiedad de Gesler; mi esposa, mi hijo, hasta la tumba de mi padre pertenecen al tirano, sin cuya venia no podemos ni aun respirar el aire puro de nuestra patria. ¡Qué ignominia! ¡Todo un pueblo doblegado al capricho de un solo hombre! Pero ¿qué dije? un hombre! . . . ¡Dios mio! perdóname por haber profanado el nombre de tu mas noble criatura! La naturaleza no tiene nada de comun con los tiranos; sino que debe prosternárseles hasta el momento en que revindicando sus derechos, vengue los agravios de los siglos. La idea de que tal instante

ha de llegar me consuela y me reanima. Apénas basta mi alma toda para lo grandioso de mis designios. No perturbes mis pensamientos hablándome de tí, ni de mi hijo. Un esclavo no tiene mujer, no tiene hijos ; miéntras yo lo sea, nada existe para mí en la naturaleza. Tus ojos se complacen en mirar esta campaña y este hermoso paisage que fueron testigos de nuestra dicha. Los mios, alarmados por la virtud, solo pueden ver allí esa terrible fortaleza, levantada sobre las rocas para tener á Uri entre cadenas."

Edmea replicó : "¿Y pudiste creer que yo te amara sin odiar á nuestros tiranos? ¿No soy tu esposa, y si amas á tu país, no he de adorarlo yo, porque es tu patria y la mia? Háblame, pues, con confianza de tus designios, y si, por la debilidad de mi sexo, no puedo ayudarte, al ménos sabré morir por tí."

Tell al escuchar estas palabras estrechó entre sus brazos á Edmea, y no bien empezaba á abrirle los secretos de su alma, cuando del lado de la ca-

baña se oyeron resonar gritos y sollozos. Levantáronse apresuradamente y vieron á su hijo pálido y lloroso, alzando los brazos al cielo y corriendo hácia ellos aterrorizado.

"¡Padre! padre!" gritaba con voz entrecortada, ven, ven á su socorro al anciano Melctal . . . Bárbaros! se han atrevido. . . . Entónces apareció Clara sosteniendo los pasos vacilantes del desgraciado anciano, que apoyaba el brazo derecho en un baston y el izquierdo en el brazo de la inconsolable Clara. Á cada paso llamaba á Tell y extendiendo los brazos para tocarlo, sus piés tropezaban con las duras piedras y le hacian buscar una vez mas el apoyo que necesitaba. Guillermo corrió al encuentro de su amigo, lo tomó entre sus brazos, lo miró y prorumpió en un grito desgarrador. Erizósele el cabello al ver en aquel rostro venerable los huecos sangrientos de los ojos que le habian sido sacados bárbaramente. Intimidado y horrorizado, Tell retrocedió y hubiera caido, á no haberse sostenido contra

la roca que tenia á su lado. Edmea se desmayó y Gemmi se apresuró á socorrerla, miéntras Clara llamando á Guillermo levantó al cielo los ojos llenos de lágrimas.

"¿Me abandonas, cuando eres mi único amigo?" dijo Melctal con voz débil; "¿temes que te salpique la sangre que chorrea de mis heridas? ¡Ah! ven para que yo te abrace. No me han sacado el corazon, quiero sentirlo latir junto al tuyo, para saber que los bárbaros que me han arrebatado la vista, no me han quitado á mi amigo."

"Perdona," dijo Tell, precipitándose en sus brazos; "perdona la primera impresion de mi angustia y de mi horror. ¡Oh! virtuoso anciano, tus sufrimientos no pueden hacerte mas respetable para mí; pero sí aumentan mi ternura, y hacen mas fuerte y mas sagrado el vínculo que nos une. Pero ¿cómo y donde esos viles á quienes enloquece el crímen se atrevieron á poner sus manos delincuentes sobre la ancianidad y la

virtud? ¿En qué pudiste ofenderlos, Melctal? ¿Pereció tu hijo defendiéndote, ó te ha dejado sin mas amparo que el de esta pobre y débil niña que solo puede llorar? Pero yo seré tu hijo, heredo este dia su ternura y su deseo de venganza."

"No acuses á mi hijo," dijo el anciano; "no juzgues á tu amigo sin oirlo. Dejadme sentar entre vosotros. Guillermo, no me abandones, ni tú mi Clara; Edmea y Gemmi, escuchadme con atencion."

Lo llevaron á una loma cubierta de musgo, y lo colocaron al lado de Guillermo, Edmea se sentó detras de él para sostener su venerable cabeza, y Clara y Gemmi sentándose á sus piés le tomaron la mano, se la besaron y se la bañaron de lágrimas.

"Escuchadme, pues," dijo Melctal, "y no os entregueis á un pesar y á una indignacion estériles. Esta mañana, cuando el último sol que miraron mis ojos doraba con sus rayos las cimas

de nuestras montañas, Clara, mi hijo y yo nos fuimos al campo. Clara me ayudaba á atar los manojos de nuestra cosecha, y mi hijo los echaba en el carro, á que estaban uncidos dos bueyes para llevarlo á la cabaña. De repente llegó un soldado de la guardia de Gesler, se acercó á nosotros pisoteando nuestro grano y dirijiéndose al carro lo miró y comenzó á desuncir á los bueyes. '¿Con qué derecho,' le dijo mi hijo, 'quieres quitarme estos animales, que son mi única riqueza para mantener á mi familia y para ayudar á tu amo á pagarte tu sueldo?' 'Obedece,' replicó el soldado, 'y nada preguntes á tus superiores.' Á estas palabras sí que el furor inflamaba los ojos de mi hijo. Tomó la correa que ataba á los bueyes, y que el soldado les habia quitado, se la arrebató de la mano, la levantantó, y contenido por mis gritos: 'Miserable,' le dijo, 'puedes dar gracias á mi padre, pues su voz omnipotente para mí, ha impedido que libre yo á la tierra de

un enemigo de la humanidad! Huye, ó teme que este campo se convierta en tu sepultura.' El soldado huyó inmediatamente. Contuve á Melctal para que no lo siguiera. 'Hijo mio,' le dije, 'en nombre del Cielo, sálvate luego de la cólera de Gesler: lo conozco, jamás te perdonará, te perseguirá hasta la muerte y mis canas quedarán salpicadas de tu sangre. Apresúrate, hijo mio, salva mi vida, salvando la tuya.' 'No, padre mio,' replicó él, con una voz en que la compasion se mezclaba al furor, 'no, jamás te dejaré. Prefiero morir defendiéndote á temblar un momento por tu seguridad. Es mi deseo, es mi deber . . .' 'Obedecerme,' le contesté severamente. 'Nada tienes que temer por mí, déjame cuidando de tu cabaña y de tu hija; me esforzaré en que tu hija conserve á su padre y su herencia. Ocúltate por unos dias en las montañas de Underwalden. Clara y yo irémos á verte cuando haya pasado la tempestad. Anda y no pierdas tiempo, yo te lo ruego, yo te lo mando

como padre.' Á estas palabras, el animoso Melctal bajó tristemente los ojos, se arrodilló, me dijo adios y me pidió mi bendicion. Yo lo estreché contra mi corazon y lo bañé con mi llanto. Clara se colgó de su cuello, y besó las lágrimas que su afligido padre no pudo reprimir. Entónces él se arrancó de los brazos de su hija y poniéndola en los mios, salió precipitadamente sin atreverse á volver los ojos. Clara y yo regresámos solos á la cabaña.

"Pensaba yo ir á Altorf á presentarme al tirano, y ver si su alma estaba destituida de todo sentimiento de justicia, cuando la cabaña fué invadida por hombres armados que á gritos preguntaban por Melctal. Me atormentaron furiosos, me cargaron de cadenas y me arrastraron á la presencia de Gesler.

"'¿Donde está tu hijo?' me preguntó el tirano con furor. 'Tu pagarás su crímen, si no me lo presentas.'

"'Hiéreme,' le contesté, 'y daré gracias al

Cielo si tu barbaridad hace que por segunda vez dé yo la vida á mi hijo.'

"Gesler frunció las cejas, y pude á un tiempo percibir en su mirada la crueldad mas fria, y su vacilacion en cuanto al género de tormento que no me fuera ménos duro por lo avanzado de mis años.

"Al fin, despues de un largo silencio, hizo una seña á los asesinos, y estos miserables, á quienes miró con esa infernal sonrisa con que los tiranos muestran que se glorian en los crímenes que ningun mortal puede castigar, se apoderaron de mí, me ataron, me oprimieron y entónces me sacaron los ojos con una ascua ardiente. 'Basta,' dijo Gesler; 'que viva ciego ese criminal. Quitadle los grillos y que vaya á buscar á su hijo.' Me arrastraron, me lanzaron rudamente fuera del palacio: anduve vagando con los brazos extendidos y caí en los de Clara, que me habia seguido hasta la puerta, de donde la guardia no la dejó pasar. En medio de mi congoja me

servia de consuelo oirme llamar por un nombre tan querido de mi corazon y sentir que me abrazaba aunque bañándome en su llanto. Procuré contener sus sollozos, le oculté mi angustia y le dije que me condujera á la casa de mi amigo, del amigo de mi hijo. 'Allá vamos,' me contestó, 'allá me guiaba el corazon.' Henos aquí: ¡querido Guillermo, ya no puedo verte; pero te siento á mi lado, oprimo tu mano en la mia; la siento temblar á la narracion de mis desdichas. Mi hijo se ha salvado, aun tengo un amigo—ah, todavía me quedan muchos consuelos!"

No bien hubo terminado el anciano, cuando Edmea, Clara y Gemmi se levantaron á abrazarlo, y sollozando lo bañaron de lágrimas. Tell permanecia en pié, sosteniendo su cabeza con una mano, miéntras sus ojos se clavaban en el suelo. Gruesas lágrimas se desprendian gota á gota de sus ojos entrecerrados, y como si un terrible peso lo oprimiera, apénas podia respirar.

La mano en que apoyaba la cabeza temblaba convulsivamente. Despues de un largo y sombrío silencio, dió algunos pasos precipitados, abraza al ciego, quiere hablar, pero solo pudo articular con voz entrecortada estas palabras—"Padre mio, serás vengado."

Entónces volvió á quedarse pensativo: guardó profundo silencio. Una vez y otra vez revolvió en su mente sus secretos designios, y al fin, recobrando ánimo, preguntó tranquilamente al anciano si sabia en donde se habia ocultado Melctal. "Sí," contestó el desolado padre, "mi hijo ha ido á refugiarse á las oscuras cavernas del Monte Faigel; entre aquellas rocas desiertas que son desconocidas á las criaturas del tirano. Melctal me ha prometido, me ha jurado no salir de allí, hasta que yo se lo permita." "Ya es tiempo," dijo Tell, "de relevarlo de su juramento, y esto es lo que ahora te pido en su nombre. Hijo mio, prepárate inmediatamente para dejarnos. Caminando toda la noche, llegarás al des-

puntar el alba al Monte Faigel: busca á Melctal, no descanses hasta que lo hayas descubierto: y dile estas palabras: 'Tu amigo me envia á hacerte saber los nuevos crímenes del execrable Gesler. Ha sacado los ojos á tu padre. Guillermo te manda esta espada."

Desciñóse entónces Tell la espada de que jamás se separaba. Gemmi la tomó, acercándose con respeto y la ocultó entre su seno. Edmea y Clara se estremecieron; pero no se atrevieron á preguntar nada á Guillermo; fijaron sus ansiosos ojos en Gemmi, se miraron despues una á otra, y temieron dar á conocer la inquietud que esta peligrosa expedicion les inspiraba.

El anciano Melctal, sorprendido de la órden que Tell acababa de dar á su hijo, le preguntó cuáles eran sus intenciones. "Las sabe tu hijo," replicó Guillermo, "y la vista de esta espada bastará para que comprenda lo que debe hacer. El tiempo es precioso, no lo perdamos mas. ¡Padre mio, serás vengado!"

Tomando á Gemmi de la mano, lo llevó á la tumba de su padre, y despues de hacerle prestar un juramento, le comunicó en parte sus secretos planes, le dijo con qué auxilios contaba y las instrucciones que habia de llevar á Melctal. Volvieron entónces animados de generosos propósitos. Gemmi ansiaba ponerse en camino. Clara pidió acompañarlo. Queria ir á abrazar á su padre y llevarle el alimento que habia de faltarle en las ásperas montañas. El anciano Melctal accedió á sus deseos y Edmea le dispuso desde luego una cesta de provisiones. Puso ademas leche y vino, y entregando la cesta á su hijo lo estrechó contra su corazon y le dijo adios. Lo abrazó otra vez, y recomendó á Clara en voz baja que cuidara á su querido hijo. Gemmi, armado de un baston con punta de hierro, que su padre le habia enseñado á usar, se puso la cesta en la cabeza, dió el brazo á Clara, y así emprendieron su marcha como dos cervatillos que vagan entre las tinieblas en busca de nuevos pastos. Gui-

llermo, cuando los hubo visto partir, se cubrió con la piel de lobo que siempre llevaba cuando salia á la caza de fieras léjos de su hogar. Esta piel, acomodada á su talle por un ancho cinturon, le cubria hasta la cabeza, y los dientes del animal brillaban sobre su frente. Llevaba las piernas cubiertas en parte de piel de oso, sobre los hombros un carcaj lleno de agudas flechas y en el brazo el arco formidable que jamás habia tendido en vano. Se apoyó un momento en este arco, mirando tranquilamente á Edmea. "Esposa mia," le dijo, "voy á dejarte; debo salir en este momento. Te recomiendo á nuestro huésped, al padre de mi amigo, al anciano á quien venero, y á quien amo como si fuera de mi familia. Sé su constante compañera, recréate en cuidarlo dia y noche, en consalarlo, en disminuir sus sufrimientos. No olvides ni un instante lo que se debe á la amistad, al infortunio y á la vejez. Pronto nos volverémos á ver, pues dos dias bastarán para mi empresa. Es menes-

ter que mi ausencia sea un secreto y que la puerta de mi casa permanezca cerrada hasta mi regreso." Dijo, y salió de la cabaña, y tomando una senda diferente de la que habia indicado á Gemmi, caminó apresuradamente.

Entretanto, Clara y Gemmi casi habian bajado la montaña en su camino por las estrechas veredas que conducen á Underwalden. Se desviaron de Altorf y llamaron á la puerta de un pescador, amigo de Tell, para pedirle que en su barca los pasara al otro lado del lago.

El buen pescador, que amaba á los niños, y se complacia en servirles, corrió á desatar su barca, los metió en ella, tomó los remos y hendió las claras aguas con rápidos é iguales movimientos.

Cuando llegaron á la opuesta orilla los niños dieron las gracias al buen pescador, y comenzaron á trepar por las agrias peñas que por todas partes rodeaban el lago. Clara quiso llevar á su vez la cesta que Gemmi habia cargado hasta allí; él no quiso cederle esta preciosa car-

ga, y como al fin convinieran en llevarla entre los dos, tomando cada uno un lado del asa, acortaron la distancia con sus mutuos cuidados, y al conversar, cambiaban miradas de un sentimiento triste, pero tierno, recordando los sufrimientos de las personas que les eran tan queridas.

La luna ya habia desaparecido y el alba, que en el invierno llega con tanta lentitud, empezaba á dorar las nevadas cimas, cuando los jóvenes viageros llegaron al pié del Monte Faigel.

Al subir, buscan por todos lados, esperando encontrar algun pastor ó algun cabrero que les pueda enseñar la caverna en que Melctal estaba oculto. Péro á nadie encuentran en aquellas rocas desiertas. En vano buscan por todas partes hasta donde su vista puede alcanzar. No ven mas que hielo y solo pueden distinguir las cabras monteses, pendientes sobre los precipicios y que desaparecen tan rápidamente como los pájaros del aire en el momento en que son descubiertas.

Por fin, como á los ocho, llamó la atencion de Gemmi, un humo espeso que en espirales subia por entre las rocas. Lo señaló á Clara y ámbos corrieron hácia la humareda, saltaron sobre torrentes helados, atravesaron un bosque de pinos, llegaron á una cueva y percibieron desde su boca una lumbrada que resplandecia brillantemente en el otro extremo. Un hombre que estaba sentado al lado del fuego daba pábulo á la llama con ramas secas. Al ruido de los pasos, volvió la cabeza, se levantó, tomó su hacha y llevándola por lo alto, salió al encuentro de los jóvenes viageros.

"¿Qué buscais?" les preguntó en tono de cólera. "Somos tus hijos, padre mio," contestó Clara; corriendo hácia él. "Gemmi y tu hija á abrazarte y á traerte alimento." Se arrojó entónces en brazos de su padre, quien, dejando caer su hacha, estrechó á su hija contra su corazon y la cubrió de besos. Volviéndose despues á Gemmi, que lo habia estado contemplando en silen-

cio, lo acarició tambien y lo bañó con sus lágrimas. Pronunció entónces el nombre de su padre y el de Tell, interrogó á los niños con inquietud é interrumpió sus respuestas con sus besos. Al fin, los acercó al fuego y sentándose en medio de ellos tuvo que reprimir su llanto para escucharlos tranquilamente.

Clara comenzó á decirle con gran precaucion el encargo que llevaban y las órdenes sagrados del anciano Enrique. Pronto le faltó la voz, quiso, pero no pudo contarle el espantoso infortunio que la hacia llorar, ni referirle la terrible crueldad de Gesler. Tres veces comenzó, y otras tantas tuvo que cortar la horrible narracion. Gemmi la ayudó entónces. "¡Oh Melctal!" dijo, "mira nuestro llanto que te anuncia nuevas desaventuras! Mi padre me ha ordenado que te traiga estas terribles noticias. Mi padre dijo que, su amigo puede soportarlas con firmeza, y que doliéndose de su hija Clara, sabrá moderar su pesar." Contóle entónces cómo Gesler, el in-

fame Gesler se habia vengado en el anciano. Melctal, enfurecido, tomó su hacha y estaba á punto de salir precipitadamente de la cueva, para ir desde luego á bañar sus manos en la sangre del cruel tirano, cuando Clara se arrodilló y Gemmi deteniéndolo, le dijo: "Acuérdate de mi padre! ¿has olvidado sus palabras? ¿no es ya tu amigo? Oye al ménos lo que me mandó que te dijera. En este momento está con Verner, y solo ahora ha de comunicarte sus propósitos. He aquí las órdenes de mi padre—me las repitió tres veces—"Anda, hijo mio, y cuando hayas hecho saber á Melctal este nuevo crímen del tirano, recuérdale que el furor solo no basta para reparar nuestros agravios. Tanto necesitamos del valor como de la prudencia. Yo voy á Schwitz á ver á mi amigo Verner, y á sublevar su canton. Que él vaya á Stantz—allí estan sus amigos y los caudillos de Underwalden. Que los reuna y los haga apelar á las armas, y que me espere en la caverna de

Grutti, donde pronto nos le reunirémos Verner y yo."

Al escuchar Melctal á Gemmi el dulce gozo de la venganza fué iluminando su rostro. "Obedeceré á mi amigo," exclamó con delicia, "me apresuraré á reunirme con mis amigos. Desde mañana tu padre, Gemmi, puede contar con doscientos valientes, patriotas que morirán por conquistar la libertad; pero que ántes de perecer no dejarán de sacrificar á gran número de esclavos y levantarán en las calles de Stantz el estandarte de la libertad. Á mí mismo me devora la impaciencia de atacar al pérfido Gesler: que venga, que se atreva á encontrarnos con su innumerable turba de esclavos, armada de todo su poder, y yo seré mas fuerte que él, porque mi fuerza está en la causa de la piedad filial y de la humanidad ultrajada?

Cuando así hubo hablado, quiso desde luego tomar el camino de Stantz; pero Clara lo detuvo, rogándole que consagrara siquiera algunos mo-

mentos al llamamiento de la naturaleza, que pasara una hora con su hija y tomara el alimento que ella le habia llevado.

Melctal consintió en sentarse en medio de los dos niños, cerca del fuego y tomó con ellos un ligero refrigerio. Tomando despues á los niños en sus brazos, los estrechó una y otra vez, y dando curso á su llanto pareció olvidar la venganza que ántes lo habia exaltado. Se despidió de ellos, despues de repetirles lo que habian de decir á Guillermo ; tomó su hacha y emprendió el camino de Stantz: pronto estuvo léjos de la caverna.

Los niños se quedaron solos, sobrecogidos de temores y presentimientos. Gemmi, que fué el primero en recobrar su presencia de ánimo, dijo á Clara : "Volvamos á ver á mi madre, para darle cuenta de nuestro viage y consolar á tu pobre abuelo con la esperanza de su próxima venganza." Clara no pudo contestar, y asiéndolo de la mano, salieron ámbos de la caverna.

Era ya mediodia, y, sin embargo, los débiles rayos del sol apénas atravesaban las espesas nubes que se iban amontonando. Parecia que un velo misterioso iba extendiéndose por todo el firmamento y ocultando su azul purísimo, miéntras copos de nieve volando por el aire, como la lana que los breñales quitan á los rebaños, iban aumentando por el lado del norte. Pronto sopló un viento penetrante y arreció la fuerza de la nevada. Caia como un violento aguacero ; llenaba todos los senderos, cubria y ocultaba todos los precipicios, y caia sobre los párpados de los pobres viageros que ya no tenian fuerza para soportar la violencia del tiempo. Ya no podian andar mas, y se acercaron á las rocas en pos de algun abrigo ; pero la nieve los siguió, cayéndoles sobre la cabeza. Gemmi temia por Clara, y ella, para disminuir su inquietud, se sonreia cuando se veia cubierta de copos de nieve ó cuando se los sacudia de su vestidos.

Al fin, calmó el furor de la tempestad y el

brillante astro del dia, rompiendo el velo de niebla que ocultaba su esplendor, derramó sus rayos sobre la nieve que resplandeció con los fulgores del diamante. Los niños continuaron su camino; pero no podian hallar el sendero, que estaba cubierto por la blanca alfombra que se extendia por todas las peñas. Gemmi, teniendo á Clara de la mano, caminaba cuidadosamente, midiendo con su baston la profundidad de la nieve; y este largo y cansado viage, lleno de peligros á cada paso, tenia, sin embargo, encanto para la tierna Clara.

Obligados á tomar un sendero extraviado, y á seguir el curso de torrentes, la rapidez de cuyas aguas habia dejado secos sus canales, los viageros emplearon todo el dia y no llegaron sino á la tarde á la aldea de Erfeld. Recordando allí Gemmi el camino, conoció que no podian llegar á Altorf ántes de la noche. Alentó á su tímida compañera y la hizo observar, que la luna que comenzaba á salir les impediria volverse á

extraviar. Siguieron entónces con mas seguridad la orilla izquierda del rio que atraviesa el canton Uri, cuando de repente se les unió un hombre armado de un grande arco y embozado en una capa que completamente le tapaba el rostro. Solo pudieron percibir la nieve y el hielo que brillaban en la copa del sombrero, que le cubria la cabeza, en su capa y hasta en sus cabellos que estaban enteramente helados.

Este hombre se acercó á los niños, que se detuvieron al verlo, y fingiendo la voz, les dijo: "Aquí teneis un cazador que ha perdido su camino, mis compañeros me han abandonado y no hallo el camino de Altorf, donde estoy seguro de que mi ausencia causa la mayor inquietud. Si quereis, hijos mios, servirme de guias, recompensaré ampliamente vuestra buena voluntad y vuestra diligencia."

"Ese servicio será su propia recompensa," respondió Clara, "sabemos el camino de Altorf, y tendrémos tanto gusto en volveros á vuestra

familia, como tendriais vos en volvernos á nuestros queridos padres. Seguidnos y dentro de una hora seguramente llegaréis." El cazador se unió á los niños, y observándolos atentamente á la luz de la luna, caminó en silencio con ellos.

Pronto, dirijiéndose á Gemmi, le dijo: "Niño ¿quiénes son tus padres, y en qué parte viven de Altorf?" "Soy hijo de un labrador," respondió Gemmi, sin mirarlo, "y mi padre no vive en la ciudad." "Pues ¿dónde tiene su casa?" "En los montes, en un desierto solitario, donde labra la tierra y practica la virtud." "¡La virtud!" replicó el cazador, con irónica sonrisa, "no imaginaba yo que tu supieras lo que esa palabra significa." "Fué la primera que me enseñaron á pronunciar," replicó Gemmi firmemente. "Sabes, pues, lo que quiere decir?" "Creo que sí." "Explícamela." "Temer á Dios, amar al género humano y aborrecer á sus opresores." "Y ¿á quiénes llamas sus opre-

sores?" "Á los tiranos y á sus satélites." "Pero en Suiza no hay tiranos." Al oir estas palabras, Clara lanzó un grito de horror, Gemmi quedó en silencio, y el cazador, inclinando la cabeza, anduvo algun tiempo sin hablar. Al acercarse á Altorf, descubrieron las brillantes lanzas de las guardias que vigilaban las puertas. De repente, el misterioso extrangero dijo á Gemmi: "¿Cómo se llama tu padre?" Clara, trémula, oprimió la mano de Gemmi, y él, para quien la mentira era imposible, se detuvo un momento. Pero repitiendo el extrangero su pregunta, mirándolo atrevidamente, contestó: "Os hemos prometido enseñaros el camino; pero fuera de esto no podemos tener confianza en vos. No os diré el nombre de mi padre, porque solo sus amigos deben saberlo." "¡Temerario!" exclamó el cazador, en tono airado; "tu padre no se me escapará y á tí te aguarda una cadena, que llevarás hasta que digas el nombre de la familia rebelde á que perteneces. Ven conmigo y ya ve-

rás que tengo medios para descubrir y castigar á los criminales."

Llegaron entónces á la puerta; el cazador pronunció el nombre de Gesler, y al oirlo la guardia se formó al instante, y le presentó sus lanzas. "Aprehended á estos niños," dijo; "llevadlos á la prision, y cuidad de presentarme al primer habitante de Altorf que los reclame como suyos."

En el acto fué obedecido, la guardia rodeó á Clara y á Gemmi, los condujo al fuerte y, sin compadecerse de su niñez, ni del cansancio que sufrian despues de tan larga jornada, los encerraron juntos en un calabozo.

Los niños estaban tranquilos, y mirándose el uno al otro tranquilamente, daban en secreto gracias á sus verdugos por no haberlos puesto en calabozos separados: escucharon sin temblar el sordo rechinar de las puertas de su prision, se sentaron en la paja que un resto de compasion les habia dejado y tomaron juntos el grosero pan

que se les dió para su sustento. No tenian miedo, porque no sentian remordimientos; y solo estaban inquietos por la suerte de sus padres y por los peligros que pudieran amenazar á Guillermo, cuando se presentara á reclamarlos al gobernador. Esperaban, oraban pidiendo al cielo que el anciano ciego los creyera todavía en la caverna con Melctal, y que ignorándose lo que les habia acontecido, de ello no resultara daño mas que á ellos mismos. Consolándose con tan piadoso pensamiento, estos dos niños, aunque en la cárcel y en poder de un tirano despiadado, durmieron sin zozobra el uno al lado del otro, y sin que los agitaran malos sueños, gozaron de ese suave y apacible reposo que alcanza la virtud, aun entre cadenas; miéntras que el gobernador en lo mas recóndito de su palacio, custodiado por gran número de soldados, y pudiendo con una palabra aniquilar á cuantos lo ofendieran, no pudo dormir, y los mas sombríos terrores le agitaron el alma.

Se decia: "¡Cuán inmenso debe ser el odio de mis súbditos, cuando hasta sus hijos lo revelan al viagero que les habla por acaso! ¿Cuál será, pues, el lenguage de sus padres y de sus abuelos? ¿Qué no tengo que temer de esta raza de rebeldes, en la que todos, desde el anciano hasta el niño alimentan la esperanza de privarme del poder y tal vez de la vida! ¡Ah! Debo impedir su rebelion; debo aterrorizar á estos miserables que pretenden escaparse del brazo de la justicia. Al ménos, los mas atrevidos de entre ellos serán los primeros en caer bajo la cuchilla de mi venganza!" Entregándose á la rabia salvage y al orgullo que lo dominaban, revolvió en su mente varios planes absurdos, y se fijó en el mas ridículo para mostrar en el mas alto grado el desprecio con que miraba á un pueblo á quien no podia dejar de temer. Pensó, al fin, en el estúpido proyecto de colocar en el mercado el sombrero que usaba comunmente, para que cuantos pasaran se humillasen

ante su poder, prosternándose bajamente ante este signo de su autoridad. No dió oido á la razon, que le hubiera mostrado los peligros á que lo exponia una órden tan vana é insensata. En verdad, la razon parecia haberlo abandonado del todo. Reunió á los capitanes de sus guardias y ansiosamente los interrogó acerca del celo y de la fidelidad de sus mercenarios. Sus temores se sobrepusieron hasta á su avaricia, prodigó su oro á sus soldados, poniendo á su frente á Sarnem, criminal instrumento de todos sus secretos crímenes.

"Mañana al amanecer," le dijo, "mandarás fijar un palo largo en el centro de Altorf, en la punta colocaras el sombrero que uso, y ahora te lo entrego para que lo pongas donde todo el mundo lo vea. Mis soldados vigilarán todos las avenidas del mercado para obligar á todos los transeuntes á inclinarse reverentemente ante este signo de la majestad y del poder del gobernador de los tres cantones. La menor murmuracion, la

mas leve resistencia á esta órden será castigada engrillando á los culpables. Leerás en los rostros, en las miradas de esa canalla vil, á quien la naturaleza hizo para la esclavitud, el sentimiento secreto de odio, de independencia, ó de valor —pues tambien el valor es un crímen en los que solo nacieron para obedecer. Apresúrate, pues, á cumplir mis órdenes y que mis soldados procuren sobre todo, descubrir quiénes son los padres de los niños á quienes he mandado á la carcel."

Dijo, y Sarnem voló á obsequiar sus órdenes. Pagóse de antemano á la soldadesca el precio de los crímenes que se esperaba que cometiera. Abundantemente le prodigaron oro y vino. Se esparcieron espías por toda la ciudad y sus suburbios y se introdujeron artificiosamente en las familias para poder indagar sus secretas opiniones. Con afectada compasion, estos miserables refirieron á las gentes del pueblo la historia de los dos niños à quienes Gesler habia tratado tan

duramente, y observando sus miradas y sus expresiones, tomaban nota como de un crímen de cada emocion de piedad y de indignacion.

Entretanto el cielo en su justicia amparaba la cabaña de Tell, y la ocultaba de estas infames espías. No dieron con Edmea, que acompañada del buen anciano Melctal, contaba las horas de la ausencia de su marido y de su hijo. Pasó la noche en vela sin apagar la lámpara que iluminaba su choza, y sin tener un momento de reposo. El anciano tambien estaba impaciente, y de nada podian hablar sino de sus hijos ausentes. Cien veces se quedaron callados para escuchar el menor ruido que cerca de la puerta se oia. El viento helado que silbaba entre las ramas desnudas de los árboles ó el ladrido del fiel perro que rondaba la casa, continuamente hacian parar á Edmea y cada vez se llevantaba á abrir la puerta creyendo que pudiera ser Gemmi. Cuando miraba hácia afuera y tan solo veia la oscuridad de la noche—cuando escuchaba en silen-

cio y solo oia el mugido del torrente, volvia tristemente al lado del afligido anciano y procuraba ocultarle su terror.

"Estan con tu hijo," le decia suspirando, "él los ha de haber detenido; duerme, buen anciano, y yo velaré hasta que amanezca."

"Sí, sí, hija mia," replicaba Enrique; "mi hijo debe tenerlos consigo; procuraré dormir, no pienses en mí, y calma la agitacion de tu espíritu." En seguida, para no aumentar la inquietud de Edmea, el buen anciano fingia que dormia tranquilamente.

Ámbos guardaban silencio, con la esperanza de engañarse el uno al otro; pero no bien oian el mas ligero ruido, se levantaban, y veian que ya no podian disimular mas tiempo.

LIBRO II.

Entretanto, Tell habia continuado su camino y ántes de amanecer habia llegado á los muros de Schwitz. Llamó á la puerta de Verner y los perros que rondaban el patio llenaron el aire con sus ladridos. Verner ya se habia levantado y estaba en pié al lado de una lumbrada, entregado á ansiosos pensamientos. Se dirijió a la puerta, la abrió al oir la voz de su amigo, y abrazándolo lo condujo al hogar. No bien reconocieron los perros al amigo de su amo, cuando fueron á hacerle halagos y á ofrecerle sus enormes cabezas para que las tocara con sus yertas manos.

"Amigo mio," dijo á Verner el héroe, "ha llegado el momento en que debemos dar libertad

á nuestra patria, ó perecer en la demanda. Vengo ahora á conferenciar contigo con prudencia; pero no á pedirte sabios consejos; porque es ya tiempo de obrar, y por lo mismo te traigo armas. Nuestra consigna será 'el Último crímen del Tirano.'"

Apénas hubo Tell pronunciado estas palabras, cuando puso á los piés de Verner un pesado bulto de lanzas, flechas, arcas y afiladas espadas que habia llevado sobre sus hombros. Verner las contempló con tranquila satisfaccion. "Ántes de oir mas," dijo, "vamos á ocultar este tesoro en lugar seguro. Aquí pueden quitarnoslo inesperadamente, porque en un país gobernado por tiranos, nadie puede decir que es dueño de su casa."

Entre los dos levantaron las armas y las llevaron á un subterráneo. Volvieron despues á sentarse cerca de la lumbre; Guillermo contó á su amigo la crueldad de Gesler, la angustia del anciano Melctal, la fuga de su hijo, el viage

de Gemmi en busca de este último, y como era preciso que en aquel mismo instante le estuviese dando instrucciones para que en la noche se reuniera con ellos en Grutti y concertaran el modo de asegurar completa venganza.

Verner, despues de escuchar con atencion, hizo repetir á Guillermo todos los permenores de su grandioso designio, los pesó y los consideró, y enumeró cuantos obstáculos imaginaba que pudieran presentarse. Satisfecho al fin, con las respuestas de Tell, que todo lo habia previsto y estaba preparado para el caso mas desgraciado, dijo: "Comencemos nuestra obra, amigo mio, estoy listo." Separáronse entónces y cada cual fué á llevar á sus amigos las armas que habian ocultado, proveyendo no solo á sus partidarios que vivian en la ciudad de Schwitz, sino tambien á los de las aldeas de las cercanías, y pusieron así en manos de los enemigos de la tiranía, los medios necesarios para destruir á los opresores. Celebraron que las nieblas y la abundante

nevada oscureciera el aire é impidiera que los encontrara álguien, que sospechara sus designios. Cien veces fueron y volvieron, no atreviéndose á llevar las armas todas á la vez. Emplearon doce horas en distribuirlas y en inspirar aliento y valor á los corazones de aquellos á quienes las confiaban. En presencia del cielo les tomaron el juramento de combatir por la patria y les refirieron el reciente crímen del tirano.

Su entusiasmo por la causa de la libertad les daba siempre nueva fuerza y elocuentes palabras, para inflamar el ánimo de sus amigos y hacer crecer en ellos el amor á la patria.

Despues de un dia entero de tan laboriosa tarea, todas las armas quedaron distribuidas, reservándose Tell únicamente su fuerte arco y Verner una sola lanza. Excesivamente cansados volvieron á la cabaña de Verner, tomaron á toda prisa algun alimento para recuperar sus fuerzas, y urgidos por la velocidad del tiempo y por su cita con Melctal, sin tomar un momento de des-

canso, se encaminaron á la caverna de Grutti. Marcharon entre la nieve que el viento del norte impelia en su torno, llegaron á la orilla del lago y buscando una barca en la oscuridad descubrieron una muy pequeña, amarrada por fuertes cuerdas, y azotada contra la ribera por la violencia de las olas.

Viendo Verner, cuán agitado estaba el lago, se detuvo un momento y preguntó á Tell si su habilidad en manejar una barca, por la que era tan celebrado, lo hacia dominar el furor de la tempestad. "Está esperándonos Melctal," contestó Tell, "y la suerte de nuestra patria depende de que nos reunamos con él. ¿Cómo, pues, puedes preguntarme si tendré valor para atravesar el lago? Yo no sé si podré sobreponerme á la tempestad; pero si sé que tengo el deber de hacerlo. No fio en mi destreza, sino en el Dios del cielo que vela por los hombres de buen corazon, y protege á los que trabajan por la libertad!"

Dijo, entró en la barca, y Verner lo siguió. Tell cortó la cuerda, tomó el remo, y se alejaron de la orilla. Sea casualidad, sea que en efecto el justo y poderoso Ser, invocado por el corazon de Tell, protegiese á los libertadores de la Suiza, el viento se aplacó repentinamente, las olas cesaron de levantarse y la barca impelida por el brazo de Tell que la hacia volar como flecha, se deslizó tranquila por el terso lago y en breve llegó á la ribera opuesta. Dejaron la barca bien asegurada, y se dirijieron á la caverna que les era muy conocida.

Melctal los estaba esperando en la entrada. Cuando vio á Tell, corrió á su encuentro, lo abrazó, lo bañó de lágrimas y apellidándolo con emocion su padre y su amigo, apénas pudo reprimir los sentimientos que lo agitaban. Guillermo lloró tambien, tomó la mano de su amigo, la estrechó con vehemencia, lo condujo al centro de la caverna, y allí rodeados de tinieblas y sentados en desnudas rocas, desecharon todos los pen-

samientos de sus agravios y de sus particulares intereses, para considerar únicamente el bienestar de su patria.

Tell fué el primero que usó de la palabra: "Melctal," dijo, "aun vive tu padre, está en mi casa y así pueden tranquilizarse tu ternura y tu piedad filial. Procuremos hallar, despues de maduro exámen, el medio mas seguro de libertar á nuestra patria, de devolverle sus derechos y de vengar las injurias que por tanto tiempo ha sufrido de la barbarie de los usurpadores. Cada uno de nosotros disfruta la confianza y la estimacion del canton á que pertenece; así, pues, los valientes habitantes de Schwitz se alzarán al llamamiento de Verner, y no les faltarán armas, pues él y yo se las hemos proporcionado hoy en abundancia; doscientos soldados seguirán á Verner como á su capitan; nos han dado su palabra, su juramento y seguramente podemos contar con ellos. En Uri, dentro de los mismos muros de Altorf, donde la presencia del tirano

hace mas inminente el peligro, donde ha levantado esa espantosa fortaleza que parece sostener por siempre su poder, me ha sido mas difícil encontrar hombres que nos secunden. Todos los corazones anhelan la libertad, pero los soldados y los esbirros de Gesler espian sin cesar para extinguir la mas leve chispa de tan sagrada llama. No me atrevo, pues, á contar con los ciudadanos de Altorf. Temblando, gimiendo bajo el látigo del déspota, no se atreven á atacar, pero no lo han de defender. En las aldeas de los alrededores he hallado cien valientes resueltos á morir por mí. Tienen armas y decision y esto es cuanto puedo ofrecer. Ahora, Melctal, á tí te toca hablar, dinos qué éxito has alcanzado en Underwalden, y decidamos si de una vez, uniendo nuestras fuerzas, nos lanzamos á buscar la muerte ó la libertad.

"¡Amigo!" dijo Melctal, pudiendo apénas dominar su emocion, "no esperaba yo el auxilio que he obtenido, y, sin embargo, estaba cierto del

resultado. Están ya sobre las armas ciento cincuenta jóvenes de Underwalden, y hoy mismo los he visto. Me han elegido su jefe y ansían el combate. No perdamos un momento, amigos mios, marchemos esta misma noche á los muros de Altorf; reunamos á nuestros guerreros en el centro de la ciudad, ataquemos rápidamente el fuerte, y el pueblo nos ayudará, y quedarémos vengados del infame Gesler. Le he de sacar los ojos en el mismo lugar en que mi padre . . . pero, no sé lo que digo; perdonad al hijo mas desgraciado. Mi parecer es, lo repito, que á pesar de la oscuridad, á pesar de la nieve que cubre el suelo y oculta el camino, debemos marchar á Altorf ántes del alba y dar una batalla en que desde luego quedemos dueños del fuerte, ó completamente aniquilados."

"Si, aniquilados," replicó Verner con calma; "y ¿nuestra muerte, que sin duda será gloriosa, de qué provecho será para nuestra patria? ¿No escuchaste á Guillermo? Los cien jóvenes que

tiene armados en Uri, dispersos como estan en las aldeas, necesitan tiempo para unirse, miéntras que el tirano ni un instante deja de estar rodeado de sus viles soldados. El pueblo de Altorf, descorazonado con la presencia del tirano, carecerá de valor para unírsenos, y nuestros pocos hombres llegando á la plaza uno á uno y en desórden serán hechos pedazos dentro de sus muros. Fiad en mi experiencia: asegurémonos de ser ayudados ántes de comenzar cualquiera empresa peligrosa. ¿Creeis que somos los únicos suizos que suspiran por la libertad? ¿Los hombres de Zurich, de Lucerna, de las montañas de Zug, de Glaris y de Apenzel, no detestan como nosotros hasta la idea de la esclavitud? No lo dudeis: lo mismo que nosotros, esos valerosos pueblos anhelan la libertad, y mi corazon me anuncia que dia vendrá en que formen un todo con nuestros tres cantones y constituyen una república, cuyo nombre será respetado y temido por todos los reyes de la tierra. Aceleremos tan

gloriosos dias; enviemos diputados á Lucerna, á Zug, á Zurich, invitémosles á que unan sus fuerzas á las nuestras. Fíjese un dia, un dia sagrado, en que todos los suizos, los amigos todos de la libertad, ataquen á sus tiranos. Entónces nos levantarémos, entónces Altorf despertará, y el asustado gobernador rodeado de nuestras armas será fácil presa de nuestro valor, ántes de que sus mensageros, detenidos por todos lados, hayan tenido tiempo de comunicar su peligro al Emperador."

Así concluyó Verner; Melctal hubiera querido disputar con él, pero Tell comenzó á hablar y ámbos lo escucharon con atencion.

"Melctal," dijo, "me complazco en tu valor, excuso tu impetuosidad, pero pudiera ser fatal á nuestra causa. Verner, admiro tu prudencia, pero tambien pudiera ser peligrosa. Ninguna esperanza quedaria para nuestro sagrado proyecto, si hubieramos de dejarlo depender del tiempo ó del vigilo de mas de unos cuantos corazones

leales. La mas ligera equivocacion, una palabra, un accidente insignificante, á menudo frustra el trabajo de muchos años. Si en todas las ciudades que has nombrado, se nos asociara un solo traidor, podria esclavizar á sus compatriotas una vez mas, y presenciar el tormento de los mejores hijos de nuestro país. No, no salga de nosotros nuestro generoso intento; suframos, como no dudo que tengamos valor para sufrir, por la causa de la libertad; y cuando Uri, Schwitz y Underwalden hayan enarbolado en sus montañas el estandarte de la libertad, nosotros, y si no nosotros, nuestros hijos encontrarán á los demas cantones ansiosos de combatir bajo nuestra bandera, ó de ser protegidos por su sombra—

"Verner, ya es tiempo de obrar, pero Melctal, á tí te pido una corta demora. Entretanto, escuchad mis planes. Schwitz y Underwalden estan ya armadas; segun decis trescientos cincuentos guerreros están listos á obedecer vuestras órdenes. Es menester que se reunan, no en medio de una

ciudad ó de una aldea, sino en un valle escondido, en un sitio desierto donde puedan unirse y desde donde puedan comenzar su marcha. De esto os encargaréis vosotros; yo vuelvo á Uri y ayudado por el valiente Furst, el único á quien he confiado nuestro secreto, reuniré, si puedo, á los cien enemigos del tirano, cuyo ánimo y cuyo valor los hagan dignos de combatir á nuestro lado. Furst los buscará en Maderan y en Urseren, en las montañas, donde nacen el Aar, el Tesino, el Rhin y el Ródano. Me quedaré solo en Altorf y aguardaré un mensagero de Furst que me comunique el momento en que sus tropas esten dispuestas á marchar. En ese momento daré fuego á un inmenso haz de leña, que tengo preparado en la montaña en que vivo. Veréis la llamarada, y ámbos debeis apresuraros á ir al lugar de la cita, y de allí marchar sin demora á Altorf con todas vuestras tropas. He calculado el tiempo y la distancia: Furst con los patriotas de Uri, Verner con sus amigos de Schwitz y

Melctal con los guerreros de Underwalden, llegarán casi á un tiempo á las puertas del norte, del sur y del este de la ciudad. Yo estaré allí, amigos mios, estaré solo en medio del pueblo que con mi voz y mi esfuerzo procuraré levantar á conquistar su libertad. Sí, mi palabra proclamará este nombre sagrado que ha llegado á ser nuestro grito de guerra. Vosotros lo pronunciaréis al entrar; y ante tal espectáculo y tal acento, el pueblo atónito, mirando á los hijos de Uri, de Schwitz y de Underwalden, volará en su ausilio é impulsados por su odio, atacarán con furor á Gesler y aumentarán el número de nuestros valientes. Nuestras banderas ondearán en breve en las alturas de esa terrible fortaleza, y toda la Suiza, reanimada con este primer triunfo, acudirá ansiosa á tomar parte en nuestras futuras victorias."

Habló así Tell, y Melctal se arrojó en brazos de su heróico amigo inundándolo con su llanto de júbilo. Verner quedó convencido y adoptó el

parecer de Tell. No se necesitaron nuevos juramentos para ligar la fé de estos hombres, para cuyas grandes almas estaban de mas tales formalidades. Se separaron, repitiendo que no se pondrian en marcha hasta que Guillermo diese la señal conocida.

Melctal regresó á Stantz para preparar á sus amigos, y Verner y Tell en su barca volvieron á atravesar el lago que estaba todavía sereno, y al llegar al otro lado, Verner tomó el camino de Schwitz, y Guillermo se dirijió á Altorf, andando por la orilla del lago. Ántes de ver á Edmea, quiso hablar con sus amigos de Altorf y comunicarles sus grandes designios.

Entró á la ciudad, se dirijió al mercado y el primer objeto que descubrió fué, en la punta de un alto palo, un sombrero ricamente bordado de oro. Numerosos soldados estaban en torno del poste, y guardaban silencio, como si custodiaran con respeto aquel emblema del poder. Guillermo se acercó perplejo; pero viendo á los ciu-

dadanos de Altorf inclinarse delante de aquel sombrero y mirando á los soldados forzarlos con sus picas á postrarse hasta el suelo, pudo apénas dominar su indignacion y se detuvo á contemplar aquel espectáculo. No queria dar crédito á sus ojos, permaneció mudo é inmovil apoyándose en su arco, y sintió en su alma menosprecio hácia la degradada multitud y los infames soldados.

Sarnem mandaba á aquella tropa—Sarnem, cuyo celo feroz se complacia en exceder á las órdenes del tirano. Pronto descubrió al hombre que en medio de las turbas humilladas, permanecia en pié, levantando altivo la cabeza. Corrió hacia él y mirándolo con ojos que la cólera encendia: "Quien quiera que seas," le dijo, "tiembla, teme que yo castigue tu tardanza en obsequiar las órdenes de Gesler. ¿No sabes que se ha publicado una ley que obliga á todo ciudadano de Altorf á inclinarse reverentemente ante este signo del poder?"

"No sabia yo de tal ley," contestó Tell, "ni hubiera jamás imaginado que á tal exceso de tiranía y de locura condujera la posesion del poder ilimitado. Pero al ver la vil sumision de este pueblo, casi excuso y aun apruebo la demencia de Gesler. Razon le sobra para llamarnos esclavos! Jamás despreciará bastante á los que así se degradan á sí mismos. Pero lo que es yo, solo me posterno delante de Dios!"

"¡Insensato!" replicó Sarnem, "en breve te arrepentirás de tu insolencia. Arrodíllate desde luego, si no quieres que mi brazo te castigue."

"El mio me castigaria," dijo Tell, fijando en Sarnem su severa mirada, "si fuera yo capaz de obedecerte."

Al oir estas palabras, el cruel Sarnem hizo una seña á sus soldados, que al punto se apoderaron de Guillermo, quitándole su arco y su carcaj, y lo llevaron ó mas bien lo arrastraron al palacio del gobernador, poniéndole al pecho las puntas de sus espadas.

Tranquilo en medio de los soldados, sordo á sus duras palabras, y cruzando los brazos sobre el pecho, se presentó Guillermo ante el tirano. Lo miró con desden, y dejando que sus acusadores hablaran sin interrupcion, esperó con orgullosa calma á que Gesler lo interrogara.

Con su aspecto, su actitud y su aire imperturbable asombró y aterró al gobernador. Una especie de sobresalto, un secreto presentimiento, le anunciaba que el hombre á quien tenia delante habia de ser el vengador de todos sus crímenes. Apénas se atrevia á mirarlo, y mucho ménos á hablarle. Al fin, con voz trémula, le dijo: "¿Por qué has desobedecido mis órdenes, negando al emblema de mi poder, sea el que fuere, el respeto que se me debe á mí mismo? Habla, si tienes algo que decir en tu defensa y acuérdate de que tengo la facultad de perdonar!"

Tell fijó sus ojos en el tirano, y tan amarga fué su sonrisa como su mirada. "Castígame,"

le dijo, "sin intentar penetrar mis pensamientos. ¿Cómo tú, que eres enemigo de la verdad, quieres ahora oir su voz?"

"Quiero que me la digas tú mismo," dijo el gobernador, "quiero que me hagas conocer mis faltas y mis deberes."

"Y yo no pretendo instruir á los tiranos, aunque el horror que en su presencia experimento, no me priva de mi valor. Pero puedo recordarles sus crímenes y mostrarles el paradero que han de tener. Escúchame, pues, Gesler, ya que me has mandado que hable.

"Se ha colmado la medida: la copa de amargura que los cielos irritados han puesto en tus manos se desborda ya por todos lados. Dios, que te ha hecho su instrumento para castigar nuestras culpas, prepara ya sus rayos contra tí. Oye los clamores de los inocentes que tienes aherrojados, de las viudas y de los huérfanos, rereclamándote á sus esposos y sus padres que han perecido en el tormento por tus bárbaros man-

datos. Sus sangrientas sombras vagan por tu morada, te persiguen en tus sueños y señalan sus heridas abiertas y sus miembros descoyuntados! Su sangre te mancha las manos y te despierta á medianoche. Ni la oscuridad te libra de este horrendo espectáculo, y en vano cierras los ojos con la esperanza de olvidarlo. Los pocos á quienes has dejado con vida, vagando léjos de su hogar y dejando á tu avaricia sus riquezas que ganaron con su trabajo, huyen á ocultarse en las asperezas de las peñas ó en las espesuras de las selvas. Y ¿qué hacen estas miserables gentes? Temiendo tu nombre mas que el ruido del avalanche que al precipitarse sepulta las aldeas bajo su peso ¿en qué emplean sus noches, y sus dias? Se arrodillan en las rocas tendiendo las manos al cielo, y orando al Dios de la venganza, le ruegan que aniquile al azote de su patria. Pues bien, Gesler, debo decirte que las plegarias de nuestro pueblo, los gritos de los inocentes; que por tu órden han sido perseguidos,

saqueados y martirizados, que la sangre que no has cesado de verter, y que aun señala las huellas de tus pasos, que la voz de esta sangre ha llegado al cielo. Sí, nuestras quejas han subido al trono del Altísimo; su justicia va ya á emprenderte; mi patria va á ser libre!

"Tales son mis esperanzas, mis plegarias y mis pensamientos. Has querido oirlos, te he obedecido, y nada me queda ya que decirte, pues no degradaré mi razon en examinar ni por un momento el capricho, la locura que ha obligado hoy á los ciudadanos de Uri á doblar la rodilla ante tu sombrero. Sabes todo lo que ha pasado y puedes disponer mi muerte."

Gesler escuchó sin contestar. Reprimió su cólera, sin embargo, solo para asegurar mejor su venganza. Su furor se contuvo con la esperanza de descubrir ó inventar algun nuevo modo de atormentar á un hombre que despreciaba la muerte. Pensó en el momento en los dos niños á quienes la víspera habia cargado de cadenas.

Comparando la libertad de lenguage del niño con lo que acababa de oir, su furia, su sagacidad le hizo primero sospechar, que los niños que tan altamente despreciaban á los tiranos, podian pertenecer al que tenia la temeridad de desafiarlo. Deseando descubrir sin tardanza la verdad de su sospecha, dispuso en secreto que le presentaran á los niños. Sarnem voló á cumplir esta órden. Entretanto, el artificioso Gesler, disimulando su furor y fingiendo no haberse irritado con las palabras de Tell, friamente comenzó á hacerle preguntas sobre su condicion, su familia, y la clase á que pertenecia en Uri.

Guillermo le dijo su nombre, y este nombre tan famoso en Altorf, conmovió y alarmó al gobernador. "¡Cómo!" le dijo sorprendido, "eres tú Tell, cuya destreza en guiar una barca es tan celebrada, y cuyo arco jamas ha disparado en vano sus flechas?" "Sí, yo soy," replicó Tell, "y me avergüenzo de que mi nombre solo sea conocido por triunfos tan estériles para mi patria.

Tan vanas proezas valen mucho ménos, á mis ojos, que la muerte que pronto sufriré por haber pronunciado el nombre de la libertad!"

En este momento apareció Sarnem, llevando consigo á Clara y á Gemmi. Cuando Tell vió á su hijo, dió un grito y se lanzó á él, exclamando: "Oh! Gemmi! oh! hijo mio! aun puedo abrazarte una vez mas . . . pero en qué sitio . . . cómo . . . por qué. . ." "No, no" replicó Gemmi, "tu no eres mi padre, no, yo no te conozco; mi familia está léjos de aquí." Asi habló el niño, conociendo el peligro de Guillermo, y sabiendo la suerte que reservaba Gesler á sus infelices padres. Guillermo quedó atónito, con los brazos abiertos y sin poder advinar por qué su hijo repulsaba sus caricias y se atrevia á negarlo. Clara aumentó su asombro repitiendo lo que Gemmi habia declarado; que Tell no era de su familia. Su corazon se conmovió, comenzaba á irritarse contra los niños, y Gesler, cuyos fieros ojos espiaban todas las emociones, Gesler, que com-

prendió perfectamente lo que era un misterio para Tell, se gozó á la vez en el temor, en la sorpresa y en la agonía del padre y del hijo.

Su rostro traicionó la infernal alegría que le llenaba el corazon. "Yo no me engaño, Guillermo," dijo, "este niño es hijo tuyo, y tu hijo me ha ofendido. He sufrido con paciencia todo tu lenguage insultante, hasta poder encontrar un castigo tan grande como tu audacia; oye el que te he decretado. Deseo, aun al castigar tu insolencia, rendir homenage á ese raro talento de que tanto se jacta tu país, y que los ciudadanos de Altorf, al presenciar mi severa justicia, aplaudan tu destreza. Tu arco te va á ser devuelto; tu hijo se pondrá frente á tí á cien pasos de distancia; sobre la cabeza se le pondrá una manzana que sirva de blanco á tu flecha. Si tu mano, tan orgullosa con su firmeza, quita la manzana de la cabeza de tu hijo, tú y él serán perdonados; pero si rehusas esta prueba, inmediatamente se le dará la muerte en tu presencia."

"¡Bárbaro!" exclamó Tell, "qué demonio del infierno te ha inspirado tan horrible idea? Y tú, ¡oh jnsto Dios! que lo escuchas, ¿cómo permites un exceso tan cruel y tan despiadado de la tiranía? No, no aceptaré esta prueba—no me expondré á ser asesino de mi hijo. Quiero morir, Gesler, imploro la muerte de manos de tus asesinos, á quienes veo ya dispuestos á empapar en sangre esas manos que han sacrificado tantas víctimas. Pido, ruego morir inocente como hombre y como padre! Oyeme, Gesler, tus numerosas guardias, el ejemplo de todos mis conciudadanos, la certidumbre de la muerte, no han tenido fuerza bastante para hacerme inclinar ante el emblema de tu poder. Prefiero la muerte á tamaña degradacion. Pues bien, ahora estoy dispuesto, con tal de obtener la muerte y de librarme del riesgo de atravesar el corazon de mi hijo, á postrarme delante de tí, con todo y que eres un tirano. Prométeme la muerte, Gesler, y rendiré homenage á tu poder."

"¡No!" exclamó Gemmi en aquel momento, con una voz que conmovió hasta á los soldados que lo rodeaban, "no, no te humilles ante un tirano, padre mio. Yo acepto, yo me gozo en la prueba. Cualquiera que sea el resultado, tú quedarás en libertad. Ten valor, no temas, y Dios dirijirá tu mano—tu hijo no perecerá, se salvará, créelo, y perdónalo, si por un momento se atrevió á negarte. Temí por tu vida, solo por tu vida, y con la esperanza de salvar lo que me es mas caro en la tierra, renunciaba al querido nombre de hijo tuyo. Perdóname, oh padre! y déjame repetir cien veces el nombre que no me atreví ántes á pronunciar. Ten valor, padre, no me has de matar: una voz secreta me anuncia que he de quedar salvo. Que me lleven al sitio, que me lleven al instante, y tú, Clara, vuélvete á tu casa; pero no digas á mi madre lo que está pasando." Gemmi se arrojó entónces en el seno de Tell, que lo recibió, lo abrazó y lo estrechó contra su corazon. Quiso hablarle; pero solo

pudo bañarlo de llanto, pronunciando su nombre con voz trémula y entrecortada. Clara se desmayó, los soldados la llevaron al palacio, y el inhumano Gesler, sin compadecerse ante aquel espectáculo, repitió sus espantosas órdenes, poniendo á Guillermo por última vez en la fatal alternativa de ver morir á su hijo, ó de exponerse á matarlo él mismo.

Por algunos momentos Guillermo no contestó, bajaba los ojos con desesperacion, y seguia estrechando á Gemmi entre sus brazos. Alzando repentinamente la cabeza y dirijiéndose á Gesler, con los ojos enrojecidos de llorar, y lanzando miradas de fuego al traves de sus lágrimas, exclamó: "Obedeceré, que me lleven al sitio de la prueba." Las guardias rodearon al padre y al hijo, que aun tenian las manos entrelazadas, y fueron sacados del palacio por las tropas de Sarnem. La multitud, que estaba ya informada del horrible acontecimiento, se habia reunido ya en el mercado. Casi todos gemiaon en su in-

terior; pero no se atreivan á pronunciar ni una palabra de compasion. Sus tímidos ojos buscaban á Guillermo y lo descubrieron entre las espadas desnudas de los soldados, caminando con Gemmi que se sonria con su padre. El aspecto de Tell arrancaba lágrimas á los espectadores; pero el temor los obligaba á ocultar á los soldados hasta estas señales de lástima. Todos veian hácia el suelo, reinaba en el pueblo un siniestro silencio, todos gemian, sufrian; pero no se atrevian á quejarse.

El feroz Sarnem midió lentamente el terreno, que por tres lados quedó cercado de una doble fila de soldados. El pueblo se agolpó estrechamente, detras de la tropa. Gemmi contemplaba tranquilamente los preparativos, desde el extremo mas lejano del cuadro.

Gesler se quedó á distancia detras de Tell, rodeado de sus guardias, y sin poder desechar de su mente los temores que el silencio del pueblo le inspiraba. Guillermo permaneció en medio

de las deslumbrantes lanzas de la tropa, con los ojos bajos, é inmóvil cual una estatua. Le dieron su arco con solo una flecha, cuya punta probó, se rompió y la arrojó al suelo, pidiendo su carcaj. Fuéle llevado, y teniéndolo á los piés, se inclinó como para escoger una flecha; pero, luego que pudo, ocultó una entre su ropa, y tomó otra con la que indicó que iba á disparar. Sarnem mandó que retiraran las demas, y Tell comenzó lentamente á preparar su arco. Miró á su hijo, se detuvo, alzó los ojos al cielo, arrojó su arco y su flecha y pidió que le permitieran hablar con Gemmi.

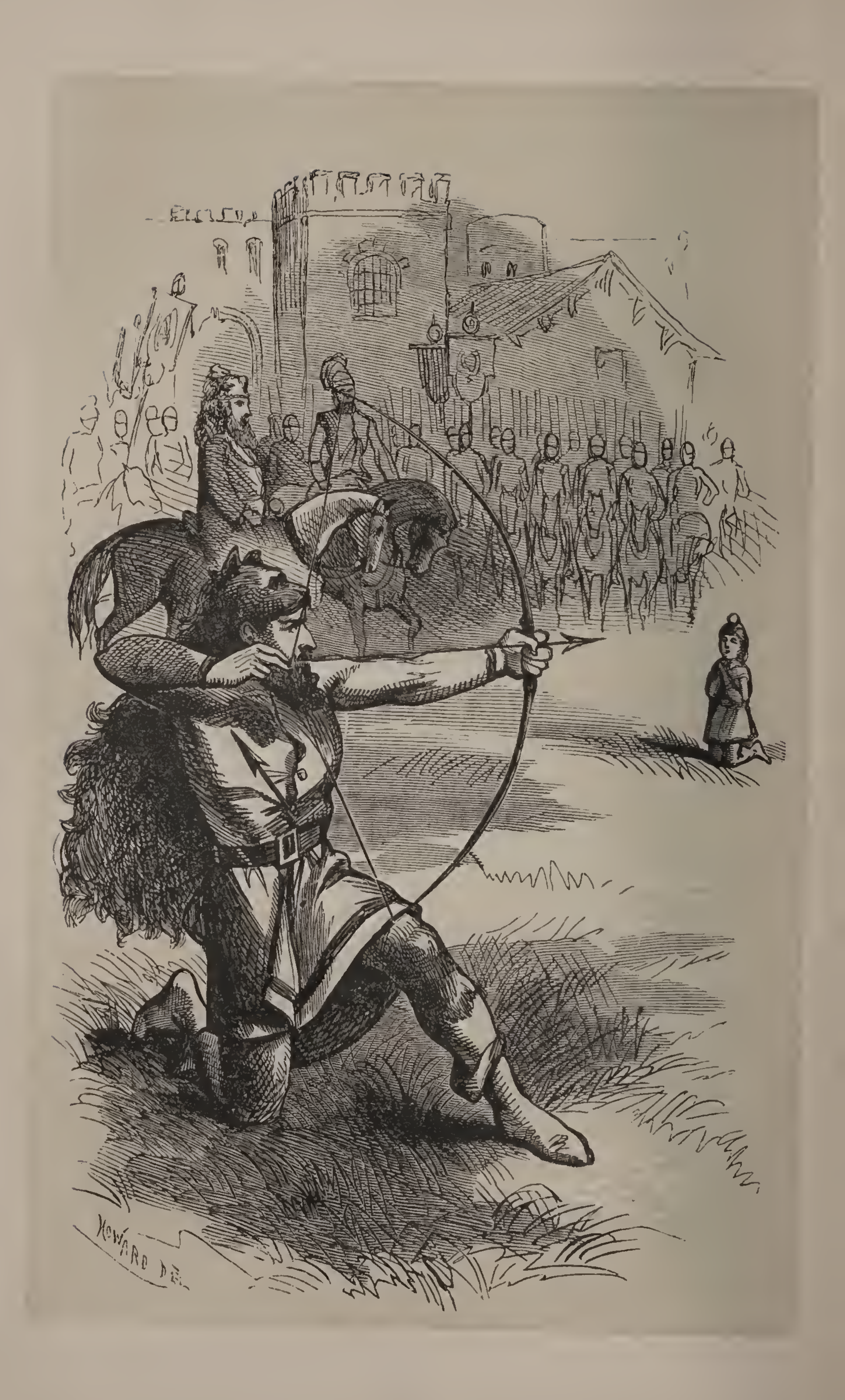
Cuatro soldados lo acercaron á su hijo. "Gemmi" le dijo, "quiero estrecharte una vez mas entre mis brazos y repetirte lo que te he dicho ántes. No debes moverte, hijo, debes estar firme, pon una rodilla en tierra, porque creo que así te moverás ménos. Ruega á Dios, hijo mio ,que ayude á tu desdichado padre. Pero no, ruega solo por tí, no sea que pensando en mí

te enternezcas y pierdas esa serenidad, que admiro sin poder imitarla. Oh! hijo mio ¿por qué no puedo mostrarme tan grande como tú? No pierdas tu firmeza, de la que yo no puedo darte ejemplo. Sí, permanece así, hijo mio, eso es lo que deseo, . . . lo que deseo, ¡ desdichado de mí! ¡Y lo permites, Dios mio! . . . Oye, vuelve la cara, tú no sabes, no puedes prever el efecto que te hará la punta de esta flecha, este agudo acero disparado contra tu frente. . . voltea la cabeza, hijo y no me mires."

"Sí, sí," replicó Gemmi, "quiero y debo mirarte; no veré la flecha, solo veré á mi padre."

"Oh hijo querido!" exclamó Tell, "no me hables, tus palabras, tu voz me quitará la fuerza. Calla, reza y no te muevas."

Guillermo lo abrazó, quiso separarse de él, lo volvió á abrazar, le repitió sus últimas palabras, le pusó la manzana en la cabeza, y apartándose de él precipitadamente, volvió á grandes pasos á su primer puesto. Allí, empuñando


HOWARD

el arco y la flecha y fijando los ojos en el amado objeto, contra el que tenia que lanzar su tiro, dos veces quiso disparar su flecha, pero en vano. El arco se le cayó de las manos. Al fin, concentrando toda su destreza, toda su fuerza, todo su valor, y enjugando las lágrimas que le anublaban la vista, invocó al Ser omnipotente que mira desde el cielo las angustias de un padre, y dominando su brazo trémulo, forzó, acostumbró su vista á no mirar mas que la manzana. Aprovechando el instante, rápido como el pensamiento en que pudo olvidar el riesgo de su hijo, metió puntería, disparó su arco, y dió en la manzana á que se llevó la flecha volando.

El mercado resonó con gritos de júbilo. Gemmi corrió á los brazos de su padre, que pálido, inmóvil, agotado por tan terrible esfuerzo, no pudo corresponderle su abrazo. Miró vagamente en su derredor, no pudo hablar y apénas oia la voz de su hijo. Apénas podia tenerse en pié y hubiera caido, á no sostenerlo Gemmi. La

flecha oculta entre su ropa, cayó entónces al suelo, y fué vista por Gesler, quien inmediatamente fué á ponerse á su lado. Tell, que comenzaba á recobrar el sentido, desvió la cabeza al ver al tirano.

"¡Incomparable arquero!" le dijo Gesler, "cumpliré mi promesa y te pagaré el premio de tu sin igual destreza. Pero ántes quiero que me digas ¿para qué reservabas esa flecha que tenias oculta? Si una sola te bastaba ¿para qué escondias esta otra?" "Tirano," dijo Tell, "esta te habria atravesado el corazon, si torpe mi mano hubiera dado la muerte á mi hijo!" Á estas palabras, arrancadas por la congoja de un padre, Gesler se retiró en medio de sus guardias.

Revocando su promesa, ordenó al cruel Sarnem que inmediatamente cargara á Tell de cadenas y lo condujera al fuerte. Obedeciendo esta órden, arrancaron á Tell de los brazos de Gemmi, que en vano pidió acompañar á su padre. Las guardias lo ahuyentaron empujándolo.

El pueblo murmuró y pareció conmovido ; Gesler se retiró á toda prisa á su palacio y dispuso que sus soldados estuviesen sobre las armas. Numerosos cuerpos de tropas austríacas recorrieron toda la ciudad, y obligaron al pueblo amedrentado á ocultarse en sus casas. El terror se difundió por las calles, y los soldados se prepararon á cebarse en la sangre de nuevas víctimas.

LIBRO III.

Miéntras desasosegado el tirano se encerraba en su fortaleza y la rodeaba de tropas, el infeliz Gemmi vagaba desolado, y con gritos lastimeros pedia que lo llevasen con su padre. Rechazado por los brutales soldados, corria en rededor de las murallas del fuerte, dando al viento sus quejas en lloros y gemidos.

Clara, detenida en el palacio, durante la espantosa escena, se escapó al fin, y buscó á Gemmi por todas partes. No bien lo descubrió, cuando corrió á sus brazos y procuró consolarlo. "Mi padre está preso," le dijo, "mi padre va á ser asesinado. Oyeme, Clara, he perdido toda esperanza de unírmele en su calabozo, de acompa-

ñarlo, de morir con él. Voy, pues, á recurrir al único medio que me queda de salvar su vida. Voy á Underwalden, comunicaré á tu padre el peligro de su amigo: Melctal tiene valor, tiene armas, tiene amigos, y vendrá á salvar á mi padre. Tú, mi buena Clara, volverás á unirte con mi madre, dile lo que ha sucedido y lo que voy á hacer. Anda, Clara, consuélala, dile que no volveré sin Melctal—pereceré ó volveré á mi padre, entónces tu, en mi lugar, quedarás al lado de mi madre. Dijo, y partiendo al instante, á paso precipitado salió de la ciudad. Clara tomó el camino de la cabaña de Tell, donde el anciano Enrique y la virtuosa Edmea, léjos de sus hijos é ignorando lo que les hubiese acontecido, pasaban el tiempo en estéril ansiedad. Clara que llegó pálida, aterrada y llorosa, aumentó la inquietud de Edmea. Se levantó y saliendo á su encuentro, gritó: "Gemmi, ¿dónde, dónde está Gemmi?"

"Vive y está en libertad," contestó Clara in-

mediatamente, echándose en los brazos de su anciano abuelo. Lo, abrazó lo mismo que á Edmea y con voz entrecortada les refirió lo que habia hecho Gesler, como ellos habian sido llevados de la prision á su presencia, y la terrible prueba porque habian pasado el padre y el hijo. No sabia mas sino que Guillermo estaba cargado de cadenas y que Gemmi habia ido á ver á Melctal y á suplicarle que salvara á su padre. Tell estaba amenazado de muerte—así lo habia jurado el gobernador.

Al oir esta narracion, desfalleció el corazon de Edmea, y cayó casi sin sentido en el asiento de que se habia levantado. El anciano, enteramente fuera de sí, prorumpió en dolorosas lamentaciones. Queria que su hijo fuera á verlo, que combatiera á su lado y que salvara á Tell ó pereciera en la demanda. Clara dejó al anciano y procuró consolar á Edmea, pero sus esfuerzos apénas podian dar algun alivio á las penas de aquellos desgraciados.

Al fin, despues de los primeros momentos de un pesar tan profundo y tan desgarrador, el anciano Melctal, volviendo en sí y recobrando su valor y su prudencia, tomó á Edmea las manos y estrechándolas contra su corazon, le dijo: "No llores, virtuosa amiga, no pierdas en llorar el tiempo precioso que podemos aprovechar de otra manera. Gemmi ha ido á Underwalden. Dentro de pocas horas traerá á mi hijo. Conozco á Melctal; seguro estoy de que él y sus amigos esta misma noche se pondrán en camino para Altorf. Mañana al amanecer habrá llegado y no omitirá esfuerzo para salvar á Tell. Pero tal vez sus amigos, pocos en número, no bastarán para esta empresa. Yo tengo amigos en Altorf, yo mismo voy á excitar su calor y á inspirarles entusiasmo. Me guiarán al mercado á la hora del alba y me pondrán en medio del pueblo, entónces hablaré, mostraré las heridas, frescas todavía, que me ha hecho el bárbaro Gesler. Les enseñaré vacías estas órbi-

tas de donde por su feroz mandato me han arrancado los ojos. Mi ancianidad, mis canas, mis vestidos aun cubiertos de sangre, las lágrimas de mi nieta desvalida darán valor á mis palabras. Espero que el pueblo—de ello estoy seguro—se levantará á vengar mis agravios, y aumentará el número de los amigos que me sigan. Mi hijo y el tuyo se unirán á nosotros, y encontrando tropas dispuestas á combatir con ellos, atacarán la fortaleza. Yo estaré en lo mas recio de la pelea, para alentar á nuestros valientes, yo les gritaré '¡Venganza!' Llenaré el aire con esta palabra y con los nombres de Patria y Libertad. Y si no puedo seguirlos, ellos me conducirán, me llevarán al lado de tu esposo, á quien volverémos á tus brazos. Sí, yo no dudo del éxito; Dios que me da valor, promete ya la victoria á mis esfuerzos. Ven, hija mia, partamos desde luego. Ven, dame mi baston y préstame el sosten de tu brazo. La noche se acerca, ven, la noche nos protejerá."

"Apruebo tu proyecto," contestó Edmea, "y yo misma te serviré de guia; pero ántes de que partamos, dígnate escucharme y darme tus consejos. He sabido, tiempo ha, aunque no por mi marido, que tiene formado un proyecto para emancipar á su patria. Sus secretos viages á Schwitz, á Uri y á Underwalden, el acopio de armas que tiene ocultas, sus ausencias nocturnas y los profundos pensamientos que su semblante revelaba, me han convencido mucho ántes de ahora de que Guillermo está al frente de la conspiracion tramada contra nuestros tiranos en los tres cantones. No sé quiénes sean los otros caudillos, pero no puedo dudar de que hay otros, de que han fijado el tiempo de obrar y de que entre sí han convenido una señal. Cuál sea esta señal, no lo sé; pero el otro dia quedé como deslumbrada por el fulgor de un relámpago al oir una palabra que se escapó á mi marido. Esta palabra y otras por el mismo estilo, me han hecho sospechar, me han hecho creer que la señal con-

venida consiste en encender un haz de leña en la cumbre de esta montaña. Poner ese haz de leña esta noche requiere mas tiempo y mayor fuerza que la nuestra, y con todo, una voz secreta me está diciendo que si por algun medio pudiéramos encender esa lumbrada, los amigos de mi esposo, tomándola por su señal, apresurarian su salvacion y su libertad. Aconséjame, Melctal; mi débil mano se atreveria á poner fuego hasta á la cabaña en que vivimos, pues está en la parte mas elevada de la montaña y produceria una llama que seria vista por los habitantes de los tres cantones. ¿Qué vale mi cabaña, qué cuanto poseo, comparado con la vida de mi marido? Si lo salvo, hallarémos albergue en tu cabaña; si él perece, una tumba bastará para los dos.

Habiendo Melctal aprobado este proyecto, Edmea tomando un monton de ramas secas, lo encendió en el hogar, esparció en su derredor la leña ardiendo, y atezándola con su propia mano,

vió sin dolor que las llamas devoraban la cuna de su hijo y su lecho nupcial. Cuando estuvo segura de que el fuego no habia de apagarse, se tomó del brazo de su anciano amigo, que apoyándose en ella, bajó la escarpada montaña, y ámbos se dirijieron hácia Altorf.

Llegaron á la amedrentada ciudad, donde reinaba el mas profundo silencio—ningun ruido percibian el anciano, la tierna esposa y la desdichada niña, cuando fueron á llamar á la puerta de uno de sus amigos. Entretanto, la llama encendida por la mano de Edmea se extendia con rapidez, levantándose hasta la paja que techaba la cabaña. Pronto ardió todo el techo y las llamaradas de la paja aumentaron el incendio, que difundiendo un siniestro resplandor, podia verse desde mucha distancia. Verner lo vió desde Schwitz, el impaciente Melctal, á quien aun no se presentaba Gemmi, saltó de gozo al ver el fuego, y Furst en las montañas de Urseren, no dudó de que Tell, á la cabeza de los valientes habitan-

tes de Altorf, estaba aguardando que obedeciera á la señal.

Estos tres caudillos se armaron casi en el mismo instante, salieron de sus casas para reunir á sus fieles partidarios, y los sublevaron en nombre de la libertad. Sus amigos, dejando las dulzuras del sueño, tomaron las armas, se reunieron en silencio, y se formaron en batallones. De tres puntos diferentes y casi á la misma hora, estos tres jefes emprendieron su marcha sobre Altorf, seguidos de tropas que compensaban su escaso número, con su valor y su resolucion de morir ó de salvar á su patria.

Todos avanzaban impulsados por su impaciencia. Temian que las nieves, los torrentes, los precipicios retardaran su marcha y los hicieran llegar demasiado tarde á la fortaleza que habian resuelto atacar y quitar al tirano.

Pero Gesler, cuyos temores jamás se adormecian, alarmado por las señales de rebelion que habia observado en la multitud, recelando perder

a su prisionero y temblando por su propia seguridad, habia tomado muchas precauciones, de las que cada una bastaba para burlar á sus valientes enemigos. Al anochecer de aquel dia, considerando que la fortaleza llena de soldados, no tenia provisiones suficientes para un largo asedio ; temiendo, no que tan fuerte ciudadela fuese tomada, sino que sus comunicaciones con el resto del ejército pudiesen quedar interceptadas, llamó á Sarnem para darle nuevas órdenes.

"Amigo," le dijo, "voy á dejar esta plaza, de cuyo mando te encargarás durante mi ausencia, y mis valientes soldados no obedecerán mas que á tí. Voy á traer refuerzos para intimidar á ese pueblo víl y castigar sus insolentes murmuraciones. Traeré una fuerza que en breve reprima á esa raza de esclavos. Haz que alisten una barca en la que pondrás al temerario Tell, tan luego que anochezca. Debe ir cargado de cadenas y custodiado por cincuenta soldados;

yo mismo lo conduciré á la fuerte torre de Kusnach, al otro extremo del lago de Lucerna. Allí estará mas seguro que en este sitio, hasta que volviendo con nuevas tropas de Altorf, pueda yo enseñar á sus habitantes, con los largos tormentos de este hombre, lo que ganarán si se atreven á insultar á su gobernador."

Orgulloso Sarnem, al verse escogido para mandar en lugar de Gesler, se apresuró en cumplir sus órdenes. La barca estaba lista, cincuenta arqueros escogidos fueron llevados por el mismo Sarnem á la puerta del calabozo de Tell. El héroe, que apénas podia moverse bajo el peso de sus hierros, fué entregado á estos arqueros que lo llevaron silenciosamente á la playa luego que la noche tendió su manto sobre la tierra. Gesler, que habia llegado solo y disfrazado, los estaba aguardando con impaciencia. Hizo que el cautivo fuera arrojado en el fondo de la barca, y colocando á los arqueros en su derredor, se sentó en la proa, y dando despues vino y dinero

á los soldados, se alejaron cautelosamente de la orilla.

La barca surcó las ondas, el aire estaba sereno, el agua tranquila, y las estrellas centelleaban brillantes en el cielo. Sopló un ligero viento del sur que secundó los esfuerzos de los remeros y templó el rigor del frio, que de otro modo en aquella estacion hubiera sido insoportable con el aire de la noche y los hielos que al lago circundaban.

Todo favorecia los deseos de Gesler: habiendo atravesado el corto espacio del primer lago de los cuatro cantones, dirijió la barca rumbo á Brummen para atravesar el estrecho y pasar al segundo lago. Tell, en todo este tiempo, agobiado en sus cadenas y tendido en medio de su guardia, distinguió al lado izquierdo las desiertas rocas de Grutti y la caverna en que la noche anterior él y sus amigos habian combinado la libertad de su patria.

Ante este espectáculo, y ante los recuerdos

que suscitaba, desfalleció su valor y sus ojos se humedecieron de lágrimas, avergonzándose de llorar. Limpiándolas al instante, y volviendo la cabeza, levantó los ojos al cielo que parecia haberlo abandonado. En aquel mismo instante vió extenderse del lado de Altorf una luz rojiza, que iba creciendo hasta formar una larga columna que se elevaba sobre Uri. Le saltó el corazon al ver el incendio, pero no podia comprender cómo se habia dado la señal, cuando á nadie habia revelado el secreto. Temiendo alguna equivocacion, volvió á ver y se convenció de que la llama procedia de la montaña en que estaba su cabaña. Dió gracias á Dios, aunque no comprendia si aquello era ó no un bien,—ni por un momento creyó que este suceso le salvara la vida, sino que habia de producir la libertad de su patria; y este pensamiento lo hizo olvidar su propio peligro.

Gesler y sus satélites vieron tambien aquel incendio. Se lo señalaron unos á otros admira-

dos; pero atribuyéndolo á algun accidente no manifestaron interés por una desgracia que solo podia perjudicar á sus enemigos. Gesler, impaciente por terminar su viage, mandó á los remeros que redoblaran sus esfuerzos.

La barca navegó hácia el Oeste, pasó el estrecho y se deslizó sobre las profundas aguas del peligroso lago de Underwalden. Allí de repente el viento del Sur dejó de favorecer á la rápida barca. Los vientos del norte y del Oeste turbaron la serenidad de la atmósfera. El Norte suscitando una borrasca, levantó las olas como montañas, y las arrojó á azotar á la barca, donde se estrellaban, y redoblando sus ataques, la obligaron á ceder á su violencia. Desviándose de su ruta, á pesar de los esfuerzos de los remeros, se dirijió hácia la costa, en tanto que el viento del Oeste impeliendo las nubes, la escarcha y la nieve, cubrió el firmamento de un velo funeral, extendió las tinieblas sobre las aguas, y golpeando los rostros y las manos de los remeros con dardos

helados, los redujo á la inaccion, y obligándolos á cerrar los ojos, les ocultó la vista del peligro. En breve se llenó la barca de hielo y de nieve, y el viento furioso, sin dejarla andar, la hizo girar rápidamente sobre su quilla, la suspendió sobre las ondas espumosas, y abandonándola por algun tiempo parecia que iba á sumergirla en el fondo del lago.

Los soldados pálidos y asustados, viendo cercana la muerte se arrodillaron implorando el favor de Dios, de Dios á quien hacia tanto tiempo habian abandonado. El bajo Gesler mas cobarde que los demas iba de uno á otro barquero prometiéndoles sus tesoros si le salvaban la vida. Confundidos é inmóviles solo le contestaban con su silencio. El llanto, el llanto desgraciado de la debilidad y de la cobardía vendó por vez primera los ojos del feroz Gesler. Cierto de que se acercaba su fin, veia que ni sus riquezas, ni su poder, ni sus tormentos, ni sus asesinos habian de salvarlo de perecer en las

aguas. Lloró, deseó la vida y olvidó su sed de sangre.

Tell, tranquilo donde se le habia puesto, y tan impasible á los gritos de los soldados, al estruendo de las olas, y al rugir del Boreas desencadenado, como si estuvieran contemplando la caverna de Grutti, aguardaba sereno la muerte considerando solo la ventaja que habia de redundar en favor de su país de la muerte del tirano.

Escuchaba con desdeñoso silencio los gemidos y lamentos de Gesler, cuando uno de los barqueros repentinamente dirijió al gobernador estas palabras: "No podemos ya dirijir la barca en medio de las olas, el Norte la empuja hácia la playa, donde se estrellará contra las rocas. Solo hay un hombre, el mas famoso, el mas diestro de los tres cantones en afrentar las tempestades de los lagos, que sea capaz de salvarnos de la muerte que nos amenaza. Y este hombre está aquí, está en la barca cargado de cadenas. Es-

coge, Gesler, escoge pronto entre la muerte y su libertad."

Gesler se estremeció. Todavía en su alma cobarde su odio á Tell luchaba con su amor á la vida; vacilaba, no se atrevia á contestar; pero los ruegos, los clamores de soldados y barqueros que le pedian que les salvara la vida, devolviendo la libertad al prisionero, el temor de ser desobedecido si rehusaba, y la furia creciente de la tempestad, decidieron al fin al inconstante Gesler; "Quitadle las cadenas!" dijo, "le perdono todos sus crímenes y le concedo la vida y la libertad, con tal que su destreza nos saque á puerto de salvamento."

Soldados y marineros se apresuraron á desatar á Tell, le quitaron las cadenas, y él levantándose, sin hablar una palabra se apoderó del timon. Guiando la barca con su mano, como un niño dobla á su voluntad la flexible varilla con que juega, opuso su proa á ámbos vientos, y cortando así su fuerza los mantuvo constantemente

equilibrados. Aprovechando un momento de calma, paso como un relámpago de la proa á la popa, mantuvó la barca en la única direccion que podia salvarla, mandó á los barqueros que volvieran á tomar sus remos, y dirijiendo su trabajo, avanzó dominando los vientos y las olas hasta el estrecho á donde deseaba volver. La oscuridad impidió á Gesler conocer que iba retrocediendo al lugar en donde habia comenzado su viaje.

Guillermo continuó su maniobra, la noche estaba á punto de terminar ; pero ya habian vuelto al lago de Uri. Vió la expirante llama de la señal dada en la montaña de Altorf. Aquella luz habia sido la estrella que lo guiara ; conocia mucho el lago y costeaba sus rocas peligrosas, aunque se acercaba á la playa que rodeaba el canton de Schwitz. Pensó en Verner, creyendo firmemente que ya habia emprendido su marcha y que la nieve que cubria los caminos lo obligaria á aproximarse al lado del lago. Con esta

débil esperanza, impulsó la barca mas y mas, y para aumentar el terror de Gesler y de sus soldados, fingió no saber á donde los habia arrojado la tempestad.

Al fin el oriente comenzó á enrojecerse y la tempestad á ceder, al despuntar la aurora. La luz del dia hizo descubrir á Tell las rocas inmediatas á Altorf ántes de que el tímido tirano tuviera tiempo de reconocerlas. Guillermo se lanzó hácia ellas con gran velocidad. Gesler, cuya crueldad renacia á medida que disminuia el peligro, observaba á Tell frunciendo el ceño. Deseaba, pero no se atrevia á volverlo á encadenar. Sus soldados y marineros pronto conocieron donde estaban y lo dijeron al gobernador, quien, acercándose á Tell, lleno de cólera y con terrible voz le preguntó por qué habia vuelto á llevar la barca á Altorf.

Guillermo, sin contestar, empujó la barca contra una roca muy cerca de la playa, y tomando rápidamente el arco y la flecha que un solda-

do tenia en la mano, voló como el relámpago de la barca á la roca, sobre la que saltó como un gamo, y trepó á otra peña que estaba mas cerca de la playa. La subió con paso firme y permaneció en la cima como el águila de los Alpes que posa sus alas sobre las nubes y desde allí clava sus ojos penetrantes en los rebaños del valle.

Atónito, el gobernador lanzó un grito de furor y de rabia, mandó á sus gentes que desembarcasen y cercasen la peña en que estaba el héroe. Fué obedecido, los arqueros desembarcaron y blandian ya sus arcos. Gesler, marchando con ellos, queria que todas sus flechas derramaran la sangre de su heróico enemigo. Tell estaba preparado para todo,—se detuvo,—se mostró solo para atraer á sus perseguidores, y dejó que se pusieran al alcance de su arco mortal. Mirando entónces á Gesler, afirmó su flecha en la cuerda, y apuntando al pecho del tirano, disparó su arco. El arma, silbando al volar, atravesó el corazon de Gesler, quien cayó vomitando ne-

gra sangre, y murmurando todavía palabras de odio y de furor.

Miéntras exhalaba su alma perversa en maldiciones, Tell habia ya desaparecido. Mas ligero que el ciervo se precipitó de la cima de la roca, corrió, voló sobre el hielo y atravesó las solitarias sendas que conducen á Altorf. Pronto descubrió en la nieve las huellas de los amigos de Verner, á quienes aquella misma noche habia sacado de Schwitz. Siguiendo estas huellas, pronto estuvo cerca de los patriotas, y su oido percibió gritos tumultuarios y el choque de las armas. Corrió al mercado y lo encontró todo ocupado por los tres batallones de héroes. Verner, á la cabeza de los guerreros de Schwitz, deseaba asegurar las entradas de la ciudad ántes de atacar el fuerte; Furst, con las valientes tropas de Uri, queria ocupar el puesto de mayor peligro; Melctal, con los bravos de Underwalden, blandiendo en el aire su hacha de batalla gritaba ordenando el asalto; Gemmi estaba á su

lado y armado de una larga lanza, pronunciaba el nombre de Guillermo, y excitando á los soldados á libertar á su padre, señalaba la distante prision en que aun lo suponia encerrado. El anciano Enrique y Edmea, mezclándose con los bizarros combatientes, andaban de fila en fila y de grupo en grupo, impulsándolos al ataque.

De repente apareció Guillermo en medio de los batallones. Oyóse un grito unánime, que repitieron los ecos de las montañas. Siguió un profundo silencio, todos esperaron las órdenes de Tell, y que él solo los guiara.

"¡Amigos mios!" exclamó el héroe, "Gesler ya no existe. Este arco y esta mano han castigado sus crímenes como merecian. He dejado tendido su cadáver en la orilla del lago, rodeado de sus viles compañeros, á quienes el miedo ha puesto ya en fuga. Nuestra patria está vengada; pero no es libre todavía. No lo será miéntras quede una sola piedra de esa fortaleza tan odiosa á nuestra vista. Ataquémosla, pensando que es

la sola esperanza, el único recurso de los feroces austríacos. Suban juntas nuestras tropas, y comiencen el ataque los mas valientes." Dijo, y tomando en una mano el estandarte de Uri y empuñando con la otra una hacha de batalla, se precipitó á la montaña. Furst y sus soldados lo siguieron; los hombres de Schwitz se lanzaron con impetuosidad; Melctal y los de Underwalden habian subido ya la mitad de la montaña, y Gemmi iba al lado de su padre.

Sarnem estaba preparado á recibirlo. Una nube de dardos y de flechas se desprendió al instante de los parapetos. Los sitiadores despreciaron estas flechas, y continuaron subiendo como si no encontraran resistencia. Así llegaron al pié de las almenadas murallas. Entónces, el terrible Sarnem, á una señal que dió á sus soldados, hizo caer de las trincheras masas de rocas y de piedras, seguidas de brea y de aceite ardiendo. Los héroes de los tres cantones eran derribados por todas partes. El aceite los consumia

debajo de sus ropas, y expiraban con espantosa agonía. Contuvieron la roca y lanzaron gritos penetrantes, pero todavía estos últimos gritos fueron víctores á la libertad. En medio de su agonía excitaban á sus compañeros á que avanzaran sobre sus cuerpos, sirviéndose de ellos como de escalas para llegar á lo mas alto de la muralla.

Los austríacos los insultaban en su desastre. Sarnem, mirándolos desde las murallas se burlaba de sus estériles esfuerzos. Con su presencia reanimaba el furor de sus soldados y con su valor prolongaba el espantoso ataque.

Guillermo en medio de los muertos y de los moribundos conservaba su habitual intrepidez; pero de repente, alarmado por el destrozo que sufrian sus soldados, se detuvo y llamando á Melctal, se reprochó la temeridad con que lo habia aventurado todo en un solo ataque. Rogó, mandó á su amigo que se apartara del lugar del combate, y que condujera á sus valientes á dar otro

ataque por el lado del este, miéntras él y Verner redoblaban su furor para impedir que Sarnem notara este movimiento.

Melctal obedeció; Guillermo y Verner, renovaron sus señales, prorumpiéron en grandes gritos y mantuvieron á Sarnem y á sus soldados ocupados en rechazar el nuevo asalto. Entretanto Melctal y los suyos volaron á la puerta del este y la encontraron débilmente defendida por una escasa guardia. Melctal derribió la puerta de un hachazo, le dió fuego, y en medio del incendio penetró á la fortaleza, con solo los valientes de Underwalden. Todos los austríacos cedieron á su valor, huyeron ó perecieron. Sarnem, empeñado en batir á Tell, oyó los gritos de los fugitivos y de los vencedores. Retrocediendo para encontrarlos, vió á Melctal. Rápido como el rayo, Melctal de un solo hachazo le dividió en dos la cabeza, y avanzando sobre las trincheras tremoló su bandera y clamó victoria. Pronto se le unió Guillermo, y el estandarte de

Uri ondeó triunfante en lo mas alto de la espantosa fortaleza.

Guillermo, Melctal y Verner, todavía sobre los cadáveres de sus enemigos, dieron fervientes gracias á Dios, y recibieron las aclamaciones del pueblo que acababan de emancipar.

Presto fueron sacados del fuerte los cadáveres que lo llenaban. Los habitantes de los tres cantones se agruparon en torno de sus caudillos y los llevaron en medio del pueblo de Altorf, que de todos partes acudia á contemplar á sus libertadores y á encomendar á su genio, á su valor y á su prudencia la defensa de la libertad.

Pero Guillermo impuso silencio y habló en estos términos :

" ¡ Ciudadanos ! ya sois libres ; pero esta libertad tan cara es mas difícil de conservar que de conquistar. Para adquirirla basta el valor ; para guardarla se necesita una integridad austera, invariable, invencible ! Precavéos del orgullo de la victoria ! Absteneós sobre todo de lisonjear

á los que la han ganado con vosotros. Hablais ya de hacernos vuestros jefes; pero la recompensa que anhelo por mis trabajos, el único deseo de mi corazon, es confundirme con mis compañeros de armas, es volver á participar de esa igualdad, que tiene el mas puro y el mas suave de los encantos para los corazones republicanos. Amigos, en una república todos debemos sernos útiles los unos á los otros, pero ¡ ay del hombre que crea que sin él no podemos existir! Y ¡ ay del pueblo que no castigue tamaña presuncion!

"Reuníos para deliberar sobre vuestros verdaderos intereses y sobre vuestra suerte futura. Haced leyes, porque sin leyes ¿ qué seria de vosotros? Conservad la pureza de vuestras costumbres, y procurad que sean todavía mas severas. La libertad no puede existir sin la virtud. En cuanto á mí, compatriotas, solo pido, solo aceptaré de vosotros el título de hermano y el derecho de combatir á vuestro lado. Preparáos

para nuevas batallas. Acordáos de que el emperador ha de procurar recobrar el cetro que hemos hecho pedazos. Preparáos á resistirlo; preparáos, pues, á combatir. Fiad en Dios y en vuestro valor, pero invitad á los otros cantones á que vengan á participar de vuestras victorias. Si no me engaño, gustosos acudirán á vuestro llamamiento, y entónces uniendo vuestro trabajo, vuestra virtud y vuestro valor, formaréis una república que llegue á ser el terror y la admiracion de la Europa. Los reyes, entónces, implorarán vuestra alianza como un favor, y no se juzgarán invencibles sino cuando tengan á los suizos por defensores. Entónces al disfrutar la gloria de ser valerosos y prudentes, preferiréis la de ser libres y felices."

Dijo, y todo el pueblo lo aplaudió, procediendo inmediatamente á la eleccion de magistrados. Tell, Verner y Melctal volvieron á la condicion de simples ciudadanos, y en recompensa de sus hechos insignes recibieron una co-

rona de encina. Volvieron á su vida pacífica, y su nombre se conserva en la historia de un pueblo que doscientos años resistió los esfuerzos del imperio, y en sus victorias cimentó sus libertades.

ANDRES HOFÉR,

EL TIROLÉS.

6

PREFACIO.

Los materiales para la siguiente obrita se han sacado de los viages de Kotzebue á Italia por el Tirol, del Registro anual de Edimburgo de 1810, de la vida de Hofer traducida del aleman por Enrique Hall y de algunas otras publicaciones. Estas noticias de Hofer pueden, pues, considerarse como *auténticas* en todos los hechos principales.

Los incidentes de ménos momento, que forman los eslabones que unen las circunstancias importantes, han sido imaginados por el autor—imaginados, no como vision infundada de la fantasía—sino como los sucesos mas naturales y probables que ocurrir debieron en circunstancias dadas á tales personages. Ca-

da rasgo característico, cada expresion de sentimiento se funda ó se deriva de hechos contenidos en una ú otra de las mencionadas publicaciones.

Para poder hacer justicia á Hofer, es preciso que quien lea ó haya leido su vida escrita por el biógrafo aleman, lea tambien la narracion contenida en el Registro anual de Edimburgo de 1810, y que comienza en la página 640.

Se supone que la obra alemana fué escrita por el baron Hormayr, que tenia un mando importante ántes de que Hofer fuese elevado desde una condicion inferior, al rango de jefe supremo, por el voto unánime de sus conciudadanos. Puede creerse, por tanto, que Hormayr escribiera bajo la influencia de cierto sentimiento de zelo por la elevacion de un hombre que le habia estado subalternado. Este sentimiento se nota en toda su obra y debe hacer que no se dé completo crédito á sus observaciones.

El Registro anual de Edimburgo parece haber sa-

cado su narracion de documentos públicos, que deben inspirar mayor confianza.

El benévolo lector comparando estas dos narraciones, encontrará que todos los *hechos* en ámbos volúmenes son favorables al carácter y á los actos de Hofer, y que aun en la parte alemana, todo lo desfavorable aparece como insinuaciones, como suposiciones, como vagos rumores.

En la nota de la página 148 de la vida se lee: "*Se dice* que mandó esculpir sus iniciales en una nueva moneda." Esto es solo un rumor, y contradiciéndolo, el *hecho* aparece en el Registro en estos términos: "Acuñó moneda con el águila tirolesa de un lado, coronada de laureles, y del otro el valor del dinero con las palabras: 'Conforme á la Convencion, 1809.'"

En la vida, se le acusa de inaccion, en la página 154. Una nota de la misma obra, tres páginas mas adelante, al dar su enérgica respuesta á Lefebvre,

prueba que debe haber empleado mucha actividad para reunir las fuerzas con que poco despues rechazó al mismo Lefebvre.

Otros muchos ejemplos pudieran vindicar la conducta de Hofer. Estas indicaciones bastarán para que el benévolo lector los note por sí mismo.

El inteligente traductor de la obra alemana ingenuamente observa en su prefacio: "En verdad no dejo de sospechar en mas de un caso, que la fama de Hofer ha sido sacrificada por el autor de su vida, á la de Hormayr, su mas afortunado rival."

Recuérdese que se cree que este escritor es el mismo Baron de Hormayr!

Se pensó al principio indicar al márgen de cada página de esta obra, la autoridad en que se apoyan todos los incidentes y rasgos característicos; pero se prescindió de esto como innecesario, despues de asegurar que esta vida puede considerarse como auténtica en todos los hechos principales.

Muchos pasages se dan en las mismas palabras del escritor citado, y no se refiere un solo acto público que no esté apoyado por autoridad competente.

Solamente en las escenas de la vida privada, á veces se ha tomado el autor la libertad de acomodar palabras y expresiones á lo que debió hablarse y pensarse. El anciano padre es el único personage nuevo que no figura ni en una ni en otra de las publicaciones mencionadas.

ANDRÉS HOFER.

¡Tirol! ¡Escudo del Austria! con cuánta razon mereces este nombre! Tus escondidas é inaccesibles montañas, tus firmes y valientes hijos ofrecen una muralla inexpugnable al invasor, y un seguro asilo al amigo que fia en tu hospitalidad. Tus extensos valles en que florecen la paz y la abundancia, defendidos por los nevados Alpes que severos se levantan majestuosamente, son dignos de tus habitantes—raza fuerte, reposada y llena de gracia en la paz como sus valles, y en la guerra altiva y dura como sus ásperas y escarpadas montañas. Rápido, invenci-

ble en la guerra defensiva, que es la única que emprender debieran seres racionales tus bravos hijos ¡oh Tirol! exentos de ambicion, libres del deseo de conquistas, no se precipitan sin ser provocados á la guerra ofensiva. Contentos con lo que poseen, no buscan nuevas adquisiciones; amando la paz respetan la de sus vecinos, y á la vez que mantienen su propia libertad, extienden su bandera protectora á las llanuras del Austria.

¡Tierra de montes y de valles! permite que extrangera mano intente pintar tu variada superficie. Aquí rica en bosques y en mieses, allí en prados y viñedos; la vista unas veces se pierde en llanos en que ondean las azuladas flores del lino, en medio de la brillante verdura de su follage, otras se detiene en vastas siembras de tabaco cuyos altos tallos y cuyas anchas hojas forman casi un bosque. Ya se detiene en los graciosos contornos de las moreras cuyas hojas alimentan á las mas bellas familias de gusanos de seda, ya se pierde entre magníficos jardines que

ostentan las flores de la primavera y los frutos del otoño. Descansando en el abrigado valle, la aldea se asoma entre su manto de verdura; la cabaña se destaca tranquila al borde del claro rio, la choza solitaria levanta su sencillo techo sobre la roca escarpada, en la ladera de la montaña ó en el umbroso recodo.

El espacioso lago extiende sus tranquilas aguas, rodeadas de bosques, prados, barrancas y cañadas, y de campos horizontales ó inclinados, densamente cubiertos de aldeas, de granjas y cabañas. De allí nace el rio al principio corriendo suavemente, espumando despues sobre las rocas, y despeñándose por la montaña, para volver con serena corriente á serpentear apacible por el profundo valle. Al pié de las alturas de los Alpes, se unen los lentos manantiales de los montes y forman una corriente, que al avanzar recibe el tributo de arroyos y riachuelos y así se convierte en un rio que majestuoso atraviesa el llano y baña los edificios de la ciudad, llevando sobre sus

aguas la barca mercante y la nave del Estado. Así el Inn, ligero riachuelo en el Innthal, corre como grande arroyo al traves de Innspruck, y de allí saliendo del Tirol atraviesa la Baviera, y afluye al Danubio en Passau. Á sus orillas hay ricos campos y bosques, miéntras que acá y allá las ruinas de un fuerte y de un castillo conservan un resto de majestad en la cumbre de escarpados precipicios. Hileras de castaños sombrean los caminos, miéntras las ásperas crestas del Brenner, el monte mas alto de los Alpes tiroleses, forman una magnífica cortina detras de la ciudad de Innspruck, digno cuadro del paisage que encierra.

Miéntras que las ligeras y ágiles cabras pacen en las alturas y saltan de roca en roca, los espesos bosques estan habitados de osos, lobos y zorras. Extensas neveras estan á corto trecho de Innspruck, de modo que el viagero que deja toda la pompa del estío en el valle, pasa en pocas horas á la esterilidad del invierno. Estas

neveras han sido descritas como tumultuosas ondas del océano heladas de repente,—inmensos lienzos de hielo llenos de ondulaciones, limitados por majestuosas montañas coronadas de nieve. La blancura deslumbrante de la nieve se ve á veces interrumpida por oscuras rocas que se levantan agudas y estériles entre aquel mar helado é inmóvil. Una que otra ave salvaje suele cruzar el helado desierto, siendo su grito el único ruido que interrumpe el terrible silencio, excepto cuando ruge la tempestad y cuando las cavernas y las rocas son azotadas por impetuosos huracanes;—excepto cuando estalla el rayo y el eco de las montañas repite su espantoso fragor, que va creciendo y reproduciéndose hasta que se pierde en el valle.

Tal es el país. El pueblo es verdaderamente digno de la tierra que le sirve de morada. El emperador Maximiliano decia que "el Tirol era como el trage del labrador, tosco en verdad, pero fuerte y caliente."

En todas las invasiones extrangeras se han distinguido los tiroleses por su valor y patriotismo, así como por su adhesion á la casa de Austria, uniéndose hasta las mugeres y los niños á sus maridos y á sus padres para defender la tierra natal. Los bávaros han sido repetidas veces rechazados en sus tentativas contra el Tirol, y en 1774 los franceses, aliados de la Prusia, fueron completamente derrotados por estos rústicos montañeses. Los príncipes de Austria, con el título de condes del Tirol parecen haber regido á este pueblo valiente y generoso con dulzura y buena política, pues se pinta como muy próspera la situacion que guardaba este país ántes de la revolucion francesa.

El Tirol, que por el lado del Oeste limita con la Suiza, ofrece mucha semejanza con este país encantador, tanto en el carácter de sus habitantes, cuanto en los rasgos peculiares de sus paisages. Amor ardiente á la libertad, resuelto espíritu de independencia, franqueza, lealtad,

un porte grave, pero á la vez placentero: he aquí los principales rasgos que distinguen al tirolés, lo mismo que al suizo. Tienen tambien una melodía nacional que les es peculiar y los agrestes cantos de estos pastores de los Alpes, cuando vagan en medio de sus valles, son repetidos por los ganaderos que andan por las cimas de las montañas. Los nevados Alpes levantan sus altivas cumbres en todas direcciones y por todas partes forman risueños valles engalanados de granjas y cabañas.

Los tiroleses emplean el verano en criar gusanos de seda, en cazar (su diversion favorita que los hace llegar á ser admirables tiradores), y en cultivar la viña, el maíz, el cáñamo, el lino y el tabaco. Cuando terminan sus tareas campestres, algunos van á otras tierras á procurarse una humilde subsistencia. Estos grupos de viageros entretienen las fatigas del camino tañendo sus teorbas, y cada uno lleva su maleta y provision de pan de avena. En el invierno, cada familia

vuelve al albergue de su cabaña, y olvida los rigores de esta triste estacion, dedicándose á las tareas de la vida doméstica. Las mugeres se ocupan en hilar, en tejer y en bordar, miéntras que el torno y otros trabajos varoniles entretienen á los hombres. Estas ocupaciones domésticas que unen y estrechan á los miembros de una familia, parece que evidentemente mejoran el carácter humano y alimentan los sentimientos sociales y benévolos, pues donde quiera que esas ocupaciones prevalecen, se encuentran las mejores virtudes. Sabemos que existen muchas virtudes sociales, y estan difundidos los conocimientos en las heladas soledades del Tirol, en los valles alpinos de la Suiza, y en las largas noches de la Islandia. Bien harian los legisladores en considerar hechos tan dignos de atencion y empeñarse en sus decretos en inspirar amor al HOGAR DOMÉSTICO á los seres á quienes deseen hacer felices.

La aislada situacion de sus cabañas y aldeas

obliga á los tiroleses á ejercer sus conocimientos y su trabajo en satisfacer todas sus necesidades. De aquí proviene que muy á menudo estos industriosos montañeses posean mucha habilidad mecánica y que en sus chozas rara vez falte algo de lo que contribuye á hacer cómoda la existencia. Los arroyos del monte, desprendiéndose de peña en peña son llevados á mover el molino y á segar las siembras. Las piedras arrancadas de la roca se transforman en estatuas para adornar sus templos y sus oratorios particulares. Que estas obras de escultura estan á veces acabadas con habilidad y elegancia extraordinarias, lo comprueba la observacion de un viagero moderno, Kotzebue, quien dice que en el gabinete de antigüedades de Paris existe una piedra tan exquisitamente trabajada por el tirolés Pichler, que el hombre mas inteligente en arqueología, Winkelman, se engañó hasta tal punto que escribió acerca de ella un tratado y mandó copiarla en un grabado en cobre, creyendo que era una producccion antigua.

Otros viageros hablan tambien con grandes encomios de Pedro Arrick, como del primer geógrafo de la Alemania, y Pedro Arrick no es mas que un simple ganadero tirolés. Otros muchos ejemplos pueden citarse del talento y de la habilidad superior de los naturales del Tirol; pero es imposible conocer su carácter y los hábitos de su vida, sin conocer que de ellos debe resultar esta perfeccion en las artes y en las ciencias. El espíritu de libertad é independencia y el constante espectáculo de las magníficas escenas de las montañas deben engendrar muy elevados pensamientos, y el incesante esfuerzo de la invencion y de la industria, deben dar el poder mecánico de expresar esos pensamientos en producciones grandiosas y bellas.

En una de las proclamas dirijidas en 1809 á los tiroleses, por el archiduque Juan, les recuerda que el Tirol fué apellidado "el escudo del Austria" por el emperador Maximiliano I, y que Carlos V de famosa memoria lo

llamó mas enfáticamente "el corazon del Austria."

Mas de una vez han sido turbadas por invasores la paz y la felicidad de estos bravos montañeses, y ellos con su lealtad y con su valor, mas de una vez las han salvado y defendido. En 1805 los tiroleses se opusieron con buen éxito á las fuerzas combinadas de la Francia y de la Baviera; pero en la paz que se hizo despues, el emperador de Austria cedió el Tirol á la exigencia del usurpador corso, quien, despues de sacar del país cuantas riquezas pudo arrancarle, regaló la infeliz provincia á su vasallo el rey de Baviera.

Justamente indignados los tiroleses de esta baja y cruel accion, llegaron al extremo de la desesperacion al sufrir las rapaces medidas de su nuevo soberano. El príncipe de Baviera, desleal á la casa imperial de Alemania y traidor á sus antiguos compañeros los tiroleses, obró como tirano mas bien que como monarca de sus injustamente adquiridos dominios. Dia por dia se de-

cretaron nuevos impuestos y se exigieron con la mayor crueldad, se abolieron las antiguas leyes, y las nuevas disposiciones cercenaron y encadenaron la libertad y la independencia. Los templos fueron saqueados y los edificios públicos destruidos ó vendidos. El pueblo era tratado en todas partes con la dureza mas brutal, las mugeres insultadas, los hombres ultrajados.

Durante tres años sufrieron los tiroleses este cúmulo de injurias con triste y severa calma, que les era inspirada por la esperanza de que llegara la hora de vengarse. Era esta calma como la tregua de la tempestad que reune sus fuerzas para estallar con un furor mortal y concentrado. Llegó el momento ansiado con tanta impaciencia: el Austria permitió una insurreccion y en un instante el Tirol se puso sobre las armas.

Como jefe y director de estas valerosas masas, el nombre de Hofer ha sido trasmitido á la posteridad en los anales de la fama. Precisamente cuando su país necesitaba una cabeza que lo

guiara y un brazo esforzado, salió este héroe de su humilde condicion para reunir á los patriotas hijos del Tirol. ¿Quién era? Un simple pastor, hijo de otro pastor. Volvamos por un instante la sangrienta página de la guerra, para trazar la sencilla historia de este humilde montañes, del mas famoso entre los primeros patriotas que proyectaron, y, durante algun tiempo, llevaron á cabo la emancipacion del Tirol.

En el escondido y primoroso valle de Passeyr, tan pintoresco y encantador que ha recibido el nombre de Suiza tirolesa, en la aldea de Sands nació Hofer, el 22 de noviembre de 1767, siendo su madre María Aignetleiterin. La morada de su padre á menudo habia dado albergue al caminante cansado y extraviado. Sin asemejarse á los espléndidos hoteles, ni á los miserables mesones de otros climas,[1] las posadas de las colinas y valles del Tirol son generalmente residencia de

[1] Véase el viage á Italia de Ricardo Lassel. 1670. Paris.

algún respetable labrador, que ademas de sus otras ocupaciones campestres, abre una puerta hospitalaria, donde ofrece reposo al cansado y abandonado peregrino.

Seguramente Hofer siguió el ejemplo de la franca hospitalidad que le habia dado su padre, y de aquí proviene que los que conocen poco el país y sus costumbres lo hayan tomado por un posadero comun. No lo era, y si lo hubiera sido esta circunstancia, en vez de rebajar, aumentaria su mérito.

La educacion de Hofer fué superior á la que generalmente reciben las personas de su clase. Hablaba correctamente el italiano y era universalmente respetado por su piedad, por su honradez y por la lealtad de sus sentimientos. Muy jóven todavía, se distinguió como uno de los representantes tiroleses en la dieta de 1790, en la que se presentó como diputado por el valle de Passeyr. En sus primeros años tomó parte activa en los valerosos esfuerzos, en virtud de los cuales los

franceses y bávaros fueron tantas veces combatidos y derrotados, y el emperador recompensó sus brillantes servicios con una medalla de oro y con la órden de María Teresa.

Durante los tres terribles años de esclavitud, Hofer apareció tres ocasiones en la corte de Viena, haciendo valer la miseria de sus vejados compatriotas é implorando el auxilio del Austria para vengar sus agravios, ó que se les permitiera emanciparse.

Escogido por los hombres de su valle para acaudillarlos en toda empresa guerrera, tambien habia sido electo por ellos para desempeñar cargos de autoridad. Ocupando así un puesto elevado, resolvió tambien demostrar preeminencia en su mérito, *demostrar*, no *desplegar*, pues en todas sus acciones Hofer probó que estaba dotado de singular modestia y humildad.

Estando al corriente de los negocios públicos pudo conocer cuál era la época en que mas favorablemente podia intentarse el esfuerzo de reco-

brar la independencia de su patria. Un vislumbre de proteccion de parte del Austria lo decidió á obrar.

En este crítico momento Hofer estaba en toda la fuerza de su edad, sus formas eran hercúleas, sus ojos negros y penetrantes, su andar firme y majestuoso. Tales eran sus dotes como soldado. Como hombre y como jefe, poseia ademas otras cualidades singularmente á propósito para hacerlo amado y popular. Su voz era suave y cadenciosa é inspiraba confianza y estimacion, miéntras que una rara expresion de bondad en su sonrisa le ganaba todos los corazones y lo hacia simpático á cuantos lo conocian. En todo negocio importante se conducia con la apacible humildad y resignacion del cristiano. "En todas sus acciones," dice el historiador, "su talento fué tan notable como su valor."

Su trage era generalmente el de su país : una túnica verde oscura, abierta por el cuello y por el pecho, un sombrero verde de anchas alas, y

un cinturon negro de que pendia su espada. En el campo de batalla no llevaba mas distintivo para darse á conocer como jefe, que una larga pluma de garza en el sombrero. En los dias de fiestas y de regocijos públicos, se presentaba con la medalla de oro y con la cruz de María Teresa, llevándola al pecho pendiente de una gran cadena de oro. Se habia dejado crecer la barba, y cuando montaba á caballo, su aspecto era verdaderamente imponente.

Era tal su tierna y apasionada adhesion á su país, que una palabra relativa á la prosperidad del Tirol, una alusion á las personas ó la suerte de la casa de Austria, hacian asomar el llanto á sus ojos y no lo dejaban pronunciar ni una palabra, aunque, segun el testimonio de los que presenciaron su vida, obraba en los mas críticos momentos de sus luchas interiores

"Come un eroe cristiano, e martire intrepido."

Durante una corta permanencia en Viena,

Hofer logró combinar el atrevido proyecto de volver á su patria á su legítimo soberano, proyecto que, aunque de muchos conocido, por nadie fué traicionado.

Austria dió la señal, y en un instante el Tirol se puso sobre las armas. Hofer, en espera de la señal, se consagró á sus deberes sociales y domésticos. Fácil es pintar su situacion. Su morada revestida de viñas estaba abajo de la montaña, entre cobertizos rurales é instrumentos de labranza; sus ganados vagaban en los campos de su casa, sus rebaños trepaban por las alturas de los Alpes; su esposa, su hijo, su hija, tal vez su encanecido padre, vivian con él en la humilde cabaña, donde habia experimentado y gozado los mas dulces afectos del corazon humano y donde habia aprendido y cumplido los mas nobles deberes. Durante las tempestades del invierno, tal vez algun caminante extraviado participaba del calor de la estufa y de la mesa hospitalaria, miéntras Hofer cerca de la lámpara seguia en un silencio tran-

quilo, pero no desatento, trabajando con su torno, y solo levantaba los ojos para dar al extrangero una sonrisa de bienvenida. Á su lado, su esposa — llamémosla Constanza — agitaba la rueca zumbadora, contestando á cada elocuente ojeada de su marido con miradas de amor y de ternura, y parando su rueca para atender á las faenas domésticas, para oir, escuchar y remediar las penas de sus vecinos. Los niños, ya en las rodillas de su abuelo, ya besando el cuello de su madre, ya estrechando afablemente la mano del extrangero, ya corriendo hácia la puerta, llevaban pan ó leña al desvalido mendigo. El anciano abuelo, con unos cuantos rizos blancos esparcidos en su elevada y calva frente, hablando alegremente entretenia al huesped con narraciones de otro tiempo, de cuando el Tirol era libre, feliz é independiente, bajo el gobierno de sus legítimos señores. Tal vez el anciano mezclaba en sus pláticas el recuerdo de las hazañas y de la gloria de su hijo; pero entónces este ruborizándose, con una

mirada detenia aquellas efusiones de la expansiva ancianidad. Así pues, el viejo solo podia hablar del Tirol, y cuando contaba acontecimientos tristes ó terribles, Constanza suspiraba y se estremecia y miraba á Hofer con llorosos ojos, miéntras este frunciendo el ceño, poniéndose en pié indignado y pronunciando imprecaciones entre dientes, expresaba las distintas emociones que agitaban su pecho.

En el estío, el sol poniente veia á la familia reunida á la sombra de los copados castaños que servian de toldo á la cabaña. Era la hora del descanso y del desahogo, y los aldeanos contentos la señalaban con la música alegre peculiar del país, y con los gozosos bailes comunes á las diversiones campestres. Los alegres sonidos, difundiéndose en el aire, llegaban al grupo de la familia y dispertaban sentimientos de dulce simpatía. Los niños saltaban al compas de la música que les era conocida, y el abuelo para complacerles, brincaba tambien bajo el peso de sus

ochenta inviernos. La rueca caia de las manos de Constanza, y perdiéndose esta en tiernos meditaciones, dejaba que llenara su alma la influencia de aquellos apacibles momentos. Entretanto, Hofer, tranquilo, grave, pensativo, al ver bajar al sol en esplendente gloria detras de las alturas de los Alpes, contemplaba en silencio aquellos fuertes baluartes de su patria, y calculaba cuántas veces el astro habia de salir y de ponerse ántes de que la libertad volviera á sonreir al Tirol. Con los brazos extendidos, apoyándose en el árbol robusto, á cuya sombra descansaba su familia, permanecia Hofer meditando largamente y expresando fielmente en el rostro, las cavilaciones de su espíritu. Movia los labios con desden, sus ojos parecian desafiar el peligro, la palidez de una venganza profunda emblanquecia su mejilla, ó el vehemente ardor de una pasion generosa le enrojecia la frente. Todos respetaban el silencio del héroe de la montaña y nadie se atrevia á interrumpir sus frecuentes meditaciones.

Sin embargo, de repente pudo notarse que habian desaparecido estos ratos de abstraccion—que sus movimientos eran lentos y reposados, y que habia extraordinaria calma en sus acciones y en su mirada. Constanza observó este cambio en su marido con profética ansiedad de espíritu. Nada se atrevia á preguntar, porque, aunque Hofer en sus negocios no tenia secretos para ella, en los negocios públicos, aun con ella, era estrictamente reservado. La florida primavera se engalanaba ya con sus primeros renuevos, habian cesado las tempestades del invierno, la nieve habia desaparecido de los valles, y se deshelaba en las laderas de los montes. Los habitantes del valle de Paseyr se reunian diariamente, ántes de la época en que solian hacerlo, para tirar al blanco y practicar sus ejercicios militares. Hofer estaba constantemente entre ellos, y siendo el mejor tirador del valle, sus consejos y su aprobacion servian de estímulo á sus rústicos compañeros. En sus simulacros de batallas siempre era elegi-

do para el mando; pero una vez concluido el ejercicio del dia, renunciaba su rango, y él, que era en el dia jefe activo y vigilante, era en la tarde humilde y afable compañero de todos los demas.

Algunos labradores habian pasado entre la aldea de Sands, residencia de Hofer en Passeyr, y la ciudad de Innspruck, capital del Tirol. Se creia que estos hombres eran portadores de cartas del héroe popular á sus amigos militares de la capital. El anciano, á quien su hijo confiaba respetuosamente los mas importantes secretos, andaba con cierto aire de rejuvenecimiento, y tenia miradas de triumfo. Ya no hablaba de la servidumbre, ni de la opresion del Tirol. Ya no era tema de sus conversaciones en la noche el recuerdo de la libertad y de la ventura, como bienes pasados que jamás habian de recobrarse. Habia cesado de suspirar y de andar sobresaltado. Hablaba de libertad, de felicidad, de independencia, y sus oyentes se enardecian con sus discursos. Los ánimos, contenidos por un senti-

do de deber y de prudencia, pero jamás doblegados por el miedo, estaban prontos á levantarse á la primera señal. Podia notarse que todos los que rodeaban al anciano Hofer en sus nocturnas pláticas, ó unian á su ardoroso hijo en sus matutinos ejercicios, se retiraban con las mejillas encendidas y con los ojos inflamados. Nada se habia descubierto; el secreto, si lo habia, estaba religiosamente guardado por centenares de personas; ni uno solo de los que no estaban iniciados pensó jamás en hacer una pregunta; todos parecian confiar en que fuera lo que fuese lo que Hofer proyectase, habia de ser bueno para todos, y que por tanto, estar preparados y listos á la primera señal, para obedecer sus órdenes, era solo lo que tenian que hacer.

Tal era el estado de los ánimos, y tal la situacion de las cosas al aproximarse el memorable 10 de abril de 1809. Dos noches ántes de este dia un correo entró á galope á Sands y gritó á Hofer qne se veia un polvo de aserrin flotando en

el rio Inn, y que esta era la señal convenida para la rebelion.

Al dar esta noticia, tan bien comprendida por Hofer, el mensagero le dió ejemplares de una proclamacion que habia ayudado á preparar á los otros jefes, y que ya iba á ser distribuida.

Héla aquí:

"Tiroleses!

"¡Sed valientes! ¡mantenéos unidos! Esto es lo que necesitais para la redencion de vuestra patria. Pólvora y balas deben ser el alimento de vuestros enemigos: llegarán mejor á sus corazones que vuestras súplicas y vuestras desgracias. Nos les opondrémos con las armas y con el antiguo valor tirolés. El enemigo puede apoderarse de todo. Os prometemos compensacion y venganza. Es traidor y cobarde el que deserte de su bandera. En los campos, en los bosques, en las montañas que Dios os ha dado, y donde vuestros hijos se han refugiado de la opresion, os

tienden la mano vuestros libertadores para recibiros con los brazos abiertos, y volveros dentro de pocos dias á vuestros hogares.

"Apresuráos, que los austríacos han pasado ya vuestras fronteras. Pero sed precavidos y no os dejeis engañar por falsas noticias. No afronteis abiertamente el poder de vuestros enemigos; no lo dejeis posesionarse de las alturas; en ellas debeis manteneros firmes á fin de inquietar al enemigo dia y noche y no dejarle descansar.

"Interceptadle todas sus comunicaciones, para que falto de víveres y de noticias, se alarme y huya delante de vosotros. Luego que veais á los austríacos en vuestras fonteras, anunciad tan buena noticia por todo el país encendiendo faros y tocando á rebato. ¡Jóvenes y ancianos! ¡á las armas¡ á las armas por vuestra libertad, por vuestro bienestar, por vuestra independencia."

Al mismo tiempo, cartas particulares anunciaban á Hofer que el archiduque Juan estaba en Grotz y el feldmariscal Chastellar en Clagenfurth, ámbos generales al frente de tropas austríacas y dispuestos á recibir á los voluntarios tiroleses. Tal fué la importante noticia llevada al caudillo montañes y á sus compañeros del valle. Por preparado que estuviese, Hofer la recibó con emociones de la mas viva gratitud, y descubriéndose, como en señal de respeto á las nuevas que iba á publicar, brevemente arengó á la multitud que en un instante se habia reunido en torno suyo. "Tiroleses," exclamó, "se aproxima el momento de la emancipacion, nuestro emperador está dispuesto á protejernos; nuestros amigos de Innspruck estan sobre las armas, ¿permanecerémos nosotros inermes?" Toda la línea prorumpió en gritos patrióticos y apénas el alba disipaba las tinieblas de la montaña y daba brillo á los riachuelos del valle, cuando las bandas guerreras se formaban y armaban, y elegian á

Hofer para el mando. Las manos de Constanza se estremecieron al ayudar á armar al héroe, se le pusieron blancos los labios, pero no exhaló ninguna queja que revelara su debilidad. Aun procuró corresponder con fervientes miradas la sonrisa de su esposo. Hofer comprendió turba que ella sufria, y la amó mas al ver su heróico esfuerzo. Sus palabras respiraban júbilo y esperanza, y un ardiente beso de despedida en su pálida mejilla penetró el corazon de Constanza. Se separaron: ella vió la pluma de su sombrero y sus brillantes armas sirviendo de guia á las tropas entusiasmadas; lo estuvo mirando hasta que las sinuosidades del valle ocultaron al último guerrero; escuchó hasta que las rocas interceptaron el postrer sonido de la música belicosa, y entónces tomando á sus hijos de la mano, se arrodilló en un rincon de su cabaña y oró por su esposo y por su patria.

Cuando las tinieblas de la noche luchaban aun con los albores de la mañana y una luz in-

decisa se extendia por el paisage, la oscura cima de las montañas, en toda la extension de la cordillera se iluminó súbitamente con cien faros brillantes. Cuando la multitud de mugeres, de niños y de ancianos contempló este prodigio, se oyeron gritos distantes como si Hofer y sus soldados saludaran aquella brillante señal, y entónces entre las turbas hubo quien explicara que aquellas luces eran la señal convenida para propagar la insurreccion. Inmediatamente todas las manos se ocuparon en levantar un haz de leña en las alturas mas cercanas, y pronto llenó el aire una masa de llama, que era la señal de la rebelion en el Paseyr. Algunos oyeron ó creyeron oir el grito de aprobacion de los hombres del valle, que estaban en marcha y saludaban la aparicion del incendio.

Lento pasó un dia larguísimo de inmensa ansiedad—siguió otro—y el tercero trajo noticias muy agradables. Todo el Tirol estaba sublevado; en Innspruck, en Halle y en Sterzing,

los franceses y los bávaros habian sido atacados y derrotados en todas partes. Muchos habian muerto, muchos mas habian caido prisioneros. La entrada de las tropas austríacas al mando de su valiente general, el mariscal Chastellar, fué un triunfo continuo, pues los tiroleses habian vencido á sus tiranos. Los pequeños destacamentos de las fuerzas del enemigo, bièn armados y disciplinados, en todas partes habian sido hechos pedazos por los indisciplinados pero valientes campesinos. Los jefes montañeses en todas partes habian derrotado al enemigo extrangero. Chastellar llegó á disfrutar de las dulzuras de la victoria, sin haber sufrido los riesgos de la contienda. Esto era lo que los tiroleses deseaban que hubiese sucedido. Solo necesitaban del permiso del Austria para emanciparse por sí solos: una vez concedido, como el leon se desprende de las débiles cadenas que le impone la mano del hombre, así el Tirol despedazó sus grillos y se hizo libre.

Chastellar y sus austríacos fueron recebidos con aclamaciones de lealtad en todas las ciudades, aldeas y cabañas por donde pasaban en su camino para la capital. Habia repiques y salvos de artillería; los ancianos, los jóvenes, los niños los saludaban como amigos queridos que iban á participar de su prosperidad y á gozarse en su emancipacion.

Entretanto, Hofer marchaba al encuentro de una nueva fuerza invasora en Sterzing. Á pesar de sus grandes esfuerzos no pudo llegar á la frontera sin haber tenido una escaramuza parcial, pues los franceses habian penetrado á Brixen. El punto disputado era el fuerte de Laditch, formado de un solo arco y suspendido entre dos rocas tremendas por donde pasa el camino de Innspruck á Italia. No obstante la gran superioridad de número y de disciplina de los franceses, en vano intentaron romper la línea de los tiroleses con un fuego nutrido y continuo; los denodados montañeses sostuvieron firmemen-

te el terreno. Un poderoso refuerzo que llegó en la noche, de infantería y caballería francesa los hizo poder sobreponerse, mas bien que vencer á los defensores de su patria. En tan crítico momento apareció en las alturas una pequeña fuerza de caballería ligera y cazadores austríacos. Desalentado el enemigo huyó en todas direcciones, y reanimados los tiroleses lo persiguieron hasta Botzen haciendo prisioneros á la mayor parte.

Hofer y sus soldados habian llegado á las montañas que dominan á Sterzing. Los bávaros lo atacaron inmediatamente. Los tiroleses dieron una carga desesperada; los aldeanos, armados de lanzas y de instrumentos de labranza, se precipitaron como un torrente sobre el enemigo, arrojando algunas rocas y troncos de árboles desde las alturas. En lo mas recio del combate, una aldeana, Josefina Negretti, apareció animando á sus compatriotas y tomando parte activa en la sangrienta lucha. ¿Qué habilidad,

qué fuerza física puede vencer á hombres que luchan por su patria? Los tiroleses quedaron vencedores. Hofer voló de un punto al otro para guiar, mas bien que para inspirar su valor; y una vez terminado el combate, anduvo diciendo en todas partes que la misericordia es la flor mas galana de la corona de la victoria. Obedeciendo esta máxima celestial cesó la matanza y se salvaron los que quedaban del enemigo derrotado. Unos seiscientos prisioneros fueron conducidos al castillo del baron Sternach, en Wolfsthrun, á una legua del campo de batalla.

Apénas hubo aceptado Hofer la rendicion de estas tropas debeladas, y provisto á su seguridad, apénas hubo visto á sus valientes partidarios y dado órdenes para la curacion de los heridos y el refrigerio de los cansados, cuando otros cuidados reclamaron su atencion. Con el sable ensangrentado todavía, con la frente cubierta de polvo, reparó la debilidad de su cuerpo con un escaso alimento que tomó en pié, y con indomable ener-

gía de espíritu, se preparó á continuar en sus esfuerzos. Los franceses pasando á un lado de Mantua se habian unido á los bávaros en Brixen. En su marcha habian cometido cuantos actos brutales pueden sugerir el poder de la fuerza y crueldad del crímen. Al rayar el alba Hofer ordenó una marcha general sobre Brixen. Al caminar al frente de sus tropas por los desfiladeros de la montaña ¡qué escena presenciaron sus ojos! cabañas, granjas, aldeas reducidas á montones de cenizas, ó todavía presa de las llamas. No pudo reprimir la angustia de su alma; pero empuñando fuertemente su espada, señaló aquel estrago, y lanzó su caballo al galope. Al bajar al valle asolado, encontró á muchos desgraciados cuyas casas habian sido destruidas por el enemigo. No habia entre ellos jóvenes, ni hombres de edad madura, sino uno que otro labrador muy cargado de años, pues todos los capaces de esgrimir una espada ó de empuñar una lanza se habian incorporado al ejército. En ancianos de-

crépitos, en mujeres débiles, en niños indefensos, habian sacado los bárbaros su furor que no se atrevian á descargar sobre los hombres. El abuelo, apoyándose en el brazo de su llorosa nieta, la madre desolada vagando con sus hijos espantados, la tierna vírgen sosteniendo los pasos de un padre encanecido, y niños trémulos llevando en brazos una cabra favorita, ó pájaro mimado—y niños atrevidos medio locos de rabia y de impotencia rugiendo amenazas de futura venganza: tales fueron los objetos que detuvieron á Hofer en su marcha. Refrenando de repente su caballo, levantó los ojos como para preguntar si no habia rayos en el cielo; pero los temblantes fugitivos le habian rodeado, abrazándole uno la rodilla, tomándole otro la mano, y un tercero en su impotente debilidad colgándosele de la cintura. Nadie hablaba, que la elocuencia del silencio es á veces superior al poder de la palabra. Hofer, conmovido hasta lo mas íntimo del alma, sintió rodar por su pálida mejilla el

sudor de la agonía, la lágrima de la piedad. Un propendo gemido se escapó de su oprimido pecho, y unas cuantas palabras inteligibles se desprendieron de sus labios: "Dios mio! Dios mio! ayúdame!"

Pero sus tropas habian avanzado rápidamente y llegaron á donde él estaba. En un instante hicieron alto, cesó la música marcial, hubo una pausa mortal, una pausa momentánea, tiempo suficiente para que todos los corazones juraran solemnemente vengar el espantoso estrago que tenian delante. Un momento despues el sable brillante de Hofer, ondeando sobre su cabeza parecia la señal de que todos los juramentos habian sido oidos y aceptados. Levantóse un clamor universal y penetrante y al grito de "venganza! venganza!" la banda guerrera continuó su marcha aceleradamente. Los pobres fugitivos, seguros de auxilio y proteccion, se apartaron á un lado y conocieron que Hofer estaba consagrado á su servicio; y miéntras él iba á recobrar

sus hogares, se sentaron formando grupos en la montaña observando tranquilos sus pasos, confiados en que ningun enemigo se atreveria ya á acercárseles.

Al llegar al valle, las tropas formaron en órden militar, y Hofer temiendo que con el furor de la cólera cometieran á su vez los excesos que deploraban, procuró aplacar sus sentimientos, dirijiéndoles la proclama que con un espíritu de misericordia habia preparado su amigo Hormayr :

" Tiroleses !

Os habeis mostrado dignos de ser libres, no os entregueis, pues, á la indignacion, ni os volvais ingobernables. Obrad con sangre fria y con magnanimidad, resueltos á perecer ó ser libres. Es despreciable injuriar á los débiles. Ningun tirolés dará lugar á que se le acuse de semejante bajeza. Quien quiera que cometa algun exceso, aun contra el invasor, será tratado como enemigo

de la patria, pues solo debe emplear su fuerza en su defensa."

Tal fué la alocucion de Hormayr; y pronunciada como lo fué con grande energía por Hofer, produjo un efecto instantáneo. Como se aduermen las olas del mar despues de la tempestad, cuando un viento sereno calma su agitacion, así se aplacó la pasion de la cólera al dejarse oir el acento de la misericordia. Hofer vió en su derredor hombres,—no bandidos,—hombres con todos los afectos humanos, el valor, la piedad, la fortaleza, no bandidos ávidos solo de matanza y destruccion.

Llegó Hofer al Innthal precisamente en el momento en que todos los labradores apelaban á las armas. Las mujeres y los niños recorrian el valle, presentando á todos pequeños billetes que contenian estas palabras: "*S'is zeit*"—ya es tiempo. Esta era la señal convenida para denotar que todo estaba pronto, y que habian comen-

zado las hostilidades. Siguióse un tremendo conflicto: veinte mil tiroleses aparecieron armados. Todos los caminos por donde el enemigo podia retirarse, fueron cortados ú obstruidos con troncos de árboles. Los campesinos comenzaron el ataque arrojando al aire sus sombreros y gritando: "Viva el emperador Francisco! mueran los bávaros!" El coronel Dittfurt, á la cabeza de algunos bávaros, alternativamente amenazaba y alentaba á sus soldados: dos terribles heridas lo hicieron caer, y siguió combatiendo hincado hasta que la falta de sangre le hizo perder el sentido. Fué hecho prisionero y llevado á Innspruck. Cuando estaba moribundo en el cuerpo de guardia, preguntó quién habia sido el jefe de los campesinos. "Nadie," le contestaron, "todos combatimos por Dios, por el emperador y la patria." "Es sorprendente," replicó Dittfurt, porque yo ví muchas veces pasar á mi lado á vuestro general en su caballo blanco."

Los supersticiosos aldeanos creyeron por esto

que algun santo se habia aparecido en medio de sus filas; pero en una accion en que mandaban y combatian hombres como Hofer, el observador racional comprenderá que el jefe herido habia visto á un mortal, aunque haciendo esfuerzos sobrehumanos.

La victoria fué decisiva: despues de tres dias de lucha desesperada, los tiroleses quedaron dueños de Innspruck y de la comarca adyacente. Todos los enemigos estaban desarmados y se habian rendido, y los tiroleses que habian sido hechos prisioneros en las escaramuzas anteriores, recobraron su libertad. Los vencidos eran llevados á las plazas fuertes que habian de servirles de prision, *escoltados por mujeres*, pues los hombres no podian ocuparse en custodiarlos; y en medio del general regocijo que siguió á esta espléndida victoria, hubo una feliz circunstancia digna de un pueblo valiente y generoso: los tiroleses no pudieron ser tachados de haber cometido un solo acto de crueldad ó de venganza,

contra una nacion de la que habian sufrido agravios tan brutales como inmerecidos. En vano intentaron los franceses acusarlos de la misma conducta inhumana con que ellos se habian manchado. El cargo no pudo sostenerse, los prisioneros no pudieron negar que habian sido tratados con clemencia; los heridos reconocieron la humanidad y benevolencia que se les habian dispensado, y aunque algunos cuantos tiroleses exaltados por agravios superiores á toda paciencia pudieron, por un momento, olvidar los preceptos de la misericordia, tales casos fueron raros, y considerada la provocacion, no difíciles de perdonar. Así, pues, en tanto que el valor y el patriotismo de los tiroleses reclaman el homenage de la posteridad, su clemencia y su dulzura deben ser ejemplo y orgullo de la Europa.

En seguida, Hofer condujo á sus soldados de Passeyr á Botzen, donde fué nombrado para mandar la ala derecha del ejército, que se componia de los labradores de Etschtal y de los de

su propio valle; y con estas tropas marchó á establecerse entre Trento y Romagnano. Escaramuzas desesperadas, pero sin resultado decisivo, mantuvieron el espíritu de este pequeño número de patriotas; y su jefe sabiendo entónces que su amigo Leiningen estaba muy hostilizado por el enemigo en Lavio, por medio de marchas rápidas fué á unírsele. Esta union de dos caudillos favoritos fué vista por el pueblo como propicio agüero. El feld-mariscal Chastellar, general de las tropas austríacas, presentó á Hofer una magnífica espada y un par de pistolas, como testimonio de su aprobacion; pues miéntras muchos campesinos, engañados por la falsa noticia propagada por los franceses, de que el Austria habia abandonado la causa del Tirol, se habian retirado á sus casas, habia conservado á sus valientes compañeros, inspirándoles su resolucion de no abandonar la patria, sino con la muerte.

Leiningen, despues de madura deliberacion con su amigo, estableció su cuartel general en

Trento y comenzó á fortificar á Castella, miéntras Hofer llevó la guerra á todo el país con incansable vigor y actividad. Los tiroleses habian sufrido muchos desastres en sus fronteras, y los franceses y los bávaros iban ganando terreno todos los dias. Hofer llevó sus tropas á donde quiera que el peligro era mas inminente, y casi siempre siguió sus pasos la victoria. Deroy, general bávaro, se jactó de haberlo vencido, porque, aunque sus tropas fueron dos veces rechazadas por los intrépidos tiroleses, despues de un largo combate parecieron ceder como á las cinco de la tarde. Una tremenda tempestad, que precisamente sobrevino entónces, pudo ser considerada como el verdadero vencedor, pues ámbos ejércitos se retiraron ante su violencia, y al dia siguiente Duroy tuvo que huir de las tropas que decia habia derrotado. Durante la ausencia de Hofer, Inspruck habia vuelto á caer en poder del enemigo; pero estaba destinado á ser en breve recobrado. El 29 de mayo tuvo lugar la ba-

talla que por segunda vez libertó al Tirol de los bávaros. En la noche anterior á este glorioso dia, Hofer dirijió una carta lacónica, pero muy enérgica, á los campesinos de los alrededores, y que es muy característica:

"QUERIDOS HERMANOS DEL INNTHAL,

"Por dios, por el Emperador y por nuestra amada patria,—mañana es el dia señalado para el ataque. Venid en nuestro auxilio ó combatirémos sin vosotros. HOFER."

Tan breve así fué el enérgico llamamiento, y todos los que lo supieron acudieron á él. Á las cuatro de la mañana se pusieron en marcha los tiroleses, y la batalla se empeñó á la vez en varias partes. Durante la lucha, cerca de una granja se presentó una jóven llevando un barrilito de vino para refrescar á los aldeanos. Despreciando el tremendo fuego de los bávaros, atrevidamente se acercó al lugar del combate llevan-

do el barrilito en la cabeza. Lo alcanzó una bala, y la jóven tuvo que detenerse. Sin acobardarse por este accidente, permaneció en el sitio rogando á los soldados que aceptaran el refrigerio que les llevaba. Otra jóven, apénas de diez y ocho años, andaba con trage de hombre, y usó un rifle con la mayor destreza. Cuando las mujeres desplegaban tan intrépido valor, poca esperanza podia haber de vencer á los hombres. Y en efecto, el Tirol jamás fué vencido, sino meramente cedido por el Austria en sus diversos tratados con la Francia, y así solo por obedecer al mandato de su soberano, consentieron los tiroleses en volver el acero á la vaina.

Hofer, con el principal cuerpo de su ejército, avanzó sobre la ciudad entre las avanzadas del enemigo, que fueron desde luego sorprendidas; pero los bávaros hicieron desesperados esfuerzos para recobrar los puntos de que habian sido desalojados, esfuerzos que no dieron resultado, pues Hofer y sus compañeros por segunda vez

entraron en triunfo á Innspruck la mañana siguiente, y si el Austria hubiera aprovechado esta victoria, se habrian alcanzado consecuencias de la mayor importancia. Pero, lejos de esto, el Austria cerraba los ojos á sus verdaderos intereses, y miéntras por ella y por sí mismos combatian los tiroleses tan heróicamente, ella los dejaba ser presa del tirano de las Galias.

Sirvió el recobro de Innspruck para reanimar los desalentados espíritus de los que habian desesperado del triunfo, y pusilánimes se habian retirado á sus hogares. Muchos de ellos volvieron á unirse á sus banderas y así presto apareció sobre las armas una fuerza formidable. El baron Hormayr, uno de los principales caudillos, recurrió á su amigo y colaborador Hofer, en todos los casos de apuro. Este héroe montañés acababa de ser proclamado comandante en jefe de todo el Sur del Tirol, y en verdad que habia ganado bien tan honroso puesto: su celo y su invariable adhesion á la causa de su patria lo ha-

cian el ídolo del ejército, y su influencia en los ánimos de sus compatriotas lo hacian poder guiarlos y gobernarlos del modo mas conveniente á los intereses del país y á las miras de los oficiales superiores.

Pero no fué permitido á los tiroleses lograr la prosperidad que parecia estar á su alcance. El Austria estaba en poder de la Francia. Diez mil prisioneros austríacos, que se habian escapado de su cruel enemigo, fueron recibidos, vestidos y alimentados por los generosos tiroleses; y con todo, el Tirol fué cedido á la Baviera! Á esta noticia, la desesperacion de los tiroleses no conoció límites. Seguros de que el Austria habia hecho algo peor que abandonarlos;—regalarlos al detestado enemigo, algunos, creyendo vanos todos los esfuerzos, se retiraron á sus hogares oprimidos de melancólicos presentimientos, miéntras la mayor parte resolvió de derramar la última gota de su sangre ántes que someterse á la Baviera.

Innspruck fué el punto de reunion de todos los que no desesperaban de la salud de la patria. Entre ellos no podia faltar Hofer, quien fué gozosamente aclamado como caudillo querido y favorito. El murmullo general de la multitud anunció que era universal el deseo de que él aceptara el mando supremo. Tuvo que ponerse en pié entre la multitud, que abandonar la modesta oscuridad en que se habia colocado como uno de tantos y que dar á conocer sus sentimientos breve y sencillamente. "Queridos compatriotas!" dijo, "he escuchado vuestros deseos y estoy pronto á obedecerles, pues he venido para servir á mi país de todos modos. Pero permitidme recordaros que mi bizarro compañero de armas, el conde Leningen, tiene mejores títulos para merecer vuestra eleccion. Nombradlo vuestro jefe, valientes tiroleses, que vuestro Hofer está preparado y ansioso de desenvainar la espada como simple comandante de los soldados del valle de Passeyr. Cualquiera que sea

mi situacion, miéntras Dios se sirva guardarme la vida no faltarán al Tirol un brazo y un corazon consagrados á su servicio!"

Tales palabras fueron recibidas como es de suponer, con los mas ruidosos aplausos, y la varonil modestia de Hofer fué recompensada como merecia, quedando electo por universal aclamacion, comandante en jefe de los tiroleses. Magnífico fué este momento para Hofer, pues entre muchos generales valientes y experimentados, fué elevado al primer rango por la voluntad del pueblo, del pueblo que de él esperaba su emancipacion de la servidumbre y la restauracion del gobierno de su legítimo soberano. Hofer habia de ser la cabeza que dirijiera, el brazo que guiara. Inspiraba confianza á todos los corazones, todos los ojos se fijaban en él. En el vehemente transporte de su alegría, de su gratitud y de su triunfo, olvidaba ó allanaba todas las dificultades. Su pecho lleno de valor, de entusiasmo y de esperanza, anhelaba hacer cuanto cabe en el poder

humano, y al propio tiempo, su piedad llena de fé lo hacia fiar los acontecimientos á Aquel que solo puede ordenar el resultado de las batallas.

Luego que se supo quién habia sido electo comandante en jefe, centenares de labradores se unieron á su bandera, fiando todos en su valor, en su fortuna y en su dulzura para mandar. Muy pronto se encontró, pues, al frente de un ejército formidable, ansioso de seguirlo y de sacrificarse en su servicio. Los soldados austríacos, dia á dia abandonaban sus filas y se presentaban á Hofer. Regimientos enteros abandonaban sus puestos y en buen órden se le unian para militar bajo sus banderas. Todo el Tirol era unánime en su patriotismo, y fiaba en que todo saldria bien bajo el mando de Hofer,—un mismo espíritu parecia animar todos los corazones.

Como escaseaba el dinero para procurarse armas y cuanto las tropas necesitaban, Hofer mandó acuñar nueva moneda, que tenia de un lado el águila tirolesa coronada de laureles, y del otro

el valor del dinero con estas palabras: "Conforme á la Convencion—1809."

Aunque el Austria habia celebrado un armisticio con Francia, como el Tirol nunca reconoció este tratado, Hofer tuvo poco tiempo, durante su mando supremo, para cultivar las artes de la paz. Hizo cuanto podia hacerse, demostrando que solo le faltaba oportunidad para ser tan útil como hombre de Estado, cuanto valiente habia sido como soldado. Los anales de la época comprueban que solamente fomentó el comercio y reprimió el lujo. Organizó un formidable ejército para guardar el país y defenderlo en la guerra, y era tal su popularidad y tal la confianza del pueblo en su capacidad y en su valor, que dia á dia centenares de voluntarios se incorporaban á sus banderas. En su elevada posicion, conservó la misma sencillez de trage y de maneras que lo habia distinguido cuando no era mas que humilde labrador del valle de Passeyr. Residió en el palacio de Innspruck, porque su rango así lo

exigia, pues la residencia del comandante en jefe tenia que ser supuesto el lugar de recepcion para los funcionarios civiles y militares.

El duque de Dantzick (el detestable general Lefebvre) entró entónces al Tirol para ocuparlo y conservalo en nombre del príncipe de Baviera. Al presenciar esta invasion, muchos de los tiroleses volvieron á considerar como perdida la causa de la libertad, y se retiraron del teatro de la contienda. Hasta el valiente Hormayr, que tanto tiempo habia combatido por su patria, sintió tan profundamente su desgraciado estado, que con unos cuantos de sus amigos acompañó á las tropas austríacas, cuando evacuaron el Tirol, conforme al tratado.

Ántes de marchar, hizo los mayores esfuerzos para persuadir á Hofer no solo de que abandonara su proyecto de continuar una guerra tan sin esperanza, sino de que lo acompañara en su retiro. Estos esfuerzos no dieron resultado alguno. No daba mas respuesta que "Hofer habia

jurado vivir y morir con su patria, y que habia de cumplir su juramento."

Hofer se retiró entónces á su aldea. Que el motivo que allí lo llevó estaba relacionado con sus deberes públicos, está incontestablemente probado por el dato que se ha dado á luz de que miéntras estuvo en Passeyr, Lefebvre le intimó que se presentara en Innspruck el 11 de Agosto; y el valiente caudillo contestó "Me presentaré, pero al frente de diez mil hombres."

¿Se afligiria ó se alegraria Constanza al volver á ver á su marido? ¿serian dulces ó amargas las lágrimas que derramó sobre su pecho? Seguramente el placer seria mayor que el dolor, porque lo veia seguro, honrado y fiel. El niño contempló con delicia la pluma del sombrero, la guarnicion del sable y las pocas insignias de rango que adornaban á su padre. Se sonrió recreándose en los homenages de respeto que tributaban á su querido jefe las tropas que lo acompañaban, acaso por vez primera sintió ger-

minar en su pecho el amor á la pompa y al poder. El anciano estrechó ansioso y conmovido la mano del libertador de su patria. Su pecho experimentaba el gozo mas puro y exquisito al ver que ese libertador era su hijo. Su esposa colgándose de su cuello, su hijo mirándolo como para recoger la inspiracion de su espíritu, miéntras con pueril ansiedad procuraba manejar su espada, su padre estrechándole la mano, y Hofer en medio de ellos debió gozar de esos momentos de concentrada delicia que valen por años de felicidad.

Solo unos cuantos dias pudo Hofer permanecer en Paseyr, poco tiempo necesitaba en efecto para hacer lo que deseaba, pues luego que se supo su llegada se organizaron completamente sus tropas. Otra vez volvió á aparecer al frente de miles de hombres armados y dipuestos á marchar. Constanza le rogó que le permitiera acompañarlo: "Otras mujeres lo han hecho", le decia, ¿por qué no he de hacerlo yo?"—"¿Y mi an-

ciano padre, y nuestros tiernos hijos?" le contestó Hofer. Constanza soltó el brazo de su esposo, la rodearon el anciano y los niños; ella se cubrió los ojos con la mano y Hofer partió.

Apénas hubo el héroe montañes atravesado con sus tropas los pedregosos desfiladeros que defendian su valle natal, cuando desde las alturas que dominan los pantanos de Sterzing, vió avanzar al enemigo en formidable número. Lefebvre no perdió tiempo en atacar á los patriotas. Tres veces los acometió y otras tantas fué rechazado con grandes pérdidas. Diez mil de sus soldados quedaron muertos, mil quinientos fueron hechos prisioneros, y perdió ocho piezas de artillería. Despues de cuatro encuentros en que le tocó la peor parte, tuvo que retirarse rumbo á Sterzing. Hofer lo persiguió y lo atacó en los pantanos, y despues de sufrir inmensas pérdidas, Lefebvre fué rechazado hasta Innspruck, entre cuyos muros se refugió el 11 de agosto, el mismo dia en que habia prevenido á Hofer se presentara en

Innspruck. En todo el valle se supo y se celebró la nueva salida de Hofer de Paseyr. Su presencia inspiró á los patriotas nuevo valor, su ejército crecia cada dia en número y en entusiasmo. El nombre de Hofer bastaba para levantar á los que aun vacilaban, y este triunfo que señaló el principio de la guerra, confirmó las mas ardientes esperanzas en la victoria.

Así sin ser auxiliados por el Austria, los tiroleses rápidamente fueron arrojando de su tierra al enemigo, y no cabe duda en que tan esforzados patriotas hubeiran recobrado su país de los crueles invasores y lo hubieran mantenido independiente, si hubieran estado libres de su sujecion al Emperador.

Hofer cada dia era mas amado y se le consideraba como causa de todos los triunfos. La siguiente victoria que alcanzó, por siempre memorable en los fastos del Tirol, hizo que lo considerasen casi como una divinidad, y la famosa batalla de Hofer del 12 de agosto, se refiere to-

davía hoy en aquel país, con un grado de exaltacion no fácil de describir.

Preparado para la próxima contienda, Hofer habia dictado las disposiciones previas á la batalla, con mas precauciones de las que acostumbraba, aunque era siempre bastante previsor. Los tiroleses estaban apostados en la montaña de Isel, teatro de una victoria en la anterior primavera. Hofer, agitado por sus esfuerzos, descansó aquella noche; y cuando Haspinger, uno de sus fieles compañeros, fué á recibir sus órdenes al despuntar el alba, encontró al guerrero, hacia poco tan activo y ardoroso en el mando, y que en breve tendria que emplear toda su energía en el combate, durmiendo con la tranquilidad de un niño inocente! Para dispertarlo bastó una palabra á media voz. Los ojos que acababan de estar dulcemente cerrados, brillaron llenos de entusiasmo. Las facciones que habian estado en pacífico reposo relucian fuertes y animadas, la suave respiracion que apénas movia el hierro

que lo cubria, era ya vigorosa y revelaba la mas viva ansiedad. El hombre cansado habia dormido—el valiente soldado estaba ya despierto.

Los dos amigos se arrodillaron y oraron fervientemente; cumplido este sagrado deber, Haspinger se apresuró á comunicar á todos los oficiales las últimas órdenes de su jefe. Á las seis de la mañana una descarga anunció que comenzaba la sangrienta empresa. Hofer mandaba en persona. Tomemos del historiador la narracion de aquella sangrienta jornada: "Los tiroleses estaban apostados en las alturas que dominan el camino, en el que el enemigo parecia ansioso de prepararse una segura retirada mas bien que de aventurar una batalla: el rio Inn, que allí es impetuoso torrente, corre á lo largo de la escabrosa hondonada de aquella cañada. Hofer habia preparado piedras y troncos de árboles que habian de arrojarse al paso del enemigo. Dejaron pasar á la guardia avanzada sin hacerle daño, pero la hicieron prisionera luego que pasó del desfi-

ladadero. Trabóse una ligera escaramuza entre pequeños cuerpos de una y otra parte. Un anciano de ochenta años ocupó su puesto, apoyando la espalda contra una roca, y á cada tiro derribaba á un enemigo del Tirol. Algunos bávaros treparon por la roca y lo atacaron por detras. Viendo ya que su vida tocaba á su fin, resolvió terminarla como verdadero héroe; lanzando, pues, un terrible grito, con su último tiro tendió muerto á sus piés al mas atrevido de los asaltantes, y despues asiendo firmemente con su nervudo brazo al mas inmediato, se precipitó con él al precipicio, exclamando: '¡Por mi patria!'"

El principal cuerpo de ejército avanzó rápidamente al desfiladero, cuando arriba se oyó una voz que decia: "¿Disparo el golpe?" "No, no," contestó otra voz desde una eminencia inmediata. Alarmados los bávaros, no viendo ningun ser humano, inspirándoles terror las portentosas palabras que parecian venir de espíritus del aire ó de demonios de la caverna, mandaron á

toda prisa informar á su general del estupendo misterio. Pero él y su retaguardia estaban ya en el desfiladero; retroceder era imposible, locura detenerse—todos marcharon hácia adelante. Una vez mas fué interrumpido el silencio de los asaltantes, aterrados por espantosos sonidos. "¡Por el Tirol ¡" fueron las sencillas, pero terribles palabras que resonaron en el aire. "¡Sí, por el Tirol dispara!" contestó otra voz, Por un momento todo quedó en una calma mortal: los enemigos se veian unos á otros pálidos y desconcertados. Un momento despues siguió al silencio un estruendo destructor. De las orillas del precipicio se desprendieron rocas, piedras, árboles y cayeron con terrible fuerza sobre el enemigo. Detras de cada peña y de cada arbusto aparecia un tirolés armado. Aquello fué un destrozo, no una batalla; una destruccion, no un combate. Hasta los niños de ámbos sexos ayudaron á aniquilar al enemigo en el desfiladero. Cayeron prisioneros á centenares, fueron

matados á millares. Cuando fué completa la victoria, los montañeses se arrodillaron y dieron gracias al Dispensador de todos los bienes por la emancipacion de su patria. Tan terrible, tan súbita fué la obra de la destruccion que los prisioneros salvados tomaron parte en la accion de gracias!

Hofer despues de esta victoria siguió en sus continuas é incansables esfuerzos. El 15 de agosto hizo su entrada trinufal en Innspruck, habiendo salvado por TERCERA VEZ á su patria, del despotismo tan justamente detestado de Baviera. Llegó en feliz momento para salvar á la capital de un saqueo general. El pueblo, considerando probablemente como desesperada la causa de la independencia, estaba á punto de echarse sobre cuanto tenia algun valor. Solo la presencia de Hofer pudo evitar estas depredaciones. La victoria que acababa de obtener, al reanimar las esperanzas populares, aumentaba el ascendiente de su influencia. Donde quiera que se presentaba,

cesaba el despojo; donde quiera que hablaba, sus órdenes eran obedecidas. Su recto corazon en ningunas circunstancias podia soportar actos de rapiña—este atentado le era mucho mas sensible, cometido por sus amados tiroleses, por los tiroleses, á quienes deseaba ver exentos de todo crímen y de toda mancha. Inmediatamente expidió órdenes perentorias para que nada se quitase á amigos ni á enemigos, y para que todo lo que hubiese sido tomado se devolviese dentro de ocho dias: las penas mas severas á los desobedientes. Ejecutado este acto imperioso de justicia, Hofer volvió á establecer su residencia en el palacio imperial. En uno de sus primeros edictos dispuso que hubiese solemne accion de gracias por la última importante é inesperada victoria. Así se hizo en todo el país con el mayor reconocimiento, sin que nadie aventajara en sincera piedad al jefe supremo. El pueblo deseando aumentar sus honores á medida de sus servicios, lo proclamó comandante imperial de todo

el Tirol. Lo rodearon edecanes y otros servidores; pero él no necesitaba guardias, porque los corazones del pueblo eran su seguridad, y los brazos del pueblo su defensa. Elevado al poder supremo sus órdenes eran respetuosamente recibidas y pronta y religiosamente obsequiadas. Y ni aun cuando estuvo investido de tan alta autoridad hubo jamás rumores que lo acusaran de un solo acto de tiranía ó de opresion. "Nunca se supo," dice su biógrafo aleman, "que abusara del poder que se le confiaba." Ningun enemigo declarado ú oculto, directa ni indirectamente propagó murmuraciones de descontento, ni susurró nada deshonroso para el carácter público ó privado de Hofer. Si á ello hubiera dado el menor motivo, seguramente hubiera habido entónces, como las hay siempre, gentes dispuestas á difundir anécdotas de faltas ó de desaciertos. Que no haya habido tales anécdotas, es prueba suficiente de que en su elevacion Hofer ejerció su poder rectamente y de que no gastó mas pompa, ni osten-

tacion, que las que su rango hacia necesarias. ¿Puede siempre decirse otro tanto de los advenedizos que súbita é inesperadamente se ven elevados al poder y al esplendor? ¿Puede decirse de los que han nacido para los honores y para el mando?

Sin haber dado á conocer mas ambicion que la de servir y hacer bien á su país, Hofer se elevó á mucho mayor altura de la que puedan anhelar los mas ambiciosos. Pero vió, como han visto muchos grandes ántes que él, que los altos puestos tan envidiados no tienen goces y que quien tiene que regir al Estado no duerme en lecho de rosas. Su situacion era difícil en extremo; abandonado del Austria, cercado de enemigos, falto de dinero, de armas y de municiones; sobre todo esto el Tirol estaba desgarrado por intestinas discordias. Donde quiera que Hofer aparecia, todo era union y esperanza; pero en distritos á donde no se extendian sus esfuerzos, ó á donde su presencia no llevaba la anima-

cion, los naturales desesperando de la victoria solian entregarse á desórdenes ó se dejaban dominar por el desaliento. En el sur eran mas alarmantes estos síntomas de turbulencias. Al sur fué pues, á donde acudió Hofer, y estableciendo su residencia en Botzen, expidió desde allí una proclama concebida en estos términos:

"Amados Tiroleses del Sur:

"Con profundo pesar he sabido vuestros excesos. Por tanto, amados compatriotas y compañeros de armas, expido esta proclama para que las gentes pensadoras puedan hacer saber cómo deben conducirse los que ahora se estan conduciendo tan mal. Con todo mi corazon, que late por vosotros, detesto todo género de robos y depredaciones, aborezco las contribuciones y las exacciones, y estad seguro de que no perdonaré esta clase de excesos.

"Es deber de todos los valientes defensores de su patria velar por el honor y cultivar el afecto de

sus vecinos, para no incurrir en el desagrado del omnipotente que con tanta benignidad nos dispensa sus bendiciones. ¡ Queridos hermanos ¡ reflexionad quiénes combatis ! ¿son amigos ó son enemigos ? Hemos combatido ya contra nuestros enemigos, los hemos vencido, y contra ellos seguirémos combatiendo; pero no contra nuestros hermanos, no contra los que estan ya oprimidos. Considerad que debemos protejer y auxiliar á nuestros semejantes que no pueden llevar las armas, ni defenderse por sí mismos. ¿ Qué dirá el mundo, testigo de nuestra conducta, qué la posteridad, si no cumplimos con estos deberes ? La gloria de los tiroleses se perderia para siempre.

" ¡ Queridos compatriotas ! El mundo todo está admirado de nuestras proezas. El nombre de los tiroleses se ha inmortalizado ya, y ahora solo necesitais cumplir con vuestros deberes para con Dios y vuestro prójimo, para completar una carrera comenzada tan gloriosamente.

" ¡ Valientes compatriotas y compañeros de

armas! Suplicad al gran Creador de todas las cosas; que con solo querer puede defender y destruir reinos, suplicadle que os guie. ¿Quién en estos momentos deseará perturbar nuestra tranquilidad?

"Encargo al clero y á todos los que auxilien y protejan á nuestras tropas, y á los que de otra manera no puedan ayudarles, que prosternados imploren de Dios que bendiga nuestras empresas.

"Advierto tambien á las corporaciones, á las aldeas y ciudades y á mis tropas en general, que considerando las irregularidades que han ocurrido á consecuencia de la conducta de los comandantes elegidos por ellos, durante la ausencia de José Morandell, á quien yo nombré; por la presente ordeno que ningunas proclamas, órdenes ó disposiciones sean consideradas, á ménos que por él sean expedidas y firmadas. HOFER,

"*Comandante en jefe del Tirol.*

"BOTZEN, setiembre 4 de 1809."

Es imposible dejar pasar sin comentarios esta admirable alocucion, digna de ser difundida por todas las naciones y entre las clases todas del pueblo. ¿Quién puede leerla sin experimentar la emocion que inspira la virtud? ¿Quién puede examinarla sin descubrir el mas honroso de los empeños? Un humilde labrador, rápidamente elevado al pináculo de la fama, de los honores y del poder, dejando á un lado estas deslumbrantes ventajas, se dirije á sus compatriotas en el mismo estilo de sencillez y de igualdad que emplearía si fuera todavía uno de tantos. "Amados compatriotas," "queridos hermanos," tales son los términos de la alocucion. No sabe uno qué admirar mas, si los sentimientos, ó la manera de expresarlos.

Y ¿cuáles son los preceptos que promulga? La mas pura resignacion cristiana, la benevolencia, la union, el verdadero amor fraternal y todo esto en un arranque de elocuencia viril y sencilla expresion de verdadero placer y de firmeza.

Hofer dictó las disposiciones necesarias con una prontitud y decision que aumentando el respeto que el pueblo le profesaba, le aseguró rápida y cumplida obediencia. Estrechamente adicto á la forma de gobierno establecida por el Austria, no expidió órden alguna, sino en nombre del Emperador: prueba patente de modestia y de desinterés. Impuso contribuciones para sostener la guerra, acuñó nueva moneda, dividió su ejército en destacamentos regulares; y el mejor uso que hizo de su poder fué obrar conforme á los benignos principios de la antigua administracion imperial, tan cara á los tiroleses.

Las provincias distantes acudian ansiosamente á Hofer en solicitud de auxilios y consejos, y él asiduamente atendia á todas las exigencias. Dirijió á los habitantes de Salzburg una animada proclama que decidió á muchos á tomar las armas, y produjo un espíritu de union en todas las clases. Su influencia en la multitud parece en verdad no haber tenido límites, pues sus alo-

cuciones produjeron siempre el efecto que se proponia. Los patriotas á las órdenes de Speckbocher se vieron repentinamente rodeados por una division tan numerosa del enemigo, que les fué imposible combatir. Veinte de ellos con su comandante denodadamente se abrieron paso entre las tropas que los cercaban. El hijo de Speckbocher, niño que aun no llegaba á los doce años, recibió órden de su padre de mantenerse á su lado durante la refriega. Pero el espíritu patrio era tan vivo en el pecho del jóven soldado, que lo hizo no querer escaparse sin disparar un tiro. Á pesar de sus pocos años era certero tirador: se quedó un poco atras de las tropas que combatian para apuntar al general bávaro; hizo fuego y derribó á su enemigo; pero en un momento se habia separado de su padre y fué hecho prisionero. Se distinguió entre los otros prisioneros por su juventud, su belleza y su atrevido valor, y los soldados lo presentaron á su príncipe. El rey de Baviera era indigno de apreciar á su raro é in-

trépido cautivo: esperando intimidarlo y obligarlo á expresar su temor, le preguntó con aspereza: "Si vuelves á verte libre, ¿matarás á otros bávaros?" "Sí," contestó el denodado mancebo, "¡y á vos entre ellos si alguna vez os encuentro en el Tirol!"

Habiendo reunido á toda prisa nuevas tropas, volvió Speckbocher á atacar al enemigo con nuevas fuerzas; y obtuvo una completa victoria. Viendo uno de sus soldados á un oficial bávaro de alta graduacion, que intentaba escaparse pasando á nado el rio Saal, cerca del que se habia dado la batalla, se arrojó á la corriente y luchando ámbos en el agua hizo prisionero al oficial.

Mujeres de alto rango tomaron parte en las operaciones de la guerra, para librar su país, si era posible, del aborrecido yugo de Baviera. La hermosa condesa de Sternbach fué hecha prisionera, conduciendo á la carga á sus labradores. Despues fué cangeada por dos damas capturadas en un campamento del enemigo.

Hofer permaneció algun tiempo en Innspruck, despues de haber apaciguado las disensiones de Botzen. Pero aunque no se movia, no se entregaba á la indolencia : las ventajas de las armas tirolesas en todas partes se debieron á la direccion y al auxilio de la capital, así como al conocimiento de que el mando supremo estaba en manos de un caudillo tan amado, tan popular y que á todos inspiraba la mayor confianza. Cuando los que se habian retirado del Tirol, desesperanzados de su causa, recibian noticia de las victorias, ansiaban volver á tomar parte en los peligros y en la gloria de sus afortunados hermanos. Muchos volvieron en efecto, y entre ellos Eisenstecken llevó la comision del Emperador de presentar nuevas dignidades y recompensas á Hofer.

El 4 de octubre se celebró en Innspruck una gran fiesta en honor de Hofer; quien recibió formalmente ese dia una medalla y una corona de oro que le fueron enviadas de Viena. La cere-

monia se celebró en la iglesia principal, al pié de la tumba de Maximiliano. El abad de Wiltan bendijo y colocó la prenda del favor del soberano en el pecho del caudillo montañes, miéntras la multitud aplaudiendo alborozada declaraba muy bien merecida esta recompensa. Siguió un dia entero de festejos y de regocijo, ay! no habia ya de haber otro semejante en la vida de Hofer.

Pero ántes de pasar del esplendor de la felicidad á las sombras de la adversidad, no dejemos de recordar la embajada que por entónces se envió á la Gran Bretaña. Müller y Schaner fueron mandados como comisionados de los tiroleses á implorar el auxilio de la Inglaterra. Esta embajada fué honrosísima para aquellos á quienes iba dirijida. Demostraba cuan exactamente la Europa estimaba su carácter y apreciaba su intervencion; demostraba que todos sabian que los ingleses amaban la libertad y estaban dispuestos á protejarla. Pero cuando se conferenció con los comisionados sobre los auxi-

lios que habian de mandarse, se descubrió que esta parte de la negociacion no era fácil, no era posible. Podia proporcionarse dinero en abundancia ; pero el dinero era de escaso valor. Armas y municiones eran los auxilios deseados, pero ¿cómo transportarlas á un país tan remoto y tan estrechamente circundado de enemigos? Fácil es imaginar el pesar sincero con que los ingleses verian su imposibilidad para protejer una causa tan cara y tan simpática para ellos.

Privado Hofer de auxilio extraño, pero sin desesperar por esto del resultado, con nuevo vigor fijó sus miras en sus recursos interiores. Se consagró con toda su alma á aprovecharse de todas las ventajas y á valerse de cuantos medios se le presentasen. Ardiente, activo, vigilante, fé inspiraban sus miradas, y esperanza sus palabras. Así alentaba y fortalecia á los que lo rodeaban, y exaltando su indomable espíritu con esperanzas en el porvenir, fundadas en los triunfos pasados, cuando se le anunció un mensagero del Austria.

Hofer habia escrito al Emperador pidiéndole socorro, y creyendo que el mensagero fuese precursor de los auxilios, lo recibió con ansiedad. El correo le presentó un papel firmado de la mano imperial. Hofer lo tomó ávidamente, lo comenzó á leer con vehemente curiosidad; pero palideció y se sintió con vértigo al encontrarse con este breve y frio mandato:

"¡ Tiroleses!

"Deseo que permanezcais tranquilos. Me he visto obligado á hacer la paz, en parte por las disensiones de mis hermanos y en parte porque la Rusia se ha declarado en mi contra.

"Francisco."

¡ Y esto era todo! ni una palabra de aprobacion para tantos años de sin igual fidelidad—esto podia sufrirse—ni un vislumbre de esperanza de futuros auxilios; esto tambien podia soportarse, porque el Tirol podia defenderse. Pero

ordenar tan friamente que cesara la lucha por la libertad—mandar que se renunciara á la esperanza de ser libres—¿podia esto tolerarse? ¿podia esto sobrellevarse con paciencia?

¿Puede pintarse con palabras la agonía del alma de Hofer, la loca desesperacion de momento tan terrible? Vió en un instante la espantosa verdad: vendida, traicionada, cedida á la Francia, esclavizada á la Baviera, su amada patria abandonada, su libertad perdida.

Cada nuevo correo confirmaba el terrible acontecimiento: las tropas francesas iban á tomar posesion del Tirol en nombre de Baviera. Como jefe de aquel país vendido, Hofer fué el primero en recibir la órden de renunciar á ulteriores esfuerzos y de someterse á la dominacion extrangera. Fácil era renunciar á la pompa y á la autoridad del mando: Hofer las dejaba tan sencillamente como las habia aceptado. Pero lo que no podia, era cesar de combatir por la libertad y someterse al yugo de los bávaros. Su

corazon se llenaba de insoportable congoja á la sola idea de tener que obrar así. Pero solo, abandonado, ¿qué podia hacer¿ El pueblo se iba retirando por todas partes, obedeciendo las órdenes de su antiguo soberano, ó cediendo á la desesperacion.

El país se vió inundado de proclamas del general frances, y Hofer vió que por entónces no quedaba esperanza para su causa. Su ánimo generoso desechó la idea de continuar una guerra en que habia de prodigarse en vano la mas noble sangre del Tirol. Despues de haber procurado descubrir empeñosamente la menor probabilidad de buen éxito, y despues de encontrar que todo confirmaba la desesperada situacion de su patria, tuvo que cumplir con el mas triste de sus deberes.

Publicó el informe que habia recibido, instruyó á sus compatriotas de las órdenes del Emperador y los exhortó á obedecerlas. Tranquilamente abandonó el mando supremo y pidió á los

generales una suspension de hostilidades y la promesa de que los tiroleses podian retirarse á sus casas sin ser molestados. Sin embargo, al leer las cartas que se publicaron en su nombre, se necesita mucho cuidado para distinguir las verdaderas, pues es bien sabido que el Corso, conociendo su influencia y temiendo su firmeza, publicó en su nombre una proclama dirijida á los tiroleses, exhortándolos á la mas leal sumision á su nuevo amo y expresando su pesar por haber cometido el crímen de alzarse en rebelion. "*Pero,*" copiamos las precisas palabras del historiador, "*la impostura fué demasiado grosera para producir algun resultado.*" El mismo Hofer parece haber descubierto el fraude, porque poco despues publicó una exposicion muy animada, de la que claramente resulta que ántes habia sido engañado. Al deponer las armas, habia creido haber afianzado seguridad y buen trato para su país. Al saber que los invasores, violando escandalosamente sus promesas, trataban á los tiroleses co-

mo á pueblo esclavizado y conquistado, con la crueldad y opresion que la perversidad podia inventar y el poder ejercer, publicó este nuevo llamamiento:

"¡ Tiroleses !

"Me sentí inclinado á deponer las armas, fiando en hombres á quienes consideré como amigos de mi patria; pero que segun veo ahora son enemigos y traidores. Por tanto, creo conveniente informaros que el valle de Paseyr vuelve á lanzarse á la insurreccion. Todos los habitantes, jóvenes y ancianos, han vuelto á tomar las armas, y el enemigo ha sido derrotado ayer sufriendo grandes pérdidas. Os excito, hermanos, á que os unais á nosotros. Si hubieramos de rendirnos al enemigo veriamos á todos los enemigos del Tirol arrebatados de sus hogares, nuestras iglesias destruidas, el culto divino abolido, y nosotros quedariamos cubiertos de eterna infamia. Combatid, pues, en defensa de vuestra

tierra natal; yo combatiré con vosotros y por vosotros, como un padre por sus hijos."

La noticia de que Hofer estaba aun en favor de la causa, armó en su defensa á centenares de hombres, y algunos combates probaron que el Tirol podia aun salvar y conservar su libertad, si no hubiera sido abandonado en la contienda.

Cerca de Zirl, en el Innthal, los afligidos tiroleses estaban á punto de dispersarse cumpliendo las órdenes de su legítimo soberano, cuyo derecho al mando reconocian en su triste sumision, cuando la vanguardia de los bávaros quemó hasta los cimientos la extensa y próspera aldea de Zirl. Frenéticos los tiroleses castigaron este agravio y tuvieron un dia mas de victoria y de venganza. En este espantoso conflicto la esposa combatió por el marido, la hermana por el hermano, la hija por el padre, la vírgen por el amante. Este combate fué el último esfuerzo convulsivo de la desesperacion; y la victoria co-

ronó sus armas, pero ¿qué podian la desesperacion y el valor contra numerosísimas huestes de enemigos, contra la traicion, la crueldad y la fuerza? Y sin embargo, grande como fué la mortandad entre los patriotas, fué mayor la matanza del enemigo. Trescientas veinte *tirolesas* fueron sacrificadas por la caballería italiana, y á su vez esta tropa fué destrozada por los indignados patriotas. Este fué el postrer esfuerzo colectivo de los tiroleses.

Viendo los generales franceses, Baraguay d'Hilliers y Eugenio Beauharnais, que las medidas severas no podian hacerlos dueños del Tirol, resolvieron ensayar el efecto de la dulzura y de la clemencia. Despacharon un correo invitando á Hofer á presentarse en su campamento, prometiendo salvos conductos, perdon general, y cuanta indulgencia fuese posible. Pero alucinado con la esperanza de poder al fin salvar á su patria, Hofer no dió oido á todas las promesas. En vano los generosos jefes le ofrecieron seguro

retiro. Hofer se mantuvo inflexible. Nuevas tropas invasoras se extendieron por todas partes. Los patriotas fueron envueltos por poderosos ejércitos, y muchos hechos pedazos. Hofer, para salvar á los pocos que quedaban, desapareció repentinamente, seguro de que no se disolverian miéntras él permaneciese á su lado.

Habiendo cumplido hasta el último extremo con sus deberes de patriota; pensó en sus deberes secundarios, en los que tenia para consigo mismo, siendo entre estos los principales sus vínculos de esposo, de padre y de hijo. Se puso, pues, en camino para su hogar.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y con los ojos fijos en el suelo, atravesó las cañadas y las barrancas tan llenas de recuerdos. No se detenia para evocar las deliciosas visiones de sus juveniles años que santificaban todos los sitios con alegres y brillantes esperanzas; no sentia la penetrante brisa del otoño que soplaba de sus queridas montañas cubiertas de nieve, no retar-

daba sus pasos para comparar el melancólico paisage de noviembre que tenia delante, con las brillantes escenas que lleno de esperanza, habia dejado en la primera. Su pensamiento estaba fijo en lo presente. De vez en cuando se estremecia, como si una serpiente le atajara el paso, al recordar dolorosamente los agravios de su patria; de vez en cuando se detenia y gemia, al mostrarle la memoria su felicidad pasada y su miseria presente.

Al divisar su aldea natal se le oprimió el corazon. ¡Cuán pronto caeria en las garras del invasor, y su impotente mano—la mano de Hofer—tantas veces considerada como la del libertador de la patria—¡cruel y falsa alabanza!—no podia ya defender ni su pobre cabaña! Tenia que dominar estos desgarradores pensamientos, para presentarse á su anciano padre y á su afligida esposa, pues si no, la violencia de sus pesares le quitaria hasta el último consuelo que le quedaba. ¿Pero dónde encontrar descanso?

Tenia las miradas de amistosa simpatía y los de impertinente curiosidad. Notó con tristeza que muy pocos viageros atravesaban los caminos: la muerte habia despoblado el país, y hasta en el valle de Paseyr, habian combatido y perecido por la libertad hombres, mugeres y niños. ¿Dónde encontrar descanso?—donde descansan todos. Fuése al triste cementerio de su aldea, y buscó un rincon escondido. Habia allí una tumba nueva y casi acabada de cerrar: una guirnalda marchita pendia de la sencilla cruz que la coronaba. Hofer suspiró: yacia allí alguno de sus amigos, porque en el valle no habia quien no fuera su amigo. Continuó su camino. Corta como habia sido su ausencia, ¡cuántos á quienes habia dejado alegres, vigorosos y llenos de vida, reposaban ya en aquel sitio de eterno descanso! Temió examinar con demasiada atencion.

Guarecido debajo de un añoso cipres pasó algunas horas orando y meditando. La terrible cadena de los acontecimientos presentes, eslabon

por eslabon iba pasando por su memoria, y necesitó de todo el auxilio de la religion y de la filosofía para soportar el peso de sus crueles recuerdos—de la religion que engendra la resignacion—de la filosofía que aconseja la indiferencia. Largo rato pasó Hofer solo con su corazon dominando sus fervientes emociones. Lo pasado habia pasado para siempre; habia hecho cuanto habia podido hacer. Lo presente estaba destinado á la sumision y á la inaccion. Era ya temeridad, era crueldad proseguir una guerra desigual y derramar la preciosa sangre de sus compatriotas en luchas vanas y sin esperanza. El porvenir podria brillar con nuevo esplendor: para el porvenir, pues, debia reservar la vida y la fuerza que le quedaban. Dando así fin á sus largas meditaciones, Hofer se desprendió del sitio en que habia descansado, y se sintió dispuesto á cumplir con su deber. Asegurando la tranquilidad y el bienestar de su familia, podria conservarse para el Tirol.

Las sombras de la noche se habian dilatado en su derredor, al descender lentamente al valle. Pocas, muy pocas luces indicaban las esparcidas cabañas de la aldea. Ni el ruido del trabajo, ni el acento de la alegría turbaban el silencio de la noche ; no se oian pasos ligeros entre las veredas del valle ; el aspecto de la desolacion dominaba la escena. Se acercó á su cabaña que estaba tan triste como todas las demas. Abrió la puerta ; Constanza estaba sentada cerca del hogar, mirando en silencio la leña que se apagaba. No tenia á su lado su rueca, ni ningun otro útil de labor—no habia criados que la rodearan—sus hijos estaban cenando cerca de ella.

El cariñoso ladrido del perro favorito, que reconoció á su amo, anunció la llegada de Hofer. En un instante su esposa se arrojó en sus brazos, y sus hijos se le colgaron del cuello. Tiernas, ! sublimes fueron las emociones de aquel momento. La reunion de amigos queridos, despues una larga ausencia, despues de tantos sufrimien-

tos y vicisitudes es tal vez el gozo mas puro y exquisito que sentir pueda el corazon humano. Así fué para Hofer y Constanza, aun bajo el peso de su afliccion. En el placentero trasporte de volverse á ver, todas las penas pasadas, presentes y futuras, se desterraron por unos cuantos momentos de sus corazones felices y reconocidos. Por unos cuantos momentos, sí, que el placer dura instantes, y años el dolor. El llanto de la dicha ántes de secarse en las mejillas de ámbos esposos se confundió con el llanto del pesar. La silla del anciano estaba vacía—él habia dejado de existir.

Dolor era este que debia haber sido presentido. Con todo, Hofer quedó agitado por esta calamidad, como si fuera inesperada. Su espíritu, sin embargo, desde sus mas tiernos años imbuido en sentimientos de piedad sencilla, pero sincera, poco á poco fué recobrando su serenidad. Su padre habia vivido y habia muerto en paz: se habia librado del cruel espectáculo de la degra-

dacion y de la servidumbre de la patria; habia muerto ántes de que comenzaran los dias del infortunio.

Procuró comunicar el consuelo que sentia á su afligida esposa y á sus llorosos hijos. Les era grato seguir hablando del buen anciano, recordar sus virtudes y repetir sus consejos. "Murió bendiciéndote, Hofer mio, bendiciéndote como libertador de la patria." "¡Libertador de la patria! ¡ah! ¡Constanza!" "Pues que ¿no has sido su libertador?" "Y ahora ¿qué soy? y ¿qué es de mi patria? ... encadenada, degradada, oprimida. ..." Constanza calmó dulcemente la angustia del patriota, haciendo recordar á Hofer las virtudes de su padre. Le hizo pensar en buscar para ámbos motivos de consuelo. Era media noche, los niños dormian profundamente y los esposos no podian hablar de otra cosa. Pero el sonido de la campana que anunciaba la hora hizo recordar á Hofer cuál era su situacion. Al dirijirse á su casa, habia oido varias veces que

se habia puesto precio á su cabeza. Constanza lo habia oido tambien, y pasado el primer trasporte de gozo y de pesar, rogó á su marido que desde luego buscara su seguridad en la fuga. Ciertamente él no tenia la intencion de quedarse con ella, envolviéndola así en su ruina. Pero sabia que el único medio de obligarla á permanecer en su valle natural era dejarla sin que ella lo supiera, lo que solo podia hacerse durante su sueño. Así pues la rogó que pospusiera toda idea de fuga, hasta que una noche de descanso la restaurara sus fuerzas.

Era esto tan fundado en razon que Constanza no tuvo que decir y preparó la cena y el lecho. Hofer comió con apetito y habló alegremente; pero la mirada penetrante del cariño observó que su alegría era frígida y que en las palabras de Hofer se escapaban muchas indicaciones en lo futuro. "¿Por qué me dices cómo he de obrar en tales circunstancias? ¿No has de estar aquí para guiarme y aconsejarme?" En

vano procuró Hofer encontrar respuestas evasivas que la engañaran. No sabia fingir; Constanza era tan novicia como él en el arte del disimulo, y así sus palabras dieron en el punto de la dificultad.

"Hofer, estás á punto de abandonarme, no quieres que tu esposa participe de tu suerte, y con todo, ella está obligada por sus sagrados juramentos á hacerlo así. ¿Quieres que falte al primero de mis deberes?"

Hofer guardó silencio, no hallando qué contestar.

Constanza, dominando su emoción, dijo: "Ya no tenemos padre que quede abandonado." Se detuvo: no tuvo fuerza para soportar este recuerdo. Hofer aprovechó esta pausa para señalar á sus hijos dormidos. Constanza comprendió que queria decirle: "No podemos dejarlos con amigos. Se enfermarán y morirán, si se separan de tí." "Entónces, que participen de nuestra suerte: tienen un valor indomitable, Hofer, son dignos de su padre."

Hofer vió que no quedaba mas que un arbitrio. "Constanza," dijo solemnemente, "has jurado obedecerme; ¿te acuerdas de tu juramento?"

"Sí," contestó ella asustada de esta pregunta y del fin á que se dirijia.

"Pues entónces, por el sagrado derecho que tengo á tu obediencia, te mando que te quedes."

Constanza, pálida, aterrada, se arrojó en sus brazos, diciéndole. "Te obedeceré, Hofer, te obedeceré, aunque me cueste la vida."

Él la estrechó tiernamente contra su pecho, le dió un beso en la frente helada, la abrazó, le dió las gracias, procuró aumentar sus afectos maternales, le habló de su regreso, de su futura reunion. En vano seguia hablando: el esfuerzo que habia hecho Constanza parecia haber agotado toda su fuerza, toda su energía. Comenzó él á aflijirse de haber mandado, tal vez de ser obedecido, como ella decia, á costa de su vida.

Constanza se apartó de sus brazos y comenzó

á hacer los preparativos del viage, disponiendo provisiones, ropa, armas, haciéndolo todo maquinalmente y como fuera de sí. Hofer observó todos sus movimientos, comprendió que ella no queria abandonarlo, resolvió revocar su órden, se figuró todos los peligros que la amenazaban, volvió á su primera determinacion y procuró consolarla.

Pronto se dispone la maleta de un salvado: ántes del alba todo estaba listo para el viage. Solo tenia que dar el beso de despedida, el último adios: y esto era lo mas difícil. Abrazó á sus hijos dormidos, abrasó á su esposa que estaba pálida, inmóvil, teniendo en la mano el sombrero de Hofer. "¡Adios, mi adorada Constanza!" Ella movió los labios, pero no pudo oirse la bendicion que quiso pronunciar. Hofer estaba profundamente conmovido: era imposible dejarla en semejante estado; quedarse con ella era poner en peligro su seguridad. Le quitó el sombrero de la mano y le dijo: "¿Ni una pala-

bra, Constanza?" Ella hizo un violento esfuerzo y contestó con voz ahogada: "¡Déjame, Hofer, no puedo, no me atrevo á decir mas, déjame!" "¡Nunca, nunca, bien mio! ¡Oh! Constanza, perdona á mi amor engañado. De hoy mas, unirémos nuestra suerte, partirémos juntos."

Constanza volvió á la vida, un torrente de lágrimas de gratitud desahogó su oprimido corazon: no tuvo palabras con que expresar á Hofer su reconocimiento; pero pensando ántes en la salvacion de su esposo, que en su propio amor y en su alegría, voló á preparar su viage y el de sus hijos. Poco tiempo le bastó y al dorar el alba las alturas de los Alpes, la familia salia de su cabaña. Hofer cargó una mula con los objetos mas necesarios y algunas provisiones, se echó la maleta al hombro, tomó una canasta en una mano y con la otra guió al animal. Constanza llevaba un bulto debajo de cada brazo y conducia de la mano á su hija. El niño saltaba albo-

rozado, sin mas peso en el ánimo ó en el cuerpo que una paloma favorita que llevaba sobre la espalda, que lo picoteaba y le quitaba las migajas de la boca, y á veces revoloteaba en su derredor provocando su risa y sus caricias. El fiel mastin seguia de cerca los pasos de su amo.

Hofer, guiando á la familia, tomó en breve las veredas mas solitarias de la montaña ; cono cia todos los pasos pedregosos y todos los desfiladeros, y marchaba por aquel laberinto con destreza y seguridad. Él solo hubiera ahorrado camino, por donde las laderas de la montaña dejaban estrecha y tortuosa senda, ó por donde entre raíces desprendidas y entre arbustos se necesitaba de un brazo vigoroso para subir por las pendientes perpendiculares del monte. Pero Constanza y su hija no podian exponerse á estos peligros, y la mula que era indispensable, aunque bien herrada, no podia seguir á su amo por tan agrios precipicios. Poseyendo toda la riqueza que tenia en este mundo—su marido y sus hi-

jos—cumpliendo con su mas caro deber, acompañando fielmente á quien amaba, y á quien veia perseguido, Constanza caminaba ligera y casi contenta. No sabia á donde iban, y no pensó en preguntarlo. Hofer lo sabia, y á donde quiera que el la llevase, ella habia de encontrar toda su felicidad.

El niño iba encantado con lo que veia, las cabras, los pájaros, las flores. Todo para él era contento, y yendo al lado de su hermana, que participaba de su asombro y contestaba á todas sus preguntas, sentia el colmo de la dicha.

Una ligera comida y un corto descanso al mediodia restauraron las fuerzas de los viageros, y así siguieron hasta que el sol poniente los obligó á buscar albergue durante la noche. Por fortuna estaba cerca una cueva espaciosa. Hofer cortó leña para encender fuego, miéntras Constanza recogió musgo y matorrales para tender la manta que habia de servirles de cama. Muy grato fué el fuego, porque el frio era ya

fuerte y Constanza creyó que sus hijos solo sentirian calor teniéndolos junto á su seno. Durmieron tan dulcemente que fué un placer para la fatigada madre estar mirándolos y oyendo su suave respiracion. Hofer, tambien, se tendió en profundo sueño á su lado. ¡Qué consuelo era para ella contemplar á su esposo y á sus hijos, echar mas leña en el fuego para darles calor, y alzar los ojos al claro cielo tachonado de estrellas, implorando la bendicion de Dios! No sentia frio, porque sus hijos estaban como anidados en sus brazos: no podia estar triste porque Hofer estaba á su lado libre y seguro. Estos suaves pensamientos endulzaron su vigilia, y cuando la naturaleza cansada la sumergió en el reposo, le dieron agradables sueños.

Hacia tiempo que habia amanecido y el sol lucia sobre las cimas de las montañas, cuando sus oblícuos rayos disiparon el ligero sueño del niño: sus alegres exclamaciones despertaron á sus padres, y en breve todo estuvo listo para con-

tinuar la marcha. Otra lenta mañana de esfuerzos los llevó al borde de una profunda barranca. ¿Cómo continuar? ¿por dónde seguir? Hofer calculó que estaban á unas seis leguas de su casa. El sitio parecia inaccesible á no ser por la difícil senda que ellos habian ascendido, y estaba tan cubierta por la espesura del bosque y tan rodeada de peñascos, que mirando hácia abajo apénas podian descubrirla. La barranca hacia imposible el acceso por el otro lado, era profunda y escarpada, y en su parte mas honda se precipitaba violento un espumoso torrente: una pequeña cañada del lado de la montaña presentaba un espacio plano y la circunstancia de estar escondido entre árboles frondosos y madera recien cortada, lo hacia un sitio muy á propósito para ocultarse. Constanza vió en su derredor, miró á Hofer, y él contestando á su mirada, le dijo: "Sí, es virdad, no podemos encontrar refugio mejor, ni mas seguro."

La mula fué descargada, y quedó libre para

ir á pacer. Andrés, su hermana, su paloma y su perro, se acomodaron para dormir en un rincon seguro y abrigado, donde los puso Constanza. Hofer se quitó la chaqueta, tomó su hacha y comenzó á trabajar.

En pocos dias habia formado una cabaña rústica, en verdad, pero bastante amplia para contener á su familia. Con tierra húmeda y con pedazos de piedra, logró levantar cuatro paredes, sobre las que puso un techo sesgado, formado de ramas de árboles y de breñales cortados de la cima de la montaña. Construyó una chimenea y así concluyó la obra de su casa. Constanza lo ayudó en todo este trabajo y aun Andrés llevó montones de yerba y haces de leña. Como se lo habia propuesto, el alimento era proporcionado por el arco y las flechas de Hofer; raíces y frutas conocidas de los cazadores, aumentaban sus frugales comidas. Así pasaron los primeros dias; pero noviembre comenzó con fuertes nevadas; la nieve subió algunos piés en las cumbres de las

montañas, y se necesitaba un trabajo diario para evitar que la cabaña fuese sepultada bajo los rigores del invierno. Ya no se encontraban raíces, ni frutas silvestres; la mula habia descendido á buscar donde pacer; el perro y el arco de Hofer podian proporcionar muy escaso alimento; la provision de pan estaba ya agotada. La niña se iba marchitando por el rigor de la intemperie y la escasez de alimento. ¡ Cuántas veces la veia Constanza y deseaba que mamara todavía, creyendo que su pecho seria fuente inagotable! Hofer tendia ansiosamente la vista por los apartados valles; pero dejar á Constanza por un tiempo indefinido, en la aventurada empresa de entrar á algun punto guarnecido, dejarla sin alimento, aun para ir á buscárselo—era un peligro que no podia afrontarse sin temeridad. Valia mas morir juntos.

Llegó un dia en que la nieve y la tempestad hicieron imposible buscar caza. Ni los hombres ni los animales podian resistir la furia de los ele-

mentos. Hofer intentó salir mas de una vez, pero el aire estaba oscurecido por los espesos copos de nieve, y ni los pájaros podian volar. Constanza amontonó la leña en el hogar, dió á sus hambrientos hijos el último bocado que quedaba, y derritiendo la nieve ella y Hofer bebieron el líquido caliente. La noche pasó tristemente, pero los niños durmieron y la madre no lanzó ni una queja. La provision de leña en la cabaña iba disminuyendo rápidamente. Una vez y otra vez Hofer intentó luchar con la furiosa tormenta: una vez y otra vez tuvo que refugiarse en su cabaña.

Al ponerse el sol, calmó la tempestad, pero en aquella hora sin luz ¿qué esperanza de encontrar algo que sirviera de alimento? Constanza procuraba animarlo, diciéndole que al amanecer podria ir á cortar leña y encontrar algun ave, algun animal silvestre. Andrés estaba tranquilo, su hermana no lloraba, y ámbos dormian. Todo podia ir bien todavía. "Querido

Hofer, consuélate, dentro de poco podrás proporcionarnos que comer; no gastes tus fuerzas en esos terribles esfuerzos." Se sonreia al hablar y le tomaba la mano: él se la apretaba con amargura y seguia paseándose rápidamente en la cabaña. Repentinamente se detuvo, escuchó; no era ilusion, habia oido voces humanas. Sintió un gozo inmenso, miéntras Constanza desfallecia de congoja. "¡Constanza, estas salvada!" exclamó: "Y tú perdido, esposo mio, son enemigos." "No tal, si te traen alimento."

El ruido se aproximaba. Débil, enferma, desesperada, Constanza permaneció inmóvil. Hofer saltó á la puerta, la abrió de par en par y exclamó: "Entrad, quien quiera que seais, entrad y salvad á mi muger y á mis hijos que se mueren de hambre." Un hombre entró en efecto. Constanza cerró los ojos y se desmayó. Cuando volvió en sí, se encontró tendida en su lecho de musgo, con Hofer arrodillado sosteniéndole la cabeza sobre su corazon. Habia luces en

la cabaña y se oia el sonido de voces alegres. Con una mirada preguntó lo que no se atrevia á decir y Hofer le dijo suavemente. Son amigos, Constanza, amigos que vienen á salvarnos." Sus palabras eran para ella como el evangelio, que él no podria mentir ni para salvarle la vida. Sus agitados nervios se calmaron en un momento, lloró abundantemente y habiendo visto á su marido y á sus hijos tomar alimento, tambien ella tomó algo.

Era cierto lo que Hofer habia dicho: sus amigos lo habian descubierto y llegaban para salvarlo. Inquietos por su ausencia, la aparicion de su mula hizo que los que la conocian, averiguaran dónde estaba su dueño. Dos ó tres vigorosos jóvenes emprendieron la tarea de buscar á Hofer y de llevarle provisiones. La ausencia de Constanza y de sus hijos les hizo creer que estaria reunida toda la familia, y reanimó su simpático interés. Despues de tres dias de andar vagando, descubrieron la aislada cabaña.

Les llevaban ropa y alimento y la seguridad de seguirles proporcionando provisiones. Llevaban cartas en que se suplicaba á Hofer que huyera á Austria y participara de la suerte de sus compañeros expatriados. Firmemente este rechazó todos los proyectos de fuga, no quiso ni quitarse la barba para que fuera mas difícil que lo conocieran. "Me he querido conservar para seguir sirviendo á mi patria," dijo, "si me encuentran, se apoderarán de mí; pero me habrán hallado en mi puesto, y no como desertor."

Cada semana sus amigos le enviaban provisiones y cartas en que seguian rogándole que huyera. Él daba las gracias á sus generosos amigos, pero se mantenia firme en su primera decision. Mas de una vez llegaron á la cabaña mensageros confidenciales con comisiones de la corte de Austria. Le llevaban cartas escritas por el mismo Emperador, instándole porque huyera á Viena y asegurándole que tendria salvo conducto para atravesar el enemigo. Por satisfac-

torio que le fuese este cuidado del Emperador, no era de esperar que Hofer concediese á su infiel soberano, lo que habia negado á sus fieles amigos. Solo tenia una respuesta para todas las súplicas: "Jamás abandonaré á mi patria."

Lo alto de la nieve casi ocultaba la cabaña á los ojos de los que sabian su posicion, pues parecia un albarradon natural entre las muchas prominecias rocallosas de la misma figura. No era posible que ningun observador que no estuviera en el secreto la distinguiera desde las alturas cubiertas de nieve. Constanza estaba segura de esto y descansando en la fidelidad de los tiroleses que la visitaban, gozaba de un contento y de una calma que se asemejaban á la felicidad. Los niños, acostumbrados á afrontar el frio y el viento, crecian y se desarrollaban y estaban tan alegres como si vivieran en su abrigada cabaña natal. Sus sonrisas y sus caricias eran para sus padres compensacion bastante de sus muchas privaciones, miéntras que los cuidados que necesita-

ban, les proporcionaban deliciosa y saludable ocupacion. Hofer no podia dejar de experimentar ansiedad por la suerte de estos seres inocentes y de su heróica madre; y al contemplar el miserable estado de su oprimido país, no podia dejar de sentir una compasion intolerable porque era estéril, y una sed de venganza que jamás se aplacaba, porque nunca la daba á conocer.

Terribles eran los momentos en que en su imaginacion se figuraba á Constanza prisionera; mas terribles las horas en que los agravios del Tirol le acongojaban el ánimo. Eran en vano los tiernos besos y las caricias de sus hijos—daban nuevo pábulo á la llama que lo consumia. ¿Habrá de ser aquella muger adorada presa del enemigo? ¿Habrán de vivir aquellos niños oprimidos y esclavizados? En las tinieblas de la noche se exaltaba y prorumpia en imprecaciones, cuando la tempestad acallaba su voz. En la oscuridad de una caverna iba á sentarse para dar curso á sus desgarradores pensamientos. Pasaba

el ímpetu de la pasion, se sentia débil, agotado; regresaba a su cabaña grave, pero dueño de sí, tranquilo, sereno, tierno, capaz de conversar con Constanza, de sonreirse con su hijo, de acariciar á su hija. Diciembre pasó en paz y en seguridad; enero comenzó sombrío y tempestuoso. El dia 19 de este mes, Hofer y su familia se retiraron temprano á descansar. Tristes pensamientos lo mantuvieron despierto, y Constanza estuvo escuchando afligida sus mal reprimidos gemidos. De repente una mano trató de abrir la puerta de la cabaña. Hofer saltó de la cama, se oyó un toquido suave, Constanza contuvo el grito que iba á dar su esposo. "Son nuestros enemigos, calla, por amor de Dios." "Los enemigos no se acercan con tanta precaucion." "Con tanta astucia querrás decir; pero si me amas, no te muevas." El toquido se repitió y se oyó el murmullo de quien habla en voz baja. Ámbos se vistieron, y al escuchar Constanza la voz, conoció que era la de un amigo. Abrió la puerta.

Era en verdad un amigo; pero llevaba en el rostro el horror y la congoja. "Huye, Hofer, huye te han traicionado, ahí viene el enemigo, huye." "¡Huir! ¡jamás!" contestó Hofer tranquila y firmemente. Constanza se arrojó á sus piés, lo miró con las manos enclavijadas, rogándole que huyera; pero tan dolorosa angustia fué superior á sus fuerzas, y cayó desmayada. Hofer pensando mas en ella que en sí mismo, la levantó y la llevó á la cama. Su amigo parapetó la puerta, y acercándose á Hofer, le dijo tranquilamente: "Es ya demasiado tarde, ya estan aquí; pero aun podemos burlarlos. Dame tu ropa y escóndete." Hofer movió la mano, indicando que esto era imposible. Su amigo suplicaba mas y mas. "Al ménos escóndete." "¡Para ser sacado de mi escondite! ¡No, Antonio, no! Me habia salvado para el Tirol, déjame morir con él." Muy cerca se oyeron pasos. "Es tropa," dijo Antonio. Hofer puso á Constanza en brazos de su amigo; se lanzó á la puerta y comenzó á desatrancarla.

"¡Insensato! ¿qué estás haciendo?" exclamó Antonio. "Dices que vienen hombres armados, ¡harán fuego,y perecerian mi muger y mis hijos!" dijo Hofer, continuando en sus esfuerzos. En vano procuró su amigo detenerlo. Aun no quitaba el último cerrojo. Hofer se volvió á Antonio. "Excelente amigo, tú no abandonarás á estos seres queridos, á tí te encargo á mi muger y á mis hijos." Se oyó que llamaban fuertemente á la puerta. Antonio se acercó á los niños asustados y á la madre desmayada. Hofer abrió la puerta y dió algunos pasos hácia adelante. Los sorprendidos asaltantes retrocedieron; el oficial preguntó en alta voz por Hofer. "Aquí estoy," dijo, "no hagais fuego sobre la cabaña." Hubo una pausa de un momento. La luz de la luna caia sobre centenares de soldados, ninguno se acercaba á apoderarse del prisionero; y él permaneció entre ellos algunos segundos sereno, tranquilo y sin que nadie lo tocara. El oficial hizo una seña, las tropas avanzaron, los solda-

dos descansaron sobre las armas, y algunos se apoderaron de Hofer y comenzaron á atarlo. Sometióse sin resistancia y sin hablar ; pero cuando vió el cuidado con que lo ataban, cuando oyó que mil seiscientos hombres componian el destacamento que habia ido á aprehenderlo, y que otros dos mil estaban en el valle para apoyarlos, se sonrió con desden y con orgullo, y levantó altivo la cabeza.

Media hora se pasó en los preparativos de marcha. Hofer permaneció este tiempo firme y digno, Un instante le abandonó su serenidad al ver que su esposa y sus hijos participaban de su cautiverio. "¿Haceis la guerra á las mugeres y á los niños?" preguntó en el tono que usaba para el mando. El oficial contestó como excusándose con su superior: "Señor, ellos lo han querido." "¡Constanza! . . ." exclamó Hofer: ella lo interrumpió y arrojándose apasionadamente á sus piés con toda la vehemencia de su concentrado afecto, exclamó: "¡Amado Hofer! no me des

órdenes, ó por primera vez en mi vida las desobedeceré, permíteme acompañarte, este es el último deber que tengo que cumplir." Los corazones mas duros se sintieron conmovidos. Hofer no pudo resistir á esta súplica, la levantó con sus manos encadenadas, la tomó del brazo, y llamando á sus hijos á su lado, manifestó que estaba pronto á marchar.

Al hacer los preparativos necesarios para el viage, notó Hofer que el hombre que servia de guia cuidaba mucho de librarse de sus miradas. Descubrió por las palabras de los soldados y por indicaciones de Antonio, á quien se permitió ir á su lado, que aquel hombre era quien lo habia traicionado, y que por una recompensa de doscientos luises de oro lo habia vendido y habia llevado á los franceses á su retiro. Un golpe casual, ó dado de intento por el fusil de un soldado, hizo caer el sombrero del infame, y Hofer se detuvo á contemplar el rostro del hombre á quien habia querido como un amigo. ¡ Santa amistad !

¡ Perdona que tu augusto nombre haya sido profanado por semejante monstruo ! "¡ Donay ! . . . ¿ éres tú ?" exclamó Hofer. El héroe indignado por algunos momentos quedó confundido por el descubrimiento de tan inícua traicion, de parte de un hombre á quien habia amado y protejido ; y su ánimo altivo que no se conmovia ante su prision, ni ante la proximidad de la muerte, desfalleció ante este acto de baja ingratitud. "¡ Donay ! ¡ maldito sea tu nombre !" El miserable se apresuró á ocultarse de la radiante mirada del hombre á quien habia traicionado. Hofer dominó su cólera y su desprecio , y serenándose dijo solamente : "¡ Dios lo perdone !"

Las tropas marcharon con cuanta prontitud permitian la naturaleza del camino y la inclemencia de la estacion. Cuando llegaron al valle inhabitado, fueron recibidas con gritos de júbilo por los dos mil valientes franceses que habian ido á ayudar á sus compañeros en tan gloriosa empresa. Estos gritos eran otras tantas pruebas

del valor que se daba al prisionero; pero eran mas elocuentes las que ofrecian las lágrimas de sus denodados y afligidos compatriotas. Hofer sostenido por su invulnerable y magnánima firmeza, se mostraba agradecido á la benevolencia y parecia no notar el insulto. Se sonreia ante los cobardes insultos de hombres á quienes hubiera derribado con sus manos encadenadas, y á quienes aun ahora sus miradas inspiraban respeto.

El alma de Constanza estaba de tal modo ligada á su esposo, que nada veia, nada oia que no fuera él: no notaba que iba entre la multitud, no sabia si amigos ó enemigos la miraban con lástima, con admiracion ó con insolencia, caminaba maquinalmente acercándose á Hofer y fijando sus miradas en las alteradas facciones de su rostro. Alteradas en verdad, que sus dias de pesar habian sido años en su cansada vida. Aunque estaba en la flor de su edad madura, habia ya canas entre sus negros rizos, su rostro es-

taba pálido y sus facciones maceradas. Pero sus ojos negros expresaban la fuerza jamás doblegada de su invencible espíritu, su mirada fulguraba todavía terrible sobre los enemigos que lo insultaban y su graciosa sonrisa saludaba á los amigos que lo admiraban y lo compadecian. Procuraba animar á estos últimos, haciéndoles creer que se salvaria. "Soy inocente de todo crímen" decia, "no he tenido mas que patriotismo; y los hombres no matan á sus semejantes por este pecado." "Excepto los que carecen de fé, de honradez, de humanidad, como los . . ." La proximidad de un centinela interrumpió la respuesta de Antonio, y dejó á la posteridad el cuidado de completarla.

El camino iba de Meran á Botzen. En toda esta ciudad el ilustre preso fué recibido con el respeto debido á su mérito. El comandante, Baraguay d'Hilliers, el mismo oficial que ántes habia intentado salvarlo, quedó encargado de custodiarlo como prisionero de Estado. Hofer

fué puesto al principio en un miserable calabozo; pero el general dispuso que fuera trasladado á un aposento mas cómodo y los subalternos franceses ayudaron á su jefe á minorar los padecimientos del prisionero. Á muchos tiroleses se les permitió visitarlo. Si Hofer temia haberlos ofendido en los dias mas trabajosos de su vida anterior, les pedia que perdonaran sus errores tan sinceramente como él perdonaba á todos los que lo habian ofendido ó injuriado.

Recibiéronse órdenes para conducirlo con fuerte escolta á Mantua, donde habia de ser juzgado. En todas partes, sin embargo, se expresaba la confianza de que este juicio seria mera fórmula, de que no corria peligro la vida del valiente prisionero. El hecho fué que el Corso conocia muy bien la popularidad de su noble cautivo, para exponerse á que su juicio tuviera lugar en su país natal, donde seguramente todos los brazos se levantarian en su defensa. Sabia tambien que solo prometiendo su perfecta seguridad, per-

mitirian los tiroleses que su amado caudillo fuese sacado del país. Falsedades y engaños semejantes nada costaban al mas consumado maestro en el arte del disimulo.

La separacion de Hofer de su familia fué una escena de tan profunda y tierna tristeza que excede á toda descripcion. Su hijo agobiado por la fatiga y los padecimientos, estaba enfermo de mucho peligro. La desdichada Constanza sufriendo intensas angustias, como esposa y como madre, estaba casi fuera de sí bajo el peso de sus aflicciones. Su hija marchita y aniquilada solo podia derramar lágrimas inocentes, pero estériles, de simpatía. La mano que pintara los terribles dolores de aquella cruel despedida necesitaria participar del nervio he hierro del que los causaba. Y si estuviera escrita, ¿quién podria leer la desgarradora narracion de semejantes HECHOS?

La varonil fortaleza del padre y del esposo, recogiendo los votos de la muger amada, y abrazando, acaso por última vez, á sus hijos desampa-

rados; la esposa, la madre . . . Pero corramos un velo sobre la sagrada imágen de la suprema miseria humana, en que se rompen las fibras mas delicadas del corazon, produciendo una afliccion que ninguna fuerza puede soportar, y un sufrimiento que ningun consuelo humano puede mitigar. Para los corazones sensibles bastan estas palabras: la esposa de Hofer lo vió partir cargado de cadenas en poder de un déspota despiadado, miéntras en la prision tenia delante de sí á su único hijo moribundo.

Pero lo que la mano conmovida por la simpatía no puede escribir, se tomará fielmente de las páginas del historiador. Hofer llegó á Mantua é inmediatamente fué juzgado por una corte marcial. Fué tan difícil definir su crímen, como obtener una sentencia unánime que lo condenara. Habia, pues, entre sus jueces, hombres de honor y de sentido comun. Un despacho telegráfico de Milan decidió la cuestion, disponiendo que muriera dentro de veinte y cuatro ho-

ras. Para derramar alguna luz sobre un carácter que seguramente excitará la curiosidad de la posteridad, es oportuno decir, que en el mismo momento en que el Corso expedia esta órden, su ministro en Viena recibia instrucciones de expresar el mayor sentimiento por la precipitada ejecucion, y declarar que su amo no la habria permitido, si la hubiera sabido á tiempo para impedirla! Esto consta de auténticos *documentos públicos que no han sido desmentidos.*

Hofer escuchó su sentencia con la imperturbable firmeza que habia distinguido siempre su carácter. Descansando en su inocencia y en las seguridades que espontáneamente se le habian dado, nunca se figuró una sentencia de muerte; pero una vez pronunciada, la oyó con sorpresa, pero no con debilidad. Fácil le era morir: terminaba su gloriosa vida con una honrosa muerte: honrosa, porque la originaba su fidelidad á su patria.

Sometiéndose con silenciosa dignidad al fallo

de la corte, volvió tranquilamente á su calabozo y pidió el auxilio de un sacerdote. Desde luego se le presentó el dignisimo Padre Manifesti, y lo acompañó hasta el momento de su muerte. Á este buen amigo encomendó su tierno y solemne adios á su familia. Una vez cumplido este triste deber, buscó los santos consuelos de la religion y ofreció á su Creador el mas aceptable sacrificio, el de un alma confiada y resignada. Durante el corto intérvalo que siguió, habló del Tirol y de su suerte, profetizó su restauracion á su legítimo soberano y con vehemente interés se detuvo en la historia de sus derechos y de sus agravios.

Amaneció el dia fatal, oyóse el toque de generala, un batallon de granaderos se situó en frente de la prision, y ántes del mediodia entraron en el calabozo los oficiales que habian de asistir á la ejecucion. Tranquilo y sereno Hofer estuvo listo al primer llamamiento. Se formó la solemne procesion; tambores enlutados tocaron una marcha fúnebre, se oyó el doble de las cam-

panas de la iglesia vecina, por el alma que iba á desprenderse del mundo; y el prisionero apareció en medio de sus guardias. Fácil era reconocerlo: llevaba el simple trage del soldado tirolés, y caminaba tranquilamente al lado del sacerdote. Llevaba sobre el pecho cruzados los brazos, no en la actitud del atrevimiento, sino en la de la sumision; su andar era firme, sus miradas se fijaban en el suelo, excepto cuando alzaba los ojos para dar las gracias por las señales de compasion y de tenura que percibia entre la multitud.

Al pasar por la porta Molina, puerta en que estaban presos muchos tiroleses, se puso á prueba su serenidad. Los afligidos prisioneros estaban todos arrodillados orando por su amado Hofer. Una prueba mas dura le estaba reservada en la ciudadela. Allí se habian reunido todos aquellos de sus compatriotas que estaban libres bajo su palabra, y acercándosele cuanto les fué posible, imploraron su bendicion. Se detuvo involuntariamente, la escolta cedió al murmullo ge-

neral é hizo alto. Hofer aprovechó este momento para dirijir á sus compatriotas unas cuantas palabras de consuelo

"¡QUERIDOS COMPATRIOTAS! ¡AMADOS TIROLESES!

"Debierais estar como yo—¡lo que no permita Dios!—para sentir lo que yo siento en este momento: mi amor sin limites al Tirol, mi gratitud sincera hácia vosotros! Me pedis mi bendicion, cuando yo necesito mas de la vuestra; pero como la proximidad de la muerte santifica mis palabras, sean ellas una bendicion para mis compatriotas!"

Se detuvo un instante, como si orara en secreto, y luego continuó:

"Tal vez haya entre vosotros algunos á quienes yo haya ofendido; espero que me perdonarán todo el mal que yo haya dicho, ó haya hecho. Y vosotros todos ¡amados tiroleses! me perdonaréis por haberme mostrado tan activo en

una guerra tan desastrosa. Preveo que no está léjos el tiempo en que volvais á gozar de vuestro antiguo gobierno, entónces gritaréis como yo ahora: ¡ Viva el Emperador Francisco!"

Pronunció estas últimas palabras con voz clara y firme, y volviendo á su puesto, hizo seña para que continuara la procesion.

En un espacioso fortin, á poca distancia de la Porta Ceresa (ningun viagero pasará por Mantua sin visitar este sitio santificado), el oficial mandó hacer alto á la tropa. Hofer entregó entónces á Manifesti todos los objetos de valor que poseia, rogándole que los distribuyera entre sus desgraciados compatriotas. Estas riquezas consistian en quinientos florines en billetes de banco austriacos, en su caja de polvos de plata y en su hermoso rosario. Dió al buen sacerdote este pequeno rosario de plata, que siempre habia llevado consigo.

Los granaderos formaron en cuadro abierto

por retaguardia. Doce hombres y un cabo dieron algunos pasos al frente, miéntras Hofer quedó solo en el centro. Nadie estaba tan tranquilo como él en aquel terrible momento. Un soldado le ofreció un pañuelo blanco para que se vendara los ojos, y le indicó que era costumbre que la víctima se arrodillara. Hofer rehusó el pañuelo y no quiso hincarse. "He acostumbrado," dijo, "estar en pié delante de mi Creador, y en esta actitud le entregaré el alma."

Se dirijió al cabo encargándole que cumpliera bien con su deber, y le dió la única moneda que le quedaba, una pieza de veinte kreutzers. Como último adios á este mundo, pronunció algunas palabras expresando su invariable amor á su patria. Estuvo algunos momentos en oracion mental y entónces miró fijamente á los soldados que tenia delante. El sargento ordenó la operacion, se cargaron los fusiles, apuntaron, Hofer, con voz firme, dijo: "¡Fuego!" Cayó sobre sus rodillas herido, pero vivo todavía. Hubo

otra descarga, y sin vida quedó tendido en el suelo.

El lugar santificado con su muerte es todavía y será por siempre reverenciado por todos los patriotas tiroleses.

Su cuerpo, en vez de quedar en el lugar de la ejecucion, ó de ser paseado delante de las tropas, como se acostumbra en las ejecuciones militares, fué llevado por los granaderos en un ataud negro á la iglesia de San Miguel. Allí permaneció con una guardia de honor.

Así pereció Hofer en todo el vigor de su vida, amado de sus amigos y respetado de sus enemigos. "Entre los numerosos crímenes," dice el historiador, "que manchan el nombre de Napoleon, no hay uno de un color mas negro que el *asesinato* de Hofer. Y ¿quién no ha de decir otro tanto?

Es imposible contemplar los actos de este caudillo montañes sin emociones de asombro y admiracion. Un simple labrador al frente de

tropas indisciplinadas, oponiéndose con buen éxito á las fuerzas enormes y combinadas de la Francia y de la Baviera. Su humilde nombre ocupará un lugar brillante en las páginas de la historia, por que ¿quién mereció mejor el lauro de la fama? Pocos, muy pocos en verdad. En su patria jamás será olvidado por los que lo conocieron y pudieron estimar justamente su mérito. Con razon ha sido considerado como el salvador de su patria. Si por él no hubiera sido, la servidumbre del Tirol hubiera comenzado mucho ántes, y sin él, quién sabe cuánto tiempo se habria prolongado. El espíritu que él dispertó y alimentó no murió con él, y el Tirol volvió á ser libre. ¡Ojalá su Hofer hubiera visto su libertad! Él puso la primera piedra, porque enseñó á los tiroleses lo que podian y obligó á sus enemigos á respetar su poder. Todavía hoy no se pronuncia su nombre en el Tirol sin lágrimas de gratitud, de afecto y de admiracion.

Se ha erigido á su memoria un sencillo monu-

mento en la montaña de Brenner, no léjos de su humilde cabaña. No hay allí otro monumento ni necesita mas inscripcion que su nombre. ¿Hay acaso otro Hofer? El viagero al pasar por aquella majestuosa altura se detiene á leer en una sencilla lápida de mármol estas pocas palabras:

ANDRES HOFER,
NACIÓ EL 22 *DE NOVIEMBRE DE* 1767,
MURIÓ EL 24 *DE FEBRERO DE* 1810,
EDAD 43.

¿Quién leerá sin enternecimiento esta sencilla inscripcion? Si apartándose de este sitio consagrado, desciende al valle ¿escuchará sin emocion las sinceras alabanzas que hacen los montañeses de su amado caudillo? Todo hombre que ama la libertad y la patria debe ir á la tumba de Hofer á reanimar la llama del patriotismo!

El Emperador de Austria que supo demasiado tarde la suerte de Hofer, nada pudo hacer

para impedirla; pero inmediatemente atendió á su desgraciada familia, concediéndole una pension de dos mil florines. En los primeros dias de su viudez, Constanza tuvo que sepultar á su hijo. El Emperador le hizo espléndidas ofertas para que se radicara en Austria; pero ella se retiró con su hija á su cabaña de Paseyr, donde resignada esperó el único momento que podia serle grato en este mundo—el momento en que su alma dolorida volara á la mansion en que "los perversos cesan de hacer mal, y en que los cansados encuentran reposo."

THE END.